

ANTOLOGÍA

# LA MATANZA DEL CERDO

RELATO GANADOR

ARANTXA COMES  
ALICIA GADI  
ARIADNA SOLER  
BEATRIZ ESTEBAN

CELIA AÑO  
DAMIÁN VALVERDE  
MARY L. TORRES  
PAULA PERALTA

8 RELATOS DE THRILLER

ONYX  
EDITORIAL



ANTOLOGÍA

LA  
MATANZA  
DEL CERDO

RELATO GANADOR

ALICIA GADI  
ARANTXA COMES  
ARIADNA SOLER  
BEATRIZ ESTEBAN

CELIA AÑO  
DAMIÁN VALVERDE  
MARY L. TORRES  
PAULA PERALTA

Primera edición.

Antología thriller: La matanza del cerdo.

© 2019, Alicia Gadi, Arantxa Comes, Ariadna Soler, Beatriz Esteban, Celia Añó, Damián Valverde, Mary L. Torres, Paula Peralta.

© Onyx Editorial.

[www.onyxeditorial.com](http://www.onyxeditorial.com)

© Diseño de portada: Munyx Design.

© Maquetación: Munyx Design.

[hola@munyxdesign.com](mailto:hola@munyxdesign.com)

© Corrección: Arantxa Comes.

*Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.*

La matanza del cerdo

DOS BALAS

La Flor de los Desaparecidos

Louise


EL PLAGIO

DULCES SUEÑOS

El linaje de la sangre

RAÍCES

OTROS TÍTULOS DE LA EDITORIAL



RELATO GANADOR

AICIA GADI

**LA MATANZA DEL CERDO**

## La matanza del cerdo

La matanza del cerdo se acercaba. Se podía oír en el raspado de los cuchillos que se afilaban y en las empuñaduras que se asían con fuerza. El aire del pueblo estaba repleto de un olor a cuero quemado, pero incluso el más tonto de la zona sabía que nadie más abría sus cerdos en canal hasta después del 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción.

El frío mañanero empezaba a colarse entre los batientes de las ventanas. Las cortinas de gasa bordada aleteaban cuando una corriente irrumpía dentro. Los niños, que ya anunciaban las Navidades, saltaban emocionados cada día que pasaba del calendario. Sin embargo, los adultos preferían tallar los puñales de los cuchillos y las navajas, colocar los orinales y las palanganas en el patio y preparar la sal de la salazón para la carne.

Pero algo ocurrió en ese mes de diciembre que dejó enmudecido al pueblo.

Nadie supo prever que la muerte no solo perseguiría a los cerdos. El cuchillo de la matanza también hendiría las tripas de la mujer de don Federico.

Celia conoció la noticia a través de la vecina de la calle de enfrente, doña Dolores, que la había visto recoger las flores que el invierno había marchitado. Aunque la conocía desde que había empezado a trabajar en casa de sus señores, siempre le había parecido una mujer entrometida y algo rastrera y lameculos. Siempre que asomaba la cabeza para arreglar las cortinas o recoger las botellas del lechero, doña Dolores la observaba desde la repisa con esa mirada de serpiente y lunar de bruja.

—¡Niña! —gritó—. Tú, ¡niña! ¿Has visto a Mari Paz?

Su señora ya le había advertido unas cuantas veces que cuidara sus palabras al hablar con doña Dolores, que era una mala pécora y de malas lenguas. Una vez le había contado al pueblo que había visto pañales en su mesilla de noche, que Mari Paz era tan vieja que ya no podía aguantarse el pis. Pero Celia sabía que era mentira, que los últimos pañales que habían entrado en esa casa eran de cuando los mellizos eran aún unos críos rechonchos y paliduchos.

Celia no creyó que hubiera ningún problema en contarle la verdad, así que le respondió con una única palabra que la satisficiera y que a la vez no revelara detalles:

—No.

La verdad era que no había visto a su señora en toda la mañana. Puede que tampoco hubiera dormido en su cama, porque Celia se aseguraba de cerrar la puerta principal con pestillo todas las noches y en ningún momento había oído golpes.

El hecho de que doña Dolores le preguntara por ella hizo que le entraran escalofríos. De su boca nunca salían cotilleos buenos. Pensó en todas las razones posibles por las que su señora no hubiera podido acudir a casa esa noche, pero ninguna le resultó lo suficientemente creíble: no era promiscua ni fiestera. Era calmada, tanto en cuanto don Federico se lo permitía.

Doña Dolores se enderezó sobre la repisa de la ventana, lo que provocó que el pecho se le juntase en una gran masa voluptuosa bajo la barbilla. Colocó las manos en forma de tubo sobre los labios, como si los dedos mitigasen el retumbo de sus palabras, aunque para intercambiar unos comentarios a través de la calle debía gritar sí o sí, así que no había remedio:

—Niña, pon la oreja. Ven. —Celia, desconfiada, se inclinó hacia adelante estirando el cuello. Se sentía inútil porque de todas formas doña Dolores tenía una voz grave y potente que resonaba a lo largo de la calle Abades—. He oído por ahí que a Mari Paz le ha ocurrido algo muy grave, gravísimo.

Celia arrugó el ceño sin confiar demasiado y dijo, intentando sonar sorprendida:

—¿El qué?

—Dicen que la han encontrado en un descampado, en el camino de Matavacas. —Abrió los ojos como platos y su lengua se deshizo del nudo—: fallecida.

Por unos momentos no supo cómo reaccionar. Del propio temblor que la sacudía arañó una de las macetas y la sensación tan desagradable que le dejó en las yemas la despertó por completo.

—¡Sálveme Dios! —exclamó doña Dolores, santiguándose.

Celia se quedó paralizada durante un momento. Echó un vistazo a la fotografía del tocador en la que don Federico y su señora celebraban las bodas. Alternó miradas entre los pechos de doña Dolores y la cama, sin saber muy bien hacia qué bando decantarse. Dejarse llevar por los chismorreos de la vecina le haría tanto daño como olvidar ese comentario y volver a la cocina.

De repente, un llanto estalló a lo lejos. Parecía haber una pelea entre los mellizos, así que Celia no tuvo más remedio que disculparse y marcharse hacia el patio, donde había dejado que los niños jugasen con los cubos de la matanza antes de lavarlos y abrir el cerdo. Cuando atravesó el umbral de la habitación solo oía el plañido de doña Dolores, que le erizaba el vello de la nuca a cada grito y lamento:

—¡Sálveme Dios!

El pasillo.

—¡Sálveme Dios!

El salón.

—¡Sálveme Dios!

El patio.

—¡Sálveme Dios!

—¿Qué os pasa, niños? —dijo Celia, acuclillándose y limpiándose las manos en el delantal—. ¿Por qué estáis llorando?

Se sorprendió cuando descubrió a los dos niños tirados en el suelo, repletos de polvo y mugre y no tirándose de los pelos como solían hacer. El agua del cubo que habían utilizado para sumergir las manos estaba derramada por el suelo, pero no había más señales de guerra que esa. Celia se apresuró a barrer el agua con una escoba vieja para que los niños no se abrasasen. El suelo irradiaba calor.

—¿Ya os habéis peleado?

Fede y María sacudieron la cabeza a la vez.

—¿Entonces qué os pasa? ¿Por qué estáis así?

Fede alzó un dedo trémulo hacia su padre, que se sujetaba la cabeza con las manos en el salón. Celia se tambaleó hacia los lados para verle el rostro bien sin que él la descubriera. Y después la vio: una lágrima que le resbalaba por la mejilla.

Celia reprimió un suspiro ahogado y cogió a los niños de las manos para llevárselos a la cocina a trompicones. No debían ver eso, nunca debían ver a su padre llorar. Los acicaló un poco, les sacudió el trasero y, con un poco de agua, les pegó los mechones rebeldes de nuevo a la cabeza.

—Ea, ea, ya ha pasado. —Aunque dijera eso, Celia no podía evitar preocuparse—. Hoy os prepararé unas tortas de chicharrones de rechupete que os curarán todas las penas. ¿A quién le apetece?

Ninguno de los dos niños respondió, sino que se limitaron a cesar el llanto y a mirar un punto en el infinito, más allá de la puerta de la cocina, hacia el



corral que daba a la calle. Celia arrugó la nariz y se los llevó a un par de sillas de mimbre para que se sentaran y se aserrenaran. Era mejor que no rondaran cerca de su padre o este le recriminaría a ella que no debía haberle enseñado esos valores a su hijo, porque los hombres no debían llorar.

En cuanto Celia atravesó la puerta de la despensa, un pensamiento le cruzó la cabeza y recordó que la familia de sus señores no había cumplido con la matanza del cerdo del año, por lo que no quedarían provisiones: esperaba encontrarse en los cajones pollo deshuesado y huevos frescos del gallinero. Pero le sorprendió encontrar una bandeja de papada de cerdo sobre una de las estanterías de madera. Sin preguntarse cuándo había llegado ahí o por qué, asió la bandeja de porcelana y volvió a la cocina siguiendo sus mismos pasos.

—Mirad, niños, ¡menuda bandeja! —clamó alegre Celia—. De aquí saldrán unas tortas riquísimas.

Pero los niños no compartieron su entusiasmo. Seguían atravesando el patio con la mirada, parpadeando con lentitud y dirigiendo un vistazo intenso hacia el corral. Celia decidió que no había más remedio que dejarlos en paz, que ya se les pasaría lo que fuera que tuviesen, y dio media vuelta para encender el fuego y rehogar el cerdo en aceite abundante.

Al rato de que los mellizos callasen, un olor a piel quemada inundó toda la cocina. Un humo denso empezó a pulular por el aire y a escaparse de la chimenea en forma de pequeños cúmulos grises. Los niños se taparon la nariz y Celia, ante esa peste que no había olido jamás y que le provocaba náuseas, abrió la ventana del patio.

—¿Qué chicharrones son estos? —dijo con voz gangosa—. Niños, ¿vosotros sabéis algo?

Fede giró la cabeza hacia un lado y María ni se inmutó. Ambos hermanos retorcían el cuello como si quisiesen negar o asentir a medias y, como Celia no quería forzar a sonsacarles los secretos, se encogió de hombros y colgó el delantal en una de las sillas de mimbre donde se sentaban los niños.

—No toquéis los chicharrones u os quemaréis los dedos. Dejad que reposen un rato —los amonestó zarandeando un dedo al aire—. Y cuidado con el aceite, que aún salpica.

Los mellizos volvieron a callar. Celia alzó una ceja porque el silencio no era una característica muy común de los niños, pero prefirió que se mantuvieran calmados a que trajeran el griterío a la casa de nuevo.

—Me voy a comprar harina para las tortas, así que comportaos bien. Como molestéis a vuestro padre, le contaré a vuestra madre que os he dejado sin

postre durante una semana.

Se oyó un grito ahogado que Celia no supo de dónde había provenído. Recogió la cesta de la compra del suelo e, ignorando ese llanto lastimoso de don Federico, cruzó el umbral de la casa hacia el mercado de doña Mari Carmen.

Cuanto más avanzaba por la calle, más se oían sus zapatos, que taconeaban la piedra y la tierra que las burras habían dejado caer de sus carretas. A pesar de que era un día más cálido de lo normal para esa época de diciembre, las calles estaban desoladas. Celia contempló su alrededor con cierto miedo y confusión. Incluso las marujas del quiosco habían desaparecido, y los pocos hombres que entraban para comprar tabaco le retiraban la mirada mientras se rascaban el bolsillo en busca de los últimos duros.

Las campanas empezaron a tañer con un ruido sordo que inundó el pueblo entero. Celia alzó el cuello repentinamente y entonces leyó cada uno de los toques con la mirada puesta en el campanario de la iglesia.

Alguien había fallecido.

Todas las mujeres concurrían en el mercado de doña Mari Carmen. Compraban alguna que otra coliflor que no les había crecido en el campo o que no habían sembrado ese año y regateaban con la señora del mostrador, cuando sabían que era invencible al discutir precios.

Celia entró con el ánimo calmado al ver que toda la multitud que había desaparecido en las calles se había reunido allí. Pero, tan pronto como puso un pie dentro, un soplo de viento gélido pareció cruzar las básculas y la vara de las aceitunas que guardaban, porque la tienda entera enmudeció de repente. Los ojos se giraron hacia ella.

—¿La última? —dijo, pero como nadie le respondió, se colocó primera en la cola—. ¿Nadie?

Doña Mari Carmen murmuró algo entre dientes, como maldiciendo a las clientas por haberse callado. Se inclinó hacia adelante con desgana para atender a Celia, pero en ningún momento la invitó a pedir.

—Dame dos quilos de harina —dijo, trémula.

Le pareció oír comentarios a sus espaldas, cuchicheos malignos y de malas lenguas:

—Seguro que ha sido la criada quien ha matado a Mari Paz. Siempre es la criada.

—Pobre mujer, no se merecía un final así.

—La Dolores ha estado hablando con la criada esta y dice que cuando le ha

contado la noticia de su muerte no se ha sorprendido para nada. Es muy sospechoso...

—¡Y qué sospechoso!

—Ay, que en paz descanse.

Celia sujetó el saco de harina con los dientes apretados y se escabulló de la tienda lo más pronto posible, justo antes de que las vecinas cuchichearan como siempre hacían: un comentario indiscreto sobre el novio de una prima lejana, una noticia sobre un perdigón de plata mal encaminado...

La calle volvía a estar desolada, pero Celia estaba convencida de que el pueblo entero no solo la estaba evitando, sino que la estaban espiando desde las esquinas y entre las rendijas de las ventanas. Sentía un cosquilleo en la nuca, ahí donde empezaba el nacimiento del pelo, y se llevó la mano al cuello un par de veces para ahuyentar las miradas ajenas. Pero no funcionó, porque para cuando los últimos tañidos de la campana sonaron, la piel seguía abrasándola entera.

—Hola —dijo una voz fúnebre desde el otro lado de la puerta. Don Federico cabeceó a modo de saludo, pero se movió con tanta lentitud que parecía pesarle la cabeza.

Celia, asustada por esa presencia inesperada, retiró la mano del pestillo y dio un paso hacia atrás. Se hubiese caído del escalón si no fuera porque se había sujetado al marco de la puerta en el último momento. Estaba convencida de que don Federico la había visto entrar por el postigo y que había ido a recibirla, nada más.

—Ya habrás oído las noticias que corren por el pueblo... —dijo.

—¿Y son ciertas?

—Me temo que sí, Celia. Me temo que sí. —Sollozó—. Mi mujer, mi querida esposa... Ay. Pobre de ella.

Celia se mordió el labio. Tan pronto como entró en la casa y su ojo advirtió la foto de bodas de don Federico y su mujer, se le hizo trizas el corazón. Guardaba muchas preguntas en la cabeza y ni aun así era capaz de pronunciarlas porque las lágrimas se le agolpaban tras los párpados.

Pero no sabía si lloraba por su señora o porque el pueblo entero pensaba que ella era la culpable de su muerte.

—El sacerdote ya ha hecho el toque de difuntos en su honor —añadió él.

—¿Se conoce el motivo del...?

—No. —Don Federico escondió el rostro tras una de las puertas de la habitación—. Nadie conoce al criminal. Pero me aseguraré de que la policía

se encargue de ello.

—Procuraré ir a misa por el bien de la señora. —Celia se santiguó mientras reprimía los gemidos—. Que en paz descanse.

Atravesaba el pasillo, cabizbaja, intentando encajar los hechos y dar sentido a las palabras de su señor, cuando de repente don Federico le dio un toque de atención:

—Celia, la pica está muy llena. ¿Te importaría lavar los platos antes de poner la mesa?

—Sin problema.

En el instante en que apareció en la cocina los niños giraron el cuello hacia el patio con los ojos desorbitados. Fuera, al lado de la puerta que daba paso al corral, una montaña de vajilla y cubos sucios esperaba a ser lavada en la pica de piedra. Celia no dudó en ponerse el delantal que había dejado en la silla y luego hundir las manos en la palangana de agua enjabonada, a pesar de que no recordaba haber ensuciado tantos platos ese día.

Justo en el momento en que frotaba un cuchillo con el paño para sacarle brillo, Fede apareció en la puerta de la cocina con un silencio sepulcral. Tenía el rostro descompuesto, aunque Celia descartó la idea de que conociese la pérdida de su madre. Aun así, debía contarle la verdad tarde o temprano.

—Lo siento, pero tendré que dejar las tortas de chicharrones para más tarde —le dijo Celia, que sujetaba el filo del cuchillo con las yemas de los dedos para evitar cortarse.

Fede dejó escapar un suspiro largo. No despegaba la mirada del corral.

—¿Qué hay ahí dentro?

—Nada —murmuró. Era la primera vez en todo el día que lo oía hablar y aun así había sonado como una condena.

En cuanto el niño desapareció por la puerta de nuevo, Celia abrió el portal del corral con la caja de platos húmedos entre brazos. Así, si don Federico le preguntaba qué hacía rondando por esa parte de la casa, ella podía defenderse diciendo que la vajilla se secaba más rápido en un ambiente fresco.

Sin embargo, Celia quedó defraudada cuando encontró un escenario típico de la matanza del cerdo: charcos de sangre reseca, una camilla mugrienta y tripas colgadas de los cordones que recorrían las paredes de punta a punta. En ningún momento don Federico le había mencionado que ya habían realizado la matanza. Ni siquiera recordaba oír los gruñidos de los cerdos que cuidaba Marcos, el ganadero.

Le parecía extraño y peculiar, pero Celia prefirió olvidar todo el asunto y

ponerse a cocer el arroz mientras sacaba el polvo de la biblioteca. El plumero sacudía la suciedad acumulada durante días y ahuyentaba ese olor a cerrado y libro antiguo que tanto le gustaba a la señora. Cuando Celia se dio cuenta de que no volvería a ser reprendida por ella, le dio tal vuelco el corazón que se obligó a sentarse en el sillón de lectura.

En la mesilla descansaba un libro de Agatha Christie. No sabía leer muy bien, nunca había ido a la escuela, pero la señora le había hablado tantas veces de esa autora que con reconocer algunas letras era suficiente para adivinar el resto. En las pausas del café le contaba las trepidantes aventuras y los misterios más impresionantes del detective Hércules Poirot. Vivía por y para la lectura.

Entonces Celia tuvo una idea. Hojeó unas cuantas páginas y reconoció algunos de los fragmentos que la señora le había recitado de memoria. Los leía repetidamente hasta que la mirada se le cansaba o bien hasta que las pocas letras que había aprendido a descifrar se desmoronaban de las frases y caían sobre el pie de página, sin remedio. Sin embargo, una de las citas más importantes de la novela *Asesinato en el Orient Express* brillaba sobre el resto con luz propia. Celia se congratuló de leer una frase entera sin tropezarse con ningún otro símbolo e, imitando el gesto de la pronunciación con los labios, recitó:

—Sospecho de todo el mundo hasta el último minuto.

Cerró los ojos y se deleitó con cada vocal y consonante. Por un momento había olvidado la desgracia de la muerte de la señora y su mundo se había encogido en una sola frase que posiblemente resolvería el misterio de la casa.

Celia volvió a hojear el resto de los libros de Agatha Christie guardados en las estanterías, pero no logró leer más de una frase seguida en todos ellos, por lo que se marchó de vuelta a la cocina con el corazón en un puño. Repitió la frase palabra por palabra, saboreando cada vibración de la lengua e incluso la hache muda. Pero, por mucho que insistiese, no conseguía ninguna respuesta clara, solo una frase descompuesta y un secreto sin desvelar.

Recogió los chicharrones del plato y los hizo picadillo con el mortero mientras intentaba poner en orden cada uno de los eventos ocurridos hasta el momento: los niños silenciosos, don Federico llorando, el chismorreo de doña Dolores, las vecinas acusándola de asesinato, los platos a medio lavar, el corral salpicado de sangre de gorrino... Ni siquiera analizando la foto de bodas ni el pestillo cerrado del postigo era capaz de adivinar los últimos pasos que habían conducido a su señora hacia la muerte.

Cuando ya hubo sacado las tortas calientes del horno, cortó una porción con uno de los cuchillos que recién había lavado, el del filo empapado con sangre de cerdo. Se la llevó a la boca entre soplidos para enfriarla.

—¿Qué haría Hércules Poirot? —se dijo mientras masticaba los chicharrones.

El chasquido de la carne le hacía repiquetear los dientes y le sacudía el cráneo. Celia se concentró tanto en triturar los chicharrones que, por un momento, olvidó a Agatha Christie y Hércules Poirot. Solo intentaba poner en orden sus pensamientos, aunque la comida que relamía de los labios era tan gustosa que no podía pensar en otra cosa que en llamar a los mellizos para que la probaran.

—¡Niños! ¡Las tortas ya están listas!

Abrió la puerta de la cocina y, creyendo que no la habían oído, volvió a gritar:

—¡Están riquísimas! Si no venís, me las comeré yo todas.

Ante la nula respuesta de los niños, Celia bufó. Se sacudió las migas de las manos y salió en busca de los hermanos, que se habían sentado en las escaleras del terrado y, de nuevo, contemplaban el corral con la mirada perdida. Pasaba de discutir con ellos, así que se los llevó de la mano hacia la cocina y les dejó caer un pedazo de torta de chicharrones a cada uno.

Pero ninguno probó bocado.

—¿A qué esperáis? —dijo Celia con los brazos en jarra—. ¿No queríais torta?

Fede y María no respondieron. Con los párpados semicerrados murmuraban algo entre dientes, una cancioncilla que Celia no logró reconocer. En la cocina ya no se oían platos tintineando ni el picar de la madera del mortero, sino una melodía familiar y a la vez irreconocible. Golpeaba los dedos al ritmo: na, na, na, na... Era una canción rápida, frenética y medrosa por su historia, pero no recordaba la letra ni el título.

Era tan tan familiar...

Estaba convencida de haberla oído en algún lado antes.

Celia sujetó uno de los trozos de torta con los dedos y presionó suavemente los labios de los niños con la punta. Ni Fede ni María hicieron el intento de abrir la mandíbula. Apretaban la boca con fuerza para que los mendrugos se desmigajaran y cayeran al suelo que Celia más tarde limpiaría entre refunfuños.

—Qué pena, tanta torta para esto... —Empezó a mordisquear el churrusco



de los bordes, que le rechinaba entre los dientes. El azúcar se mezclaba con las migajas quemadas y le endulzaba el paladar—. Que sepáis que se lo voy a contar a vuestro padre; le voy a decir que me habéis pedido torta de chicharrones y que después no la habéis querido. Seguro que le ha costado mucho conseguir esta carne.

Fede y María palidieron. Intercambiaron miradas durante un instante en que Celia se esparcía las migas de la boca y abrieron la boca ligeramente, como si quisieran responder. Tomaron una gran bocanada de aire que de nada les sirvió, porque volvieron a enmudecer.

Mientras que la criada esperaba una respuesta con los brazos en jarra y la boca llena de chicharrones, los hermanos contemplaron los ojos del otro de nuevo. Las pupilas se les habían empequeñecido y el sudor les recorría la nuca abajo. Finalmente, María murmuró:

—No sabes cuánto...

—¿Cómo? —dijo Celia.

Fede acudió al auxilio de su hermana.

—No sabes cuánto le ha costado conseguir esos chicharrones...

Celia abrió la boca, sorprendida por haber oído la frase más larga y tenebrosa en lo que iba de día. Tosió un par de veces con la excusa de que el aceite de freír le hacía chiribitas en la garganta, pero en verdad se había regalado unos segundos de ventaja para averiguar qué responderles a los niños ante una confesión tan inesperada y siniestra como esa.

—¡Se acabó! —dijo, intentando sonar imponente y no desesperada—. Voy a hablar con vuestro padre.

Antes de que los mellizos pudieran detenerla, Celia cruzó el patio a paso ágil y se detuvo bajo el marco de la entrada del salón. Allí no había nadie, por lo que repasó su lista de lugares posibles en los que su señor podía encontrarse. Recorrió la casa de arriba abajo con la imagen tétrica de don Federico llorando. Podía oír un gimoteo débil; un llanto lastimero que la perseguía a modo de sombra. Pero, pese a que los sollozos le retumbaban en los oídos, no encontró ni una mísera alma en esa casa de pueblo.

Abrió la puerta del dormitorio, el último lugar donde albergaba esperanzas, ya que se ubicaba junto a la puerta de entrada y era la habitación más lejana de la casa. Celia contempló su alrededor a la vez que el corazón le palpitaba desbocado, pero lo único que descubrió fue una cama con las sábanas revueltas y el marco de la foto de bodas caído. La criada se apresuró a levantarlo temblando de miedo por si el cristal se había roto en pedazos. Pero

en cuanto desplegó el caballete se dio cuenta de algo distinto.

Ahí ya no había fotografía.

Pero el marco de plata estaba intacto, lo que significaba que alguien la había retirado de forma metódica.

Celia buscó desesperadamente la fotografía entre los cajones de los calzoncillos del señor y la cómoda de las sábanas limpias, pensando que la instantánea se le había resbalado en un despiste. A veces pasaba el plumero por los muebles sin fijarse en las motas de polvo, por lo que no le extrañaba que pudiera haber tirado el marco y que, en una casualidad insólita, la fotografía se hubiera desprendido de su lugar.

En cuanto se agachó para inspeccionar bajo la cama de matrimonio, Celia volvió a oír los sollozos del señor. Se llevó las manos a la cabeza y, más desesperada que antes por esa voz fantasmal, recorrió la casa en busca de un refugio donde poder callarla.

Finalmente en la biblioteca, cerró la puerta tras de sí y recurrió al mismo libro de Agatha Christie que había abandonado en la mesilla del café. Hojeó rápidamente el libro, hoja tras hoja, palabra tras palabra, intentando encontrar una solución a todo ese misterio. Sin embargo, Celia había dado por hecho que todos sus problemas se solucionarían cuando apareciera un hombre grande y fuerte, de modo que quedó un poco decepcionada cuando descubrió que Hércules Poirot no le resolvería ningún misterio.

Solo ella podía hacerlo.

Cerró el libro y dejó resbalar la espalda hacia abajo mientras murmuraba:

—Por qué, por qué, por qué...

Los vecinos la acusaban de haber asesinado a su señora. Doña Dolores propagaba el rumor falso de su reacción «inexistente» al escuchar la noticia de la muerte. Don Federico lloraba a escondidas. Y, además, los niños parecían haberse enfadado con ella.

No sabía qué hacer. Se llevó las manos a la cara temiendo lo peor, creyendo que los mellizos la culpaban también de una muerte que ellos no conocían aún.

De repente, volvió a oír a lo lejos esa melodía tan familiar de antes. La canción sustituyó los sollozos imaginarios del señor y, poco a poco, las notas le colmaron la cabeza de una armonía que tanto conocía y a la vez tan poco recordaba. Celia asomó la cabeza por la puerta y, a través de la ventana del salón, vio a Fede y María jugar a las palmas mientras cantaban.

Se levantó y dio un paso hacia el pasillo.

Otro hacia el salón.

Otro hacia el patio.

Y entonces reconoció la melodía de ese juego. Fede y María cantaron en voz alta y clara:

*Don Federico mató a su mujer,  
la hizo picadillo y la echó a la sartén.  
La gente que pasaba olía queapestaba.  
Era la mujer de don Federico.*

Celia no reaccionó. Se quedó unos segundos de pie con la mirada perdida entre los niños y el corral, ahí donde la puerta emanaba un hedor a sangre podrida. Entonces un escalofrío le atravesó la espina dorsal. El sudor empezó a correrle cuello abajo y el vello de los brazos se le erizó.

Había oído esa canción antes. Había jugado a las palmas con las hijas de las vecinas cuando era pequeña: la misma melodía, la misma letra, el mismo ritmo... Pero nunca se había dado cuenta del significado tan oscuro y siniestro que escondían sus palabras.

Volvió a abrir la puerta del corral sin que los niños desistieran del juego. En cuanto observó toda la sangre que manchaba las paredes y queapestaba a hierro podrido y vísceras, el estómago le dio un vuelco. Después, como si las piezas del puzle fueran encajando, recordó los chicharrones, el cuchillo bañado en sangre y la foto de bodas desaparecida.

Con el paso vago, balanceándose a causa de la impresión, Celia se dirigió a la cocina, donde esperaba la torta de chicharrones, y todo el cuerpo la convulsionó hasta vomitar. Quería echar todos los chicharrones fuera, toda esa carne que no era ni nunca había sido de animal. No se detuvo hasta que escupió una pasta verdosa. Y pese a la bilis seguía sintiéndose cómplice de un asesinato, así que se provocó el vómito un par de veces más hasta que logró sentirse más o menos limpia.

—Niños... —balbuceó Celia, con la saliva corriéndole por los dientes.

Fede y María seguían jugando como si nada hubiera ocurrido:

*Don Federico perdió su cartera  
para casarse con una costurera.  
La costurera perdió su dedal  
para casarse con un general.*

—Niños, vosotros... ¿Vosotros lo sabíais todo este tiempo?

*El general perdió su espada  
para casarse con una bella dama.  
La bella dama perdió su abanico  
para casarse con don Federico.*

Celia se limpió el vómito con el delantal de la cocina. Le había crecido un sarpullido de pecas a lo largo de las mejillas; pequeñas venas reventadas por la fuerza que había hecho al expulsar la comida. Tiró la torta de chicharrones a la basura de un solo tirón y asió a los niños de las mangas, que se levantaron sin ninguna queja.

—Nos vamos, niños —dijo Celia mientras buscaba los abrigos de los pequeños en los cajones. Removió los suéteres con la desesperación fluyéndole por las venas, con miedo de que don Federico apareciera en cualquier momento por la puerta.

—¿Adónde vamos? —preguntó María. Tenía los hombros caídos y ya no le parecía importar lo que ocurriese en esa casa. No desde que su madre había sido asesinada por su marido.

Celia les colocó los abrigos más gruesos que guardaban y abrazó a los muchachos para que entraran en calor.

—Oh, si lo hubiera sabido antes... —dijo, arrepentida—. Lo siento mucho.

—Tú no tienes la culpa —murmuró Fede, con esa voz tan suave que parecía que se consumiría en cualquier momento.

Celia se mordió el labio para reprimir las lágrimas que habían empezado a brotarle tras los párpados. Corrió hacia la bodega y se aseguró de llenar las cestas de la compra con alimentos que suplieran el hambre. Aunque las verduras no fuesen lo más nutritivo ni sustancioso para sobrevivir al invierno, no se permitiría comer carne, no al menos por un tiempo. El estómago aún le escocía y le hacía borbotones al pensar en los chicharrones de carne humana.

Los tres salieron de casa con el paso ininterrumpido. Celia se colgó de un hombro las cestas de mimbre repletas de comida y con la otra mano sujetaba los dedos diminutos de María, que a su vez le alargaba el brazo a Fede. La criada, siendo consciente de que doña Dolores podía estar espiándola a través de los batientes de la ventana, se abrochó los botones del abrigo hasta arriba y se colocó el gorro.

Pronto, caminando calle abajo, Celia se encontró con algunas de las vecinas

del mercado de doña Mari Carmen. Le dirigieron algunas miradas furtivas, sobre todo a los niños, porque debían de estar preguntándose adónde caminaban en medio de ese frío casi polar.

—Si os dicen algo, no les contestéis —les dijo Celia a los niños.

Pero ellos estaban aún demasiado inmersos en el juego para responder. Ya no jugaban con las manos, pero canturreaban la canción maldita al mismo paso con el que caminaban:

*Don Federico perdió su ojo  
para casarse con un piojo.  
El piojo perdió su cola  
para casarse con una Pepsi-Cola.*

Celia aceleró el paseo; se recolocó la cesta sobre el hombro con un brinco y caminó con la música de don Federico persiguiéndola. Tenía miedo de hacerles callar y de levantar sospechas entre algunos vecinos, así que les dejó continuar el juego.

*La Pepsi-Cola perdió sus burbujas  
para casarse con una mala bruja.  
La mala bruja perdió su gatito  
para casarse con don Federico.*

A cada bocanada que hacían, expulsaban nubes de vaho que sobrevolaban sus cabezas. Como algunas vecinas tiraban el agua de fregar en el umbral por las mañanas, la paja de los carros se escarchaba con el frío, así que las suelas de las botas rechinaban al pisar. El crujido los persiguió hasta que se alejaron del pueblo y entraron en un terreno más pantanoso. El pueblo en el que Celia y los niños se habían criado empezó a desdibujarse entre los resquicios de bruma y la oscuridad nocturna que se asomaba.

Por un momento, Celia creyó que María le había hablado, por lo que dijo:

—No sé adónde vamos a ir, simplemente sigamos caminando hacia adelante. —Estornudó a causa del frío—. Algún sitio encontraremos.

Pero María y Fede aún seguían jugando. Ya no canturreaban, sino que balbuceaban porque los labios se les habían congelado.

*Don Federico le dijo que no*

*y la mala bruja se desmayó.  
Al cabo de unos días le dijo que sí  
y la mala bruja le dijo por aquí, ¡por aquí!*

Celia alcanzó una cantimplora que había guardado a última hora y les sirvió a los niños achicoria aún caliente, que no sustituía al café en cuanto a cafeína, pero podía hacerles entrar en calor. Fede y María se abalanzaron a la botella y dieron un largo trago como si mamaran de una teta.

Una vez que los niños habían recuperado energías, Fede se colgó del brazo de la criada y volvió a decirle, con una voz lastimera:

—Tú no tienes la culpa.

—Lo sé, pero... —Celia no podía evitar sentirse culpable. Los remordimientos le carcomían la cabeza: si hubiera sospechado de los chicharrones en un principio, si hubiera descubierto que la sangre del corral no era de cerdo, si hubiera prestado atención a los niños, si hubiera dudado de don Federico durante un momento...

Celia guardó un único pensamiento durante el camino entre su pueblo y el siguiente. Se lo repitió mentalmente a sí misma unas cuantas veces, pero alcanzó tal intensidad que terminó diciéndose en voz alta:

—No me creerán, no me creerán, no me creerán... —Los niños la ignoraron. Repetían la canción una y otra vez sin palmas, pero entonando todos los versos—. Si les cuento lo que ha pasado no me creerán.

El frío le estaba entumeciendo la cabeza. Un miedo súbito le invadió el cuerpo cuando se le ocurrió que don Federico podía encontrarse en cualquier parte de la provincia, dentro o fuera del pueblo. Después volvió a creer que había oído una pregunta de María, por lo que contestó:

—No sé adónde vamos. —La voz se le quebraba—. Ya encontraremos algún sitio.

Celia y los niños observaron la señal que anunciaba la entrada del siguiente pueblo. Era de noche y casi no podían leer el nombre, pero entraron porque no tenían otro remedio que refugiarse. Hacía frío y las primeras ampollas habían empezado a asomarse en los pies en forma de dolores punzantes.

La criada dio un paso adelante con una pequeña esperanza calentándole el pecho, con el optimismo renovándole las energías. Pero lo que no sabía era que no encontraría ningún sitio donde el feminicidio no existiese.

Solo le quedaba rezar por que la creyeran.



*Todos los nombres femeninos de este relato pertenecen a mujeres  
asesinadas por violencia de género en 2018.*

*Que en paz descansen.*



ARANTXA COMES  
DOS BALAS

## DOS BALAS

No todos los días una tiene la oportunidad de investigar su propio asesinato. O eso es lo que piensa Zia después de identificar un cadáver que podría haber sido ella. Por poco no lo ha sido, porque ella no tiene un lunar bajo el labio inferior, ni el pelo largo ni heterocromía en sus iris, por mucho que comparta la palidez de la piel, la altura, la forma de la cara e innumerables rasgos más.

No todos los días una tiene la oportunidad de esquivar la muerte, pese a que tampoco es un consuelo estar viva. No lo es, porque las náuseas le trepan por la garganta para recordarle que acaba de identificar el cadáver de Valeria, su hermana gemela. No lo es, porque sospecha que alguien se ha equivocado y ha disparado mortalmente contra la persona equivocada. El objetivo no era Valeria, sino ella.

Cree que ha escuchado decir algo a la médico forense, pero Zia huye por los pasillos. Alerta a varios agentes de policía mientras busca el baño como si fuera la única salida de escape. Cuando lo encuentra, entra y se arrodilla frente a la primera taza de váter que encuentra libre. Expulsa todos sus males y trata de acompasar la respiración para no desmayarse allí mismo. No importa cuánto huya, Val está muerta; alguien acabó con su vida anoche.

Desde fuera, unos golpes en la puerta del servicio la separan del cubículo.

—¿Zia Leal? ¿Está ahí?

—¿Sí? —pregunta con un susurro, incorporándose entre tambaleos e imaginándose el sonido que tuvo que hacer la pistola que descargó dos balas en el cuerpo de su hermana. Dos balas, sí.

—Soy el inspector Jara. Necesito hacerle unas preguntas antes de que se marche, por favor.

—Ahora no puedo... —se atreve a responderle.

—Sé que ha sido duro, pero es necesario que conteste. Realmente ayudará a la investigación. Le espero aquí fuera. Tómese el tiempo que necesite.

«Joder, que realmente han asesinado a Val», se repite Zia, ahuyentando las

lágrimas y los disparos imaginarios. Que es ella la que debería estar sin vida, tumbada en esa tabla de metal, encerrada en ese depósito.

Se lava la cara, pero no se mira en el espejo. Si se asoma, se encontrará con el reflejo de un cadáver y ella está viva. Ella está viva. De momento.

Sale del servicio dejando que los mechones de pelo, que no le pasan del hombro, le oculten el rostro. Como bien ha dicho el inspector Jara, la está esperando. Es un hombre alto y delgaducho, de nariz espigada y bigote frondoso. A Zia le recuerda más a un detective de novela que a un inspector de serie de televisión, pero esto es la vida real y ella puede convertirse en la siguiente víctima. Esta vez la correcta.

No llega a escuchar lo que le dice el inspector Jara, pero lo persigue por los pasillos de la comisaría. Advierte algunos cuchicheos y miradas de otros agentes y se los apropia todos, como si en el mundo hubieran dejado de suceder acontecimientos por el asesinato de su hermana. Dentro de su burbuja, en la que el tiempo transcurre más lento y las voces le llegan lejanas, piensa en qué hará. En qué contestará. En si dirá la verdad.

Porque la verdad resolvería el caso de Val, pero la enviaría directamente a la cárcel. Y aunque su vida penda de un hilo, no puede evitar aferrarse a él con todas sus fuerzas.

La conduce hasta una habitación austera en la que solo hay una mesa y tres sillas. Sin embargo, Zia sabe que no hace falta un lugar abarrotado para lo que van a hacer. Se sienta en la silla que el inspector le indica con un gesto educado y esconde las manos en los bolsillos de su chaqueta de algodón en cuanto se da cuenta de que le tiemblan. ¿Le tiemblan inocente o sospechosamente? No puede definirlo en la mirada de Jara, que no aparta la vista de ella.

—¿Quieres un café? —Ha empezado a dirigirse a ella de manera informal. Tal vez para romper la tensión.

—¿Disculpe?

—Si te apetece un café. En breve serán las seis de la mañana y ha sido una noche muy larga.

—N-no, gracias... —titubea Zia—. Perdone, pero ¿a quién estamos esperando? Realmente me gustaría llegar a casa cuanto antes y...

No obstante, su intención de acelerar la conversación para terminar pronto se ve interrumpida por la llegada de una persona que conoce demasiado bien: su madre. Verónica entra en la habitación, despeinada y con ríos de lágrimas empapando su rostro pálido como la cera. Balbucea algo mientras una agente

de policía la acompaña hasta la silla que hay al lado de Zia.

Cuando Verónica por fin abre los ojos del todo, se encuentra con su otra hija. La viva, con la que hace años que no mantiene contacto. Sin embargo, para la mujer esa distancia finaliza ahora mismo, porque se lanza sobre su pequeña como si esta también estuviera en peligro. La abraza y le da besos en la frente; todos ásperos, todos fríos para la gemela de la fallecida.

Zia no puede creer que realmente sea la muerte la única capaz de reblandecer el férreo y solitario corazón de su madre.

—¡No puedo! ¡No puedo! —chilla, alzando las manos, como si le suplicase aliento y fuerzas a un dios en el que no cree.

—Señora Amat, cálmese, por favor —le ruega el inspector Jara, que le tiende un vaso lleno de agua que Zia no sabe de dónde lo ha sacado—. Sabemos que es una situación horrible y lo sentimos mucho.

—Mi niña, mi niña... —Son las dos palabras que Verónica Amat repite como un mantra durante varios minutos, entre sorbos de agua, hasta que logra tranquilizarse.

—Sentimos mucho vuestra pérdida —continúa el inspector—. No insistiríamos tanto si no fuese necesario y primordial investigar los hechos cuando las pistas aún... —Parece meditar sus palabras. Zia no puede creerse que Jara haya estado a punto de decir «pistas calientes», cuando su madre se desmorona por fuera y ella, por dentro—. Cuando todavía el culpable puede andar cerca.

Y no sabe cómo de cerca, sigue sospechando la chica.

—¿Están preparadas?

—¿Cuándo? —exige Verónica de pronto, desgañitándose—. ¿Cuándo murió? ¿Y por qué unos disparos? ¡No lo entiendo! ¡No lo entiendo! —concluye al tiempo que da dos fuertes puñetazos en la mesa de madera que hacen que incluso el inspector Jara dé un ligero respingo.

—Primero necesitamos que se calme. De nuevo, le reitero mis disculpas por pedirle este esfuerzo, pero si logra tranquilizarse, podré informarle de lo que sabemos hasta ahora.

El inspector se gira hacia Zia y le lanza una mirada a la que ella quiere responder con una negación. Básicamente, le está pidiendo que apacigüe a su madre, pero ella ni quiere hacerlo ni puede. Porque para ella su madre es un monstruo del pasado y porque no se siente con fuerzas ni de consolarse a sí misma.

Que el inspector Jara no lo sabe, pero ni Verónica Amat es una madre

modelo ni Zia Leal es una joven con una vida prometedora.

Y es cuando saca las manos de los bolsillos y recorta la distancia, dispuesta al menos a posar los dedos sobre los hombros de su madre, que Verónica se recompone de repente. Zia vuelve a su anterior posición sin perder un segundo, alejándose de esa mujer a la que pocas veces ha llamado madre. Es un gesto claro de rechazo que no escapa a la mirada inquisitiva del inspector Jara.

—¿Mejor?

—Sí, inspector. Lo siento mucho. Esto es... desolador para mí —musita Verónica, secándose unas últimas lágrimas a las que Zia está a punto de dedicarles unos ojos en blanco.

—Bien. Si en algún momento desean dejar de conocer lo sucedido, por favor, avísenme. Sin embargo, es mi deber informarles de que sí, Valeria es víctima de un supuesto asesinato. —Su madre no reacciona, pero Zia reprime un gemido de angustia—. Las hemos avisado en cuanto hemos podido, pero primero ha tenido que actuar la policía científica. —A Zia no le pasa desapercibida la inspiración que toma antes de continuar—. El cuerpo de Valeria ha sido hallado a las doce de la noche en el Parque de los Poetas por un vecino de la zona. Inmediatamente nos ha llamado y hemos acudido al escenario. Parece que iba sola y solo llevaba encima una cartera con diferentes tarjetas, entre ellas el DNI, gracias al cual hemos podido identificarla enseguida. Los primeros informes indican que Valeria... —De nuevo se detiene, como si para él también fuera duro de relatar—. Los primeros informes indican que Valeria falleció entre las diez menos veinte y las diez y veinte de la noche de ayer. Trabajaba como auxiliar de veterinaria, ¿cierto?

Verónica solo asiente y Zia murmura un inaudible «sí», pero que le basta al inspector.

—Presenta en su gemelo izquierdo la mordedura de un perro. Exactamente de un rottweiler.

Zia no puede ocultar el pánico. No se lo cree, porque si lo hace, si realmente un rottweiler ha atacado a su hermana, sus sospechas dejarían de serlo para convertirse en una realidad: el asesino ha confundido a Valeria con ella.

—Zia, ¿estás bien? —le pregunta el inspector, muy confundido.

—Sí... Solo... Es solo que tengo miedo —responde, y es cierto. Está aterrada, porque sigue viva cuando otra persona piensa que está muerta.



—Tranquila. Estamos aquí. ¿Me detengo? —Ambas niegan, aunque para Zia no le es suficiente la protección de la policía. La policía no sirve de nada en el mundo en el que ella se mueve—. Bueno, el cuerpo de Valeria presenta una mordedura de un rottweiler adulto en el gemelo izquierdo. También la golpearon en la cabeza y luego...

—Los dos disparos —concluye Zia, no sabe cómo.

—Uno a la altura del estómago y otro en el pecho.

—¡Mi hija! —exclama de nuevo Verónica—. ¡No he podido protegerla!

La chica se gira hacia su madre con el ceño fruncido. ¿A qué se refiere exactamente con que no pudo protegerla? Ambas hermanas se desentendieron de la vida de Verónica en cuanto se hizo insoportable y su padre hace tiempo que desapareció para no volver. Así que Zia no entiende por qué su madre habla como si jamás hubieran dejado de verse. Como si ella jamás hubiera dejado de cuidarlas.

—Zia —la llama el inspector Jara—, tu madre nos ha dicho que ha mantenido contacto habitual con Valeria. Pero dejaron de hablar durante el último mes y medio, y, según tu madre, no ha sabido de ella en todo ese tiempo hasta la pasada noche. A las nueve y treinta y cinco, Verónica recibió una llamada de tu hermana, pero no la ha visto hasta que la hemos llamado nosotros a ella. Es relevante porque encaja en los informes del forense.

Otros sollozos de Verónica interrumpen de nuevo el discurso del inspector Jara, pero Zia está totalmente petrificada; solo tiene oídos para él. Cada vez está más confusa y más triste. El rostro mortecino de Val acude de nuevo a su memoria y se muerde la lengua para reprimir tanto dolor.

—Esta es nuestra primera suposición. Valeria sufrió un accidente en la clínica veterinaria justo antes de cerrar. Frente al Parque de los Poetas, que está a doscientos diez metros de la casa de Verónica, hay una parada de autobús que conduce hasta el hospital, siendo, además, la más cercana también a la clínica. ¿La última hora de la línea? Las diez menos cuarto. Suponemos que ella llegó a tiempo y entonces se percató de que la perseguían. Llamó a vuestra madre, pero como esta no respondió, Valeria huyó hacia el parque, tal vez en dirección a la casa de Verónica. La herida de su pierna la retrasó, cayó al césped y se arrastró unos metros, porque toda su ropa está manchada por la hierba húmeda y la tierra. Su supuesto asesino la alcanzó y la redujo, primero con un golpe certero en la cabeza, y luego con los dos disparos.

Se queda en silencio, como si ahora fuera tarea de Verónica y Zia sacar las siguientes conclusiones. La chica es incapaz ya de reprimir las lágrimas, así

que deja que se escapen. Podría tener sentido la mordedura del rottweiler ya que Valeria era auxiliar de veterinaria y a veces suceden esos accidentes, pero no es el caso. «No, porque tiene más sentido para con el asesinato que ese perro la atacara en plena huida», piensa Zia.

—Creemos que el supuesto asesino le robó el móvil con el que intentó contactar con Verónica, porque no lo hemos hallado entre sus pertenencias. De todas maneras, como ya he dicho, hemos comprobado el listado de llamadas —le lanza una mirada concluyente a la mujer— y es cierto que se produjo a esa hora.

Zia se gira hacia su madre, con la mirada teñida de culpabilidad. Culpabilidad que se achaca a ella misma, pero también a Verónica, porque no respondió al teléfono. Porque podría haber alertado a tiempo. Porque Valeria ahora seguiría viva, ya que esos disparos no le pertenecían. Su madre, en cambio, le dedica una expresión de dureza, como si supiese perfectamente lo que está pensando.

La siguiente hora transcurre entre preguntas que Zia responde, pero que más tarde sentirá lejanas. ¿Cuánto hace que no ve a Valeria? ¿Y a su madre? ¿Dónde estaba anoche? ¿En qué trabaja? ¿Sospecha de alguien? ¿Pareja, amistades...? No la ve desde hace años, a su madre igual, estaba en su casa, es informática y sí, sospecha de alguien, pero no, ninguna de las propuestas del inspector coincide con lo que piensa. Y tampoco lo dice. Otras cuantas preguntas más, que pueden conducir al inspector a la conclusión del caso, cierran el interrogatorio.

Zia no revela nada, porque la policía no podría protegerla de la verdadera amenaza. Fuera de la comisaría se siente incluso más segura, porque, al menos, la verdadera amenaza cree que ella está muerta.

Ha pasado un día, pero para Zia es como si continuara sumida en una eterna pesadilla. Porque está mareada y distraída. El horno ha empezado a pitar, pero le cuesta levantarse. Qué demonios, por ella que se queme el piso con ella dentro, porque Cuervo ya la da por muerta.

Se levanta del sofá, llega a la cocina y apaga el horno, aunque deja las tostadas dentro. No tiene hambre. Cómo puede tenerla si lo único que ve en todas partes es el rostro demacrado de Valeria, acusándola de haberla asesinado. Pero no es su culpa que se parecieran tanto, pese a que sí lo es que

la hayan perseguido y confundido.

Gran parte del negocio en el que está metido Zia es ilegal, y los *accidentes* y *pérdidas* que sufre el personal que trabaja para Cuervo nunca son fortuitos; muchos son motivados por un ajuste de cuentas. Y eso es en lo que se ha convertido Zia de pronto, porque ella sabe que vio algo que no debía y que ha despertado la ira de Cuervo.

Pasea por el pequeño salón, nerviosa. A su mente acuden las imágenes de aquella grabación que ella no tenía autorizado mirar, pero que terminó viendo. Quién cometió el asesinato y quién fue la víctima del mismo. Recuerda también el ruido y la sombra tras ella, que en su momento creyó haberse imaginado, pero que ahora es tan real que no deja de perseguirla a todas partes.

Se sienta de nuevo en el sofá y enciende el televisor. O deja volar la mente durante un rato o se volverá loca, porque ya no sabe qué hacer si algunos piensan que está muerta. Si es una ventaja o no. El canal 9 muestra el debate matutino de los colaboradores de un programa sensacionalista y, cómo no, el mundo se ha puesto de acuerdo para aterrar a Zia. Porque la chica reconoce de inmediato de quién están hablando. Sube el volumen.

—*Claramente, Pedro Soler fue asesinado lejos de su casa, aunque el cuerpo apareciera allí* —determina uno.

—*Un hombre de bien, con mujer e hijos, dueño de una de las empresas de publicidad más grandes de Europa... ¡Una gran pérdida! Pero es normal que se granjease enemigos* —dice otra como si estuviera participando en un juego de misterio.

—*Estamos hablando de la muerte de una figura importante de nuestro país. ¡Un poco de respeto, Alcántara!* —le recrimina otro como si realmente lo sintiera.

Zia apaga el televisor y tira el mando lejos de ella. Cierra los ojos y se concentra para equilibrar su respiración, que amenaza con arrebatarle todo el aliento. Ella sabe cómo murió Pedro Soler. Ella lo vio y, por verlo, Cuervo la ha *asesinado*.

De pronto, el móvil comienza a sonar con una canción tan estridente que acelera el corazón de Zia al instante. Espera que no sea la policía, porque, aunque la han avisado de que esté atenta hasta que finalice la investigación, realmente quiere estar lo más lejos posible de cualquier foco de atención. Claro que cuando mira la pantalla, de repente desea que ojalá hubiera sido el inspector Jara quien la estuviera llamando, porque no es él, es Cuervo.

Se aleja del aparato como si fuera a estallar. ¿Por qué la está llamando Cuervo? Lo sabe. Sabe que no la asesinó a ella. Pero Cuervo no sabía de la existencia de Valeria, aunque Zia sabe que su jefa nunca contrata a alguien sin investigarlo primero. El móvil se calla, pero inmediatamente vuelve a sonar. Es Cuervo de nuevo. Pero no va a contestar. No puede. Lo que tiene que hacer es huir. Pero el inspector Jara le dijo que tampoco podía salir de la ciudad mientras la investigación estuviera en curso.

¿Y ahora qué? ¿Qué va a hacer? Puede quedarse en casa y obviar cualquier llamada que no sea de la policía, pese a que, tarde o temprano, Cuervo o alguno de sus secuaces se plantarán allí para comprobar lo que sucede; para comprobar si se hizo o no un buen trabajo.

Así que decide todo lo contrario. Coge la chaqueta, se la pone, se echa la capucha sobre la cabeza y sale de su casa sin meditarlo mucho. No puede volver a su trabajo; es una telaraña en la que caerá en cuanto ponga un pie allí. Cuervo tiene ojos en todas partes, pero puede aprovechar que la creen muerta de momento para investigar un poco. Para descubrir realmente si la razón por la que la perseguían es esa dichosa grabación que ella solo tenía que archivar en una carpeta encriptada.

Y solo se le ocurre una persona que pueda informarla bien. Es arriesgado y, posiblemente, delatará su posición de inmediato, pero no le queda otra porque no importa lo mucho que se oculte: como no puede huir, es inevitable que al final la descubran. Además, se sabe que el Tuerto ofrece información veraz y jugosa, y que es capaz de guardarla en secreto hasta que alguien paga, a excepción de Cuervo. Nadie se atreve a decirle que no a la Reina de los Barrios del Norte.

De camino al bar que suele frecuentar el Tuerto, Zia piensa otra vez en su madre, en lo mucho que lloró por Valeria y en lo extraño que le resulta que ambas mantuvieran el contacto. Su padre las abandonó a las tres cuando ellas aún eran muy jóvenes, dejándoles solo el apellido Leal; y lo cierto y como se puede comprobar, de leales tienen poco. La marcha de aquel hombre destrozó a su madre, que se dedicó a trabajar en antros de mala muerte y a no aparecer por casa en todo el día. Zia no quiere recordar cuando eran pequeñas y Valeria y ella pasaban hambre, lloraban o apestaban por no haberse bañado. No quiere recordar ni el día en que decidió hacer la maleta para no volver, pese a las súplicas de su gemela, ni cómo se enteró luego de que Valeria hizo lo mismo. De eso hace ya cuatro años, y pensaba que su familia se había roto en pedazos para siempre... Se equivocaba, ahora es cuando realmente lo está.

Se oculta entre las sombras de un callejón para que un grupo, que suele frecuentar el negocio de Cuervo, no la reconozca. Pasean a sus perros, que tienen cicatrices y heridas visibles a causa de las peleas en las que les obligan a enfrentarse. De hecho, sabe perfectamente que los animales forman parte de tal actividad, porque lucen un collarín verde oscuro con una estrella bordada en él. Eso significa que suelen ganar bastante y que los que van allí a apostar por el animal vencedor suelen llevarse dinero. Pero nadie tiene tantas estrellas como el rottweiler de Cuervo. El rottweiler que debió morder en un gemelo a Valeria.

Sale del escondrijo en cuanto se separan lo suficiente. No es que ellos vayan a reconocerla fácilmente. Su trabajo es de oficina, ya que se dedica a la seguridad informática del antro de Cuervo; un lugar de ocio ilegal en el que destacan las partidas de póker, las peleas de perros y, alguna vez que otra y para castigar a quienes han intentado timar a su jefa, la ruleta rusa. Zia siempre lo escucha todo desde lejos: las risas, los ladridos, los gritos, los disparos... Podría decirse que ella vive en un mundo aparte de toda esa actividad corrupta, pero sabe que es mentira, porque ayuda a ocultarlo todo y a poner barreras en caso de que otros lo quieran descubrir.

La dichosa grabación que muestra el asesinato del empresario Pedro Soler. Esa ha sido su única falta. Y la definitiva. Sí, si alguien sabe si realmente la han perseguido por ello, ese es el Tuerto.

Aunque es mediodía y el sol golpea con fuerza, el bar al que acude el informador está abarrotado, aunque solo se intuya por el barullo que se escapa del interior, oscuro e inaccesible para la gente corriente. Zia entra sin miedo, porque no es la primera vez que lo hace. Los parroquianos no le dedican ni una mirada, porque es más importante continuar bebiendo, jugar al billar o lanzarle insultos al canal de televisión que retransmite en diferido un partido de fútbol.

No es complicado encontrar al Tuerto, ya que bebe solo en la esquina de la barra más alejada de la salida. Zia le lanza una mirada al camarero para que le sirva una copa al informador. Al Tuerto hay que tenerlo contento, sobre todo si no se puede pagar como es debido por la información que se solicita. Porque el hombre no impondrá y será más cobarde que valiente, pero su cabeza vale oro. Y su lengua más. De hecho, hay una canción popular entre los maleantes que lo conocen: «El Tuerto, el Tuerto, ve poco, pero escucha lo correcto. El Tuerto, el Tuerto, hace más daño que un puñetazo».

Y tienen razón, porque la información es poder.

—Hola, Tuerto. — Zia se sienta a su lado.

—Vaya, vaya. —Le dedica una mirada de soslayo—. Si es la ratita de los ordenadores de Cuervo.

—Tengo prisa.

—Ya lo sé. —Y ríe, aceptando gustoso la copa a la que le ha invitado.

—Si lo sabes, ¿puedes confirmarme el motivo?

—Tú nunca tienes tiempo —responde antes de darle un largo trago al alcohol.

—Escúchame, Tuerto —lo amenaza Zia, acercándose. Si quiere algo, va a tener que imponerse—, no estoy para tonterías.

—Y tanto, teniendo en cuenta que han asesinado a tu hermana Valeria.

Le es imposible reponerse enseguida de tal mazazo. El Tuerto la observa con un brillo inteligente en su ojo sano y Zia sabe que ha perdido, no importa lo que se imponga. Incluso si se atreviese a propinarle un puñetazo, todos los del bar se alzarían en su contra. Hay que cuidar al Tuerto, no sea que se ponga a hablar.

—Te he invitado a esta copa —gruñe la chica.

—Esto no es pago suficiente, bonita. Mi información es muy valiosa.

—Dime al menos cuánto me queda.

—Cuánto te queda, ¿eh? —Se hace el pensativo, claramente bromeando—. Poco. Muy poco considerando el final de tu hermana. Porque ¿sabes? De noche, todos los *ojos* son pardos.

Zia se baja de la silla con tal brusquedad que la tira al suelo. Detiene la actividad del bar durante unos segundos. Unos segundos en los que cree que perderá los papeles y no le importará llevarse una paliza como pago por habérsela dado antes al informador de cuerpo enclenque y mirada torcida.

—Tranquila, tranquila —tercia para que los parroquianos regresen a lo suyo. Al Tuerto tampoco le conviene un escándalo como ese—. No quería insultar la memoria de Valeria. Por la copa, solo te diré que estás más ciega que yo. Que cavas en el hoyo equivocado... ¡Ja, ja, ja! —Y arranca a reír de repente, asustando a Zia por un instante—. De noche, todos los *ojos* son pardos. ¿Lo has entendido?

Sin poner la silla en su sitio, Zia se marcha entre murmullos enfadados. Claro que entiende el chiste. Un chiste con intención, refiriéndose a que su asesino podría haber confundido a Valeria incluso mirándola a los ojos, un iris marrón y el otro azul, diferentes a los dos idénticos de Zia, porque en la oscuridad... ambas son iguales.

Zia escarba en el arroz blanco con verduras que se ha preparado para cenar. Que cava en el hoyo equivocado, le ha dicho el Tuerto. Es decir, que el hombre sabe algo. Es decir, que en breve también lo sabrá Cuervo. Es decir, que es cuestión de días que sea ella la que aparezca muerta. A quien le tocaba desde un principio.

Pero, si no fuera Cuervo, ¿quién entonces? Y una idea extraña, pero no descabellada, le cruza por la cabeza. Tal vez no fue su jefa la que deseó asesinarla, sino la persona implicada directamente en el asesinato de Pedro Soler: el secuaz de Cuervo que primero ahogó al empresario y luego apretó el gatillo varias veces.

Varias veces.

Sí, puede tener sentido. Recuerda que aquella noche de hace unas semanas, cuando vio el vídeo equivocado, Cuervo se había marchado ya. Sus guardaespaldas se suelen quedar como seguridad del recinto, así que le resulta factible que fuese justo él el que la descubriera husmeando entre los archivos. Sin embargo, ¿por qué no terminó allí mismo con ella? ¿Tenía que preguntárselo primero a Cuervo? Siempre es su jefa quien toma las decisiones, pero, después de ver aquel vídeo, Zia sabe que ese secuaz en concreto no es precisamente sutil ni paciente. Mata a sus víctimas con brutalidad. Como sucedió con Valeria.

Pero entonces el rottweiler de Cuervo...

Si quiere saber más, tendrá que salir de nuevo a la calle. Por suerte, fuera está más protegida que en un lugar cerrado que, además, la organización para la que trabaja conoce demasiado bien. Coge el móvil. En la pantalla parpadean veinte llamadas de Cuervo y una de su madre. Siente que el estómago le baila de la impresión, pero deja el teléfono en casa y sale corriendo. Si no lo tiene, no puede responder. Como pasó con su madre y Valeria.

Antes de salir se coloca de nuevo la capucha. Aunque Valeria y ella se parecían mucho físicamente, y es cierto que por las noches los detalles desaparecen, Zia jamás habría pensado que sería posible confundirlas de tal manera. Porque Valeria vestía muy distinto, se movía con más gracia y tenía el pelo un poco más largo que ella. Aunque claro, a lo mejor esas diferencias no dejan de ser desconocidas para alguien que jamás ha visto a su hermana y que poco la ve a ella por mucho que trabajen en el mismo sitio.

Cuervo, su secuaz, el Tuerto y ella viven en el mismo mundo, pero pertenecen a diferentes estratos que nunca se mezclan ni tienen por qué interactuar.

De hecho, Cuervo odia que sus trabajadores mantengan relaciones personales. Allí se va a trabajar y, si hace falta, a perder la vida por el negocio. Paga bien, eso es lo único que se gana realmente.

Hoy la noche se alza tétrica. La contaminación lumínica ha creado una cúpula sobre la ciudad de un color anaranjado que parece proyectar un fuego que no existe. A Zia le convienen las sombras, sobre todo, porque va a internarse en los barrios que siempre recorre para llegar al antro de Cuervo. Sin embargo, necesita saber más sobre el secuaz que puede que sea realmente el asesino de Valeria. Al fin y al cabo, para su jefa sus trabajadores son peones fáciles de desechar. Y en ese vídeo quien sale no es ella, sino su guardaespaldas. Cuervo no daría la cara por él. Él, de hecho, aparecería muerto al poco tiempo.

Zia sabe que hay un hilo del que no está estirando bien. Ya han pasado dos días desde el asesinato de Valeria. Se ha expuesto al Tuerto, lo que básicamente quiere decir que Cuervo ya sabe que continúa viva. ¿Por qué no la han buscado aún? ¿A qué juego del gato y el ratón está jugando su jefa? Así que la chica espera que, espiando al secuaz, sus preguntas hallen por fin las pertinentes respuestas.

Vagabundea por las calles. Se detiene cuando grandes grupos de personas pasan por su lado y se esconde por si alguien le sigue la pista por detrás. Se está arriesgando, pero no puede actuar como si anduviese cinco pasos por delante de la amenaza que todavía la acecha. No está libre aún de la muerte, lo nota en cada paso que da. Lo sabe, porque cuando llevas años perteneciendo a un mundo como ese, se puede oler el peligro a kilómetros de distancia. Y a ella le está soplando en la nuca. Un tictac que amenaza con apretar el gatillo.

Pasa horas recorriendo el barrio, indagando en cada esquina y atenta a cada sonido. No deja de moverse, por eso también le es más complicado dar con el secuaz de Cuervo. Pero cuando por fin lo encuentra —no es complicado equivocarse por lo enorme que es y por su largo cabello recogido en una coleta—, se atraganta con su propia saliva. Acompaña a Cuervo, quien parece estar dando indicaciones a más de un guardaespaldas. No obstante, lo peor no termina, porque entonces su jefa saca un teléfono verde de su bolsillo. Sabe qué significa. Ella misma fue la que le dio el consejo de tener un móvil distinto para cada negocio. Ella misma los configuró.

Los teléfonos verdes son los únicos desechables, porque son con los que se



hacen las llamadas de contenido más comprometido.

Y Zia echa a correr en dirección contraria. Puede que las indicaciones que dé a través del teléfono verde no sean por ella. Cuervo siempre está metida en chanchullos y problemas, pero es que ella es uno de ellos ahora mismo y solo hace unas horas que ha hablado con el Tuerto, así que no puede permanecer impasible.

Deshace las calles casi sin pensar, sin mirar a sus espaldas, sintiendo solo la respiración y el miedo bombardearle el pecho. Sin embargo, antes de llegar a casa, piensa que ese será el primer sitio en el que la buscarán, así que cruza la calzada y se dirige hacia el Parque de los Poetas. A pocos metros, decide que tampoco es un buen lugar; sería como repetir la escena del crimen y, sinceramente, no quiere acercarse al lugar en el que Valeria perdió la vida.

No sabe qué hacer. Podría acudir a casa de su madre, que además la ha llamado. Pero ¿para qué? Zia no confía en Verónica ni se siente cómoda a su lado. ¿Qué podría entonces ofrecerle una madre que nunca ha actuado como tal? No. Tiene que huir. Es el momento de coger un autobús y dejarlo todo atrás. Pero no se atreve. Y, como no se atreve, concluye que lo mejor es no dejar de moverse. Que sus pasos determinen cuál es el camino correcto, antes de que ella decida quedarse quieta y aceptar las dos balas que le pertenecen.

Cuando el amanecer raya el horizonte, Zia solo quiere echarse sobre la cama y dejar que lo inevitable siga su curso. Porque ella nunca ha creído en el destino, en el camino que muchos dicen que ya está escrito, pero está empezando a pensar que el suyo existe y que se ha convertido en un huracán que la conduce inexorablemente a su ojo, donde hay quietud, sí, pero donde no hay nada más.

Regresa a su casa, porque si hay algo bueno de la mañana es que Cuervo no se atreve a exponerse a la luz del sol y menos en una zona residencial, por muy a las afueras que esté de la ciudad. Ya es irónico que, por mucho que Valeria y ella se fueran de casa, terminaran viviendo tan cerca la una de la otra; también de su madre. Y del Parque de los Poetas, donde la pesadilla dio comienzo.

Podría indagar en casa de su hermana, pero desecha inmediatamente la posibilidad, porque imagina todo un dispositivo policial cercando el lugar y vigilando hasta el último rincón.

Arrastra los pasos y, aunque su jefa y los suyos no se muestren hasta la

noche, sabe que ahora es un objetivo fácil. Un tiro desde la distancia y... Y nada, porque el inspector Jara la espera frente al portal de su edificio. No está para atender a nadie, y menos para justificar su estado, pero es la policía y no se puede negar.

—Buenos días, Zia —saluda el hombre, con el ceño tan fruncido que sus dos gruesas cejas casi se transforman en una.

—Inspector. —Llega hasta él con un suspiro.

—¿Una noche movidita?

—No puedo dormir. Usted sabe por qué perfectamente. —Zia no quiere sonar arisca, pero el dolor de cabeza y el sueño pueden con su paciencia.

—Siento si te molesto, pero necesito hacerte unas preguntas.

—¿Quiere subir a mi piso? —le pregunta Zia, un poco más espabilada. Nuevos datos del caso pueden reconducir también su camino.

—No hará falta. Mira... —Se aleja un poco del portal y la chica lo acompaña—. Hemos descubierto que la ropa que Valeria llevaba la noche en que fue asesinada... te pertenece.

—¿Cómo? —se sorprende—. ¿Cómo...? Es imposible. Valeria y yo hace años que no nos vemos.

—Pues la llevaba. Respóndeme para verificarlo. ¿Son tuyas estas prendas de ropa?

Y el inspector Jara alza entonces una fotografía frente al rostro de Zia. No es el cuerpo de Valeria vistiendo su ropa, para alivio de la chica. Sin embargo, sí reconoce lo que muestra la fotografía. Sobre una mesa blanca está extendida una sudadera con capucha de color granate; a la altura del pecho tiene un letrero que reza «Ocean», la marca de ropa favorita de Zia. También se aprecian unos vaqueros pitillo con algún roto y unas zapatillas de lona negra. Todas las prendas están manchadas de verde y marrón, por la hierba y la tierra del Parque de los Poetas. También de rojo, alrededor de dos agujeros...

Zia se muerde la lengua y no sabe si es para contener las lágrimas o un impropio, porque lo que muestra la fotografía pertenece a su fondo de armario. Eso sí, a un armario que se encuentra en casa de su madre. No sabe si el inspector Jara sospechará cuando se lo revele, porque ciertamente es un dato extraño teniendo en cuenta su distante relación, pero es la verdad y espera que, por primera vez en todos estos días, impere.

—Todo es mío, pero lo dejé en casa de mi madre hace cuatro años. Cuando me fui.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Es la policía, puede hacerla y estoy obligada a contestarla quiera o no.

Parece que el inspector Jara ya se ha dado cuenta de lo insolente y atrevida que puede llegar a ser Zia, aunque el gesto de la chica mude rápidamente a una expresión de terror. El inspector atisba luces y sombras en ella; es una pieza misteriosa que aún no puede encajar en el enorme puzle que está armando del caso de Valeria. Tal vez no tenga cabida, o tal vez sea el centro y por eso todavía no le encuentra lugar.

—Tu relación con tu madre no es buena, ¿cierto?

—No. Mi padre nos abandonó a las tres cuando Valeria y yo éramos muy pequeñas. Mi madre cambió entonces su ritmo de vida y nos desatendió por completo. De alguna manera, ella también nos abandonó como lo hizo nuestro padre.

—Entiendo. ¿Por qué te extrañó tanto que tu madre y tu hermana mantuvieran el contacto?

—Porque pensé que Valeria había sido tan tajante como yo. Que había roto con cualquier lazo familiar, pero me equivocaba... —Agacha la cabeza, angustiada, porque empieza a pensar en qué hubiera ocurrido si hubiera acudido a Valeria para retomar su relación. Al fin y al cabo, ellas siempre se quisieron. Sobrevivieron juntas.

—Bueno, si es cierto que la ropa estaba en casa de tu madre, tendré que ir a hacerle unas preguntas y comunicarles a los forenses que hagan pruebas más específicas. Muchas gracias, Zia.

El inspector Jara da media vuelta, dispuesto a marcharse, pero Zia está demasiado inquieta y necesita saber más.

—Inspector Jara. —El hombre se gira, pero solo un poco, dejando su característica mirada inquisitiva por encima de su hombro—. ¿Alguna novedad? ¿Algo que me pueda decir?

—En la clínica veterinaria de tu hermana estaban atendiendo a un rottweiler, así que eso coincidiría con el inicio de nuestra primera suposición. ¿Respecto al supuesto asesino? Ni idea. Tu hermana llevaba una vida muy normal, y sus amigos, conocidos y tu madre no pueden imaginarse quién ha podido ser. Como tú, ¿cierto?

No, quiere gritarle. Quiere decirle que no es el rottweiler de la veterinaria y que están investigando al objetivo incorrecto. Que es ella y su vida las causantes de que Valeria fuera asesinada. Que jamás encontrarán una pista, porque el secuaz de Cuervo es violento pero limpio en sus escenarios. Que el

caso de su hermana quedará enterrado en la historia. Que todo fue su culpa y, en parte, de su madre... Su madre.

—¿Algo más? —le pregunta el inspector Jara, despertándola de la pesadilla.

—No, no. Gracias. Gracias, de verdad —responde, veloz.

El inspector Jara le lanza una última mirada fruncida, como si sospechase algo, e inclina la cabeza a modo de despedida. Zia observa cómo se marcha calle abajo, hacia el centro de la ciudad, tal vez a la comisaría para comunicar los nuevos datos recabados. Solo cuando lo pierde del todo, da media vuelta y echa a correr hacia la avenida principal.

Era su ropa, pero estaba en casa de su madre. Valeria y Verónica estuvieron durante mucho tiempo viéndose, así que su madre sabe algo que Zia no. Y eso la ahoga por dentro, porque, por mucho que solo guarde malos recuerdos de ella, no quiere dudar de su madre. Ella no podría...

Encara la enorme calle, dejando que la adrenalina sepulte el cansancio de una noche sin dormir. Recorre un lateral del Parque de los Poetas sin mirarlo directamente. Tampoco le lanza un vistazo a la parada de autobús. Todo ese lugar pertenece al escenario del crimen y el espíritu de Valeria parece chillar desde cada recoveco.

En menos de dos minutos alcanza la casa de su madre. Como está a las afueras, se trata de una vivienda unifamiliar. La casa es de una sola planta y luce muy envejecida, ya no solo por el paso de los años. La memoria araña a Zia por dentro, pero se arma de valor y avanza por la pequeña entrada rodeada por un jardín que continúa por detrás. ¿Cuántas veces Valeria y ella jugaron allí, despreocupadas, aunque el hambre acuciase?

Golpea la puerta principal con varios y contundentes golpes. No quiere llamar al timbre, porque le parece que un ruido más estridente alertaría a toda la ciudad. No escucha nada en el interior, así que insiste de nuevo. Realmente no sabe si su madre se encontrará en casa; no conoce sus horarios. Solo recuerda que su trabajo no era nocturno, por lo que, si lo ha mantenido, debería estar dentro. No serán ni las ocho de la mañana.

Zia se mete las manos en los bolsillos de la chaqueta y rodea la casa por el jardín. Todas las ventanas están cerradas, pero recuerda que su madre tenía la mala costumbre de dejar abiertas las del patio trasero. Cuando llega atrás, el césped está húmedo y las plantas casi le rozan la parte alta de las pantorrillas, aunque algunas zonas estén totalmente desnudas y secas. Hay una pala tirada en medio del jardín y una zona donde la tierra ha sido removida.

—Ahora le ha dado por la jardinería, tú te crees... —reprocha Zia en un susurro.

Cuando sube al pequeño porche, clama victoria al encontrarse una de las puertas corredizas abierta. Entra sin decir nada y enmudece todavía más cuando descubre a su madre tirada en el sofá, en una postura muy extraña. Se acerca corriendo, temiendo lo peor, pensando en que anoche Cuervo no dio con ella, pero sí con este lugar, y consumó su venganza de otra manera.

—¡Mamá! —La mece.

—¿Ñé fieres...?

—¿Qué? —Se aparta de ella como si Verónica estuviera contagiada por una enfermedad mortal—. ¿Estás...?

Mira por todas partes y en la mesilla frente al sofá descubre diversos botes de plástico, cajas de cartón y algunas ampollas abiertas. Las examina, tocándolas con la mano oculta tras la tela de la manga de su chaqueta. «Ketamina...», lee en una de las que están abiertas. No sabe lo que es, pero tiene toda la pinta de ser droga.

—¡Feres tú, Sia! —balbucea Verónica, alzando las manos como si intentara agarrar algo.

Pero Zia no responde y busca el móvil de su madre. Como no lo encuentra, concluye que tal vez la policía se lo haya quedado como prueba por la llamada de Valeria, así que se dirige al ordenador. Está enchufado y teclea en el navegador el nombre del medicamento.

—Ketamina. Se utiliza sobre todo como anestésico tanto en humanos como en medicina veterinaria. ¿Estás de broma?

Zia regresa a la mesa mientras su madre se va despejando por el ruido que su hija está haciendo. Busca unos cuantos términos más y Zia no puede creerse que realmente su madre se esté drogando con sustancias que se usan en la medicina veterinaria. ¿Lo peor? Que solo hay una persona que se las haya podido suministrar ilegalmente y sin levantar sospechas.

—¿Valeria te daba todo esto? —le grita.

Verónica se remueve en el sofá con una sonrisa estúpida. Tiene el pelo tan despeinado que los nudos visibles parecen nidos de pájaro. Mueve la boca, porque la siente pastosa, y parpadea tres veces de forma lenta, como si combatiese el sueño.

—¡Despierta! ¡Valeria te pasaba todo esto! ¡Contéstame!

—*Thu germana dejó d'hacerlo... La muy... Ella me traicionó. Shoy su mamá...*

—¿Traicionar? Mamá, escúchame atentamente. —Pero sabe que es inútil, porque Verónica se sigue tambaleando y diciendo cosas inconexas—. Valeria vino aquí a buscar mi ropa. Aquella noche la llevaba. ¿Lo sabías?

—*Thu germana no me quelía... Tú zampoco... Estáis mu-muertas. ¡Muertas!*

Y Zia retrocede, porque los ojos de su madre están enrojecidos y cada vez se zarandea con más violencia. Nota que quiere levantarse y encararse a ella, pero Zia no aguanta más, porque no entiende nada. Borra el historial del navegador y sale de su antigua casa, dejando a su madre gritando como una histérica.

Se resbala cuando pisa el césped, pero logra recomponerse para huir de nuevo. Su madre le pedía drogas a su hermana, pero lo más impactante es que Valeria se las proporcionaba. Es un nuevo hilo del que tirar. Ahora entiende por qué mantenían el contacto, pero escapa a su lógica que Valeria lo hiciera. ¿Su madre la obligó? ¿Su hermana necesitaba el dinero? Si era así, ¿realmente esa era la única alternativa? Sin embargo, no puede culparla, porque ella misma trabaja para alguien que dirige un negocio completamente ilegal.

Piensa en ir a comisaría para resolver ya esta locura. Ha dejado de importarle si ello la condena a ir a prisión o a donde sea que le corresponda, pero esta situación se le ha escapado de las manos. Y es insoportable.

Y llora. Lloro mientras corre perseguida por todos sus demonios. No deja de llorar cuando cambia sus pasos, aterrada, y se dirige a su casa. Lloro cuando entra y se deja caer sobre la cama. Que vengan a por ella. Sea Cuervo, el inspector Jara, su madre o la propia muerte. Ya no le importa. O eso cree.

Despierta con el sonido de una sirena de policía. Se incorpora, alarmada, en la semioscuridad. Se ha quedado dormida y la casa está sumida en las sombras. No ha tenido un sueño tranquilo y el cuerpo le duele como si le hubiesen dado una paliza. La sirena se aleja y solo cuando deja de escucharla se atreve a levantarse.

Una noche más sin Valeria. Una noche más en la que alguien morirá. Tal vez ella.

Enciende algunas luces y se sienta en el sofá. Mira el móvil, pero no lo atiende, pese a que una lucecita que parpadea avisa de que tiene llamadas y mensajes pendientes. Suelta un largo suspiro y dirige la mirada al techo. Casi puede notar que alguien va a por ella, que no han dejado de observarla nunca y

que no ha logrado ni tan siquiera acercarse a la verdad.

Porque ya duda de la identidad del asesino de Valeria. Porque ¿y si no la confundió con ella? ¿Y si no es Cuervo y aquel sonido que escuchó mientras veía la grabación del asesinato de Pedro Soler fue solo producto de su imaginación? Sin embargo, eso no explicaría la conversación con el Tuerto, aunque es cierto que el hombre jugó más con ella que otra cosa. Si bien le advirtió que cavaba en el hoyo equivocado. Tal vez ni se refería a Cuervo ni a su secuaz. Tal era otra persona... Pero ¿quién acosaría a su hermana?

Si el rottweiler de Cuervo no fue el que mordió su gemelo y fue de verdad un accidente laboral... Entonces eso sitúa a Valeria, herida, esperando el autobús. Percibió que alguien la perseguía y llamó a su madre. Pero le resulta extraño, porque a sabiendas por fin de que Valeria le pasaba droga...

Y un pensamiento, una nueva sospecha, que no sabe si encaja, pero que tiene sentido, cruza por su mente. Casi puede escuchar los aspersores del jardín de su madre desde su piso. La ropa manchada por el terreno y la hierba húmeda. La pala, la tierra removida...

No puede ser.

Pero, de pronto, encaja.

Zia sale de su casa, dejándolo todo encendido y llevándose el móvil esta vez. Baja las escaleras a oscuras, recomponiendo un escenario verosímil. Valeria sufrió aquel accidente en la clínica y se dirigió a la parada que la conduciría al hospital. Pero, como no quería ir sola, llamó a su madre, que no respondió. Lo hizo a las nueve y treinta y cinco, y el último autobús pasaba a las diez menos cuarto. Diez minutos. Suficientes para acudir a casa de su madre, pedirle ayuda por si no había visto la llamada y volver a la parada del autobús a tiempo de cogerlo. Pero Valeria no volvió. Allí, su madre, desquiciada porque hacía mes y medio que no se veían y no le daba las drogas, la persiguió por el jardín trasero de su casa. Le asestó un palazo en la cabeza, pero Valeria se arrastró por la tierra y consiguió huir hacia el Parque de los Poetas. Fue allí ya, entre ambas heridas y el cansancio, cuando su hermana no pudo más y su madre remató la faena.

Es doloroso pero no descabellado. Su madre jamás las ha querido. Nunca ha demostrado ningún tipo de afecto y considerando la conversación de esa misma mañana, cuando no ha mostrado ni un ápice de pena al creerlas muertas... Puede ser. Tiene sentido y eso no la involucraría a ella para nada.

Corre con el pulso palpitándole en las sienes, la respiración pinchándole en el pecho y la sensación de que la sombra sigue pisándole los talones; por fin

existe, porque se acerca al hogar de la culpable. Aunque antes de encararla, llama al inspector Jara. No responde y no insiste, porque se lo piensa mejor. No puede acusar sin pruebas, eso es un delito. Por lo que se dirige a la parte trasera del jardín para comprobar que la pala está manchada con la sangre de su hermana y analizar el estado de la tierra.

Cuando llega, la herramienta ya no está, pero el terreno sigue igual de removido. Se arrodilla y escarba en la oscuridad. Esta vez está cavando en el hoyo adecuado, piensa que le soltará al Tuerto cuando termine con toda esta pesadilla. Sus manos dan con algo duro y frunce el ceño. Lo saca, es como una caja. Hay algo más. Parece una... ¿mochila? La reconoce.

Pero no le da tiempo a más, porque alguien arremete contra ella un duro golpe que la noquea del todo y le acerca un poco más al final.

Cuando abre los ojos, no recuerda de inmediato lo que ha ocurrido. Es de noche y ella está sentada en una silla, maniatada. La visión le baila y mueve la cabeza para tratar de estabilizarse. Lo primero que atisban sus ojos es un perro enorme, negro y marrón. Un rottweiler que luce en su cuello un collarín verde oscuro con varias estrellas en él. No se detiene ni a contarlas, porque sabe a quién se va a encontrar cuando alce la mirada.

Y cuando se atreve...

—¿Quién eres tú? —pregunta, encontrándose cara a cara con un hombre fornido y trajeado, que ha esperado a que despertara sentado en un sofá de terciopelo granate.

Zia se remueve en la silla y hace ademán de levantarse, pero un empujón la devuelve al asiento bruscamente. Mira a todos lados. Está en una especie de nave industrial abandonada. Hay algunas luces repartidas por todo el espacio dando luz, pero también creando monstruosas sombras. Algunas personas que no reconoce están repartidas por el lugar y sujetan armas que habrían aterrorizado a cualquiera con solo mirarlas.

—¿Quién eres tú? —chilla Zia, asustada, fijándose todavía más en el rottweiler—. ¿Dónde está Cuervo?

«Me ha equivocado, joder, me ha equivocado», se repite la chica notando el ardor de las lágrimas y los dedos fríos de la muerte cerrándose en torno a su cuello. Se remueve de nuevo, pero una bofetada la silencia del todo. Empieza a llorar desconsolada, totalmente perdida, porque no comprende su situación.

—Aquí las preguntas las hago yo, Zia Leal. Porque eres Zia Leal, ¿cierto?



La hermana gemela de la sucia traidora de Valeria.

—¿Qué?

—¡No sabe nada, muchachos! —Empieza a reírse el dueño del perro, apretando sus dedos entrelazados—. Has husmeado demasiado, niña. Demasiado. Pero gracias a ti hemos encontrado lo que Valeria nos robó... — Levanta el paquete que ella había encontrado enterrado en el jardín de su madre.

—No... No entiendo nada —musita.

—Que tu hermana trabajara como auxiliar de veterinaria era una cortina de humo. Realmente trabajaba para mí como mensajera. Ya sabes, mensajera de mercancía peligrosa pero muy valiosa. Sin embargo, un día se creyó muy lista y se quedó con uno de mis paquetes. ¡De mis paquetes! —grita, y Zia se encoge. El hombre deja que sea el eco el que sepulte sus últimas palabras—. Tuvimos que matarla, así de sencillo... Nadie juega con el Gran Bravo.

¿El Gran Bravo? Le suena ese apodo. Cree haberlo leído en alguno de los archivos de Cuervo, pero está demasiado confusa como para asegurarlo. Zia se fija de nuevo en el rottweiler y cuenta sus estrellas. Son siete, pero el de Cuervo tiene diez; la máxima condecoración. No hay animal en ese sistema de peleas que haya vencido al de su jefa. Y no le extraña que compartan la misma raza, porque son habituales en ese tipo de *competiciones*.

—¿Estás con Cuervo?

—¿Con Cuervo? Niña, no estás aquí por ella. Eso es algo que me importa una mierda. Estás aquí porque has metido las narices donde no tocaba.

—Pero, Valeria... Todo...

Trata de recomponer lo ocurrido, pero es el Gran Bravo el que se encarga de hacerlo por ella. A su modo. Se incorpora, como si fuera a contar una historia de misterio frente al fuego de un campamento, solo que allí no están para divertirse.

—Sé que fue un poco brutal, pero tu hermana se defendió. ¡Se iba a marchar de la ciudad con mi mercancía! Es gracioso cómo trató de ocultar su identidad haciéndose pasar por ti. Se enterró en esas ropas viejas con el pelo recogido bajo la capucha y, claro, pensó que por la noche los colores se pueden confundir. —Zia recuerda al Tuerto y se atraganta—. Pero no somos tontos, siempre vigilamos a nuestros mensajeros, y más todavía cuando dejan de aparecer por el trabajo —gruñe—. Como puede entender, señorita Leal —usa su tono más sarcástico e hiriente—, no lo podía permitir. Pero fue valiente,

¿eh? Valeria lo intentó como una campeona, pero nadie es más rápida que mi Chispa. ¿A qué sí, Chispita mía? —Le hace carantoñas al animal, que apenas se inmuta—. Sé que darle un golpe antes de disparar es un poco rastrero, ¡pero me cabreó muchísimo! ¡Yo confié en ella! Lo entiendes, ¿no?

—Es que no...

—Ay, que nuestra pequeña detective no ha acertado. Pues lo siento mucho, niña. Los negocios son así. No puedo arriesgarme a que sepas todo esto y sigas por ahí como si nada te fuera a salpicar. Si has nombrado a Cuervo quiere decir que trabajas para ella o que también la has traicionado como mi Valeria me hizo a mí. Desde luego... De *leales* tenéis poco.

El Gran Bravo continúa con su discurso, pero Zia está sumida en una vorágine donde los pensamientos martillean con dolor. Nunca ha cavado en el hoyo adecuado, de hecho, estaba demasiado lejos del correcto. Jamás habría pensado que Valeria pudiera estar metida hasta el cuello en algo tan sucio como ella.

Aun así, lo de Cuervo podría haber tenido sentido, pero ¿lo de Verónica? ¿Quién deja el arma del crimen tirada en el jardín? Nadie, ni siquiera su madre a la que ha tomado por una asesina sin escrúpulos. Un disparate. Un disparate nacido de la más pura locura.

Pero haya sido una locura o no, lo cierto es que Zia ha alcanzado la casilla final que, en este caso, no es otra que la que siempre tiene pintada una calavera enorme sobre un fondo negro. En la que nadie quiere caer, porque nadie quiere volver al inicio del juego. Sin embargo, sabe que el suyo se ha terminado y que no hay otra oportunidad.

—¿Qué va a ocurrir ahora? —interrumpe Zia, cansada.

Pero el Gran Bravo no responde, solo alza una pistola en su dirección. Entre el pánico y el horror, casi se le cuele una risa incrédula. Esta vez realmente es ella la que va a recibir esos dos balazos que ya relucen en la mirada ansiosa del verdadero y único asesino de las gemelas Leal. Al final, resulta que Zia sí tuvo la oportunidad de investigar su propio asesinato.



ARIADNA SOLER  
**LA FLOR DE  
LOS DESAPARECIDOS**

## La Flor de los Desaparecidos

*Mens sana in corpore sano.* Desde que leyó esa frase por primera vez en clase de latín, el inspector Ferrer tuvo claro que esa sería su nueva filosofía de vida, ya que para el trabajo que quería desempeñar en el futuro, la agudeza mental sería esencial. Así pues, a partir de entonces, cambió su dieta e intentó dedicar al menos una hora al día a practicar algún deporte.

A sus cuarenta y cinco años su rutina no había cambiado demasiado, salvo por algunas pequeñas libertades respecto a la comida, claro. Una de las ventajas de vivir en Villa Anna —así fue como la llamaron sus padres— era que tenía un sótano lo suficientemente grande como para montarse su propio gimnasio, en el que solía pasar una hora al levantarse y otra justo antes de acostarse.

A pesar del tráfico, debido a su cercanía con el centro comercial Salera, la zona en sí rezumaba tranquilidad por los cuatro costados y lo mejor de todo era que apenas tenía vecinos, ya que la mayoría de villas colindantes estaban totalmente deshabitadas. Era la vivienda perfecta a la que regresar después de una ardua jornada laboral, por eso la había elegido de entre todas las otras propiedades de la familia.

—Parece que me espera una mañana tranquila, Fran —comentó, mirando una fotografía de su hermano mayor situada en un pequeño estante encima del televisor.

A veces le gustaba hacer eso. Hablar con él. Así era como si nunca los hubiera dejado. Así se sentía un poco menos solo.

—Normalmente no me da tiempo ni a tomarme el desayuno tranquilamente.

Dio un sorbo a la humeante taza de café y cogió el móvil: en silencio y con diez llamadas perdidas de su compañero Carlos.

—Me parece que he hablado demasiado pronto. —Suspiró, poniendo los ojos en blanco.

Tiró lo que le quedaba de café por el fregadero y buscó las llaves del coche. ¿Por qué nunca recordaba dónde las había puesto? Al final las encontró

en el bolsillo trasero de los pantalones que llevó puestos el día anterior y se marchó hacia la oficina lo más rápido que pudo.

Cuando llegó, su compañero lo estaba esperando con los brazos en jarras y cara de pocos amigos.

—¿Se puede saber dónde demonios tenías el móvil? —gritó, furioso—. Te he llamado mil veces. Sabes perfectamente que tenemos que estar localizables las veinticuatro horas del día. Y no es la primera vez que te pasa. No querrás que nos pierdan el poco respeto que nos tienen, ¿verdad? Porque si es así...

—Inspector Monfort, sepa que de lo rápido que he venido no me ha dado tiempo ni a terminarme el café del desayuno. ¿Quiere dejar de quitarme las ganas de vivir e ir al grano de una santa vez? —lo cortó, hastiado. Sabía perfectamente que si no lo hacía podía tenerle allí horas y horas hasta que hubieran repasado todo el protocolo.

—Tenemos una nueva desaparición —respondió, ignorando su comentario.

—¿Otra? Ya van dos este mes. —Se cruzó de brazos, pensativo—. ¿Dónde ha ocurrido? ¿Puedes darme más detalles?

—Grupo San Lorenzo. El desaparecido es un hombre de unos treinta y cinco años ,está en paro y no parece tener ningún familiar cercano. Nos ha alertado una de sus vecinas. Se ve que hace un par de meses le prestó algo de dinero para que pudiera pagar sus facturas. Habían quedado en que se lo devolvería lo más pronto posible, pero desde hace unas pocas semanas no se lo ha vuelto a ver por el barrio.

—Asumo que me tocará ir a hablar con esa alma caritativa, ¿no? —adivinó.

Pues ya podrían habérselo dicho antes, porque su casa estaba mucho más cerca de esa zona que la oficina. Aunque, pensándolo mejor, igual había sido ese el motivo de tantas llamadas. Por si las moscas, Antonio prefirió no hacer ningún comentario al respecto. Seguro que Carlos Monfort no habría dejado pasar la oportunidad de volver a echarle en cara su “despiste”.

—Efectivamente y también —añadió, enseñándole una orden de registro—. Tienes que registrar la casa de ese pobre diablo de cabo a rabo. Venga, que la alumna en prácticas ya te está esperando en el coche.

—¿Clara? —cuestionó, extrañado—. ¿Pero puede venir?

—¿Y cómo va a aprender si no? Parece mentira que no te acuerdes de tus tiempos como estudiante. —Se pasó una mano por la calva con exasperación—. Es solo una visita rutinaria, para recabar datos, no va a pasar nada. Un caso real es la mejor forma de entrenamiento; además, tú te encargarás de vigilarla. ¿Quién sabe? Puede que resulte ser mejor detective que tú. —Se

despidió con una sonrisilla socarrona.

Al inspector Ferrer no le hizo demasiada gracia el plan, no quería poner en peligro a una estudiante a su cargo y bien sabía que el Grupo San Lorenzo no era el barrio con mejor fama de todo Castellón, precisamente. Sin embargo, tenía que darle la razón a Carlos en que solo iban a interrogar a la vecina y registrar una casa, en un principio, vacía. No tendría por qué haber ningún problema. Por otra parte, pensándolo fríamente, sí podría ser una buena experiencia para Clara, podría familiarizarse con el protocolo y con el trabajo del resto del equipo que los acompañaría.

Decidió no darle más vueltas al asunto y se encaminó hacia el aparcamiento.

—¿Lista para su primer interrogatorio en vivo y en directo? —preguntó nada más verla. Estaba apoyada contra el coche que iban a utilizar; un Peugeot 207 gris, su favorito.

Clara Molina

Clara asintió enérgicamente intentando que no se notara lo nerviosa que estaba. Esta iba a ser su primera “misión oficial” fuera de las oficinas y no quería fastidiarla. Estaba decidida a aprovecharla al máximo.

Su primera parada fue la casa de la vecina del desaparecido, Rosa Sánchez, una mujer de unos setenta años con el cabello lleno de rulos y una bata rosa de estar por casa.

—Buenos días, señora Sánchez. Soy el inspector Antonio Ferrer y esta es la inspectora en prácticas Clara Molina. Usted ha llamado esta mañana denunciando una desaparición, ¿es correcto?

—Así es. Pasen, por favor. —La anciana se hizo a un lado y los condujo por el pasillo hasta un pequeño salón situado en frente de la cocina.

La estancia era más bien simple, no tenía mucho más aparte de unos pocos muebles y unas cuantas fotos familiares aquí y allá, no obstante, seguía siendo acogedora. A Clara le gustó, le recordaba a la casa de su abuela cuando iba a visitarla de pequeña. Casi le daba la sensación de que aparecería en cualquier momento con un tarro lleno de sus famosos rollitos de canela.

—¿Les gustaría tomar algo de beber? —Les ofreció, sonriendo con amabilidad.

—Un vasito de agua estaría bien, si no le importa —contestó Clara tímidamente.

—Yo estoy bien, muchas gracias —añadió el inspector por su parte.

Mientras la señora Sánchez iba a la cocina, ambos se sentaron en un sofá

*vintage* de dos plazas que estaba justo en medio del salón. Clara sacó de su bandolera un pequeño cuaderno de anillas junto con un bolígrafo azul y se preparó para tomar notas de cualquier detalle relevante de la conversación, tal y como le había encargado el inspector.

Un par de minutos más tarde, la señora Sánchez entró en el salón con el vaso de agua y una bandeja llena de galletas de diferentes sabores que colocó sobre la mesita de café. Tomó asiento en una vieja mecedora de madera y se giró hacia los inspectores.

—¿Qué quieren saber?

—¿Cuánto tiempo hace que conoce al desaparecido? —comenzó el inspector Ferrer.

—Desde que se mudó hará unos... Déjeme pensar... —Mordisqueó una galleta de forma distraída mientras recordaba—. ¡Cinco años! Sí, eso, cinco años —aseguró, satisfecha.

—Entendido, sigamos. Nos consta que el señor Serrano estaba pasando por dificultades económicas hace algo así como un par de meses antes de su desaparición y que usted le prestó algo de dinero para ayudarlo, ¿cierto? —La anciana asintió—. ¿Cuánto fue exactamente?

—Unos quinientos euros más o menos.

—Vaya, eso es mucho para ser un simple favor. ¿Sabe por qué acudió a usted? ¿Acaso no tenía a nadie más a quien pedirselo? ¿Algún familiar o amigos cercanos quizás?

—Supongo que yo era su única opción —comentó, encogiéndose de hombros—. En todos los años que lleva viviendo aquí, nunca he visto a nadie más entrar en su casa. Escuchen, Víctor es un trozo de pan. Desde que llegó siempre me ha ayudado en todo lo que ha podido y sin pedir nada a cambio. ¡Se preocupa más por mí que mis nietos! Estoy segura de que si me pidió ese dinero fue porque de verdad lo necesitaba y estoy aún más segura de que no se ha fugado sin decir nada. Le tiene que haber pasado algo, seguro, por eso les llamé.

Clara no dejó escapar ningún detalle de todo lo que dijo la mujer, le parecía un caso muy particular. Si se llevaban tan bien como parecía, ¿por qué se esfumaría de un día para otro? A no ser que las sospechas de Rosa fueran ciertas y no hubiera sido por voluntad propia...

No podía negar que no se moría de ganas por llegar al fondo del asunto. Su primer día fuera de las oficinas y ya tenía entre manos un caso bastante inusual, nada mal. Estaba deseando contárselo a sus compañeras de promoción

cuando todo acabara. ¿Qué cara pondrían? ¿Y si resultaba que ella resolvía el caso? ¿La ascenderían directamente a inspectora sin tener que pasar por las pruebas finales? ¿Eso era posible? ¿Podría ser la primera que lo consiguiera!

—Muchas gracias por su tiempo, señora Sánchez. La mantendremos informada, se lo prometo —anunció el inspector, levantándose del sofá.

¡Ahora sí que la había hecho buena! Enfrascada en sus propias ensoñaciones no había atendido a la última parte de la conversación. Bueno, tampoco creía haberse perdido nada importante: la mayor parte de ella podría resumirse en la señora Sánchez tratando de probar la inocencia de Víctor Serrano.

Rosa los acompañó hasta la salida y tras asegurarle por enésima vez que la avisarían nada más tuvieran noticias de Víctor, llamaron a la puerta de la casa de la derecha.

—Buenos días, ¿señor Serrano? ¿Está usted ahí? Somos de la policía, queremos hacerle unas preguntas. —El silencio fue su única respuesta.

Tampoco esperaban otra cosa, así que llamaron al equipo que aguardaba en el coche y se dispusieron a entrar en la casa. Era una construcción vieja y no demasiado bien conservada, por lo que no les costó nada tirar la puerta abajo.

El interior, en cambio, sí fue una sorpresa. No había indicios de que hubieran revuelto sus cosas. Si en esa casa había algún tipo de desorden era, sin lugar a dudas, el de la misma persona que había estado viviendo allí semanas atrás. Los armarios estaban llenos de ropa y objetos personales: su cartera, papeles del paro, facturas... Todo estaba allí. Y para más inri, sobre la mesa de la cocina había un plato de macarrones con tomate —o lo que en su momento fueron macarrones— y un vaso de agua a medio beber. Era como si se hubiera marchado en medio de la comida. Todo estaba en su sitio; parecía que su propietario fuera a volver en cualquier momento.

Revisaron y grabaron todas las habitaciones de la casa a conciencia, no iban a permitir que se les escapara ni el más mínimo detalle. Lo que más les llamó la atención fue un sobre blanco que encontraron en el primer cajón de la mesita de noche. Tenía escrito el nombre de la vecina en la parte posterior y al abrirlo vieron que contenía quinientos euros exactos. Justo lo que le debía. ¿Significaría eso que lo había dejado ahí como señal de despedida? ¿O podría ser que pensara devolverle el dinero en mano, pero algo o alguien se lo impidió?

Clara no sabía qué pensar; demasiadas preguntas para tan pocas respuestas. Y el estado de la casa no ayudaba en absoluto: era tan corriente que resultaba



hasta inquietante. Decidió dar una última vuelta, y fue entonces cuando se fijó en unos frasquitos muy monos, con una flor de loto impresa en el centro, colocados sobre la encimera del lavabo. Los había visto antes, de eso estaba segura. Clavó la vista en la flor y entonces lo recordó: era el logo de una de las marcas de cosmética más importantes del país, Magda Cosmetics.

Tras unas cuantas súplicas por su parte, consiguió que el cámara los registrara como posible pista, aunque, a decir verdad, nadie le hizo demasiado caso. Decían que “unas simples cremitas” no tenían nada de especial y que no les hiciera perder el tiempo con tonterías. Pero Clara sabía perfectamente lo que valían esas cremas y no creía que alguien con problemas económicos pudiera permitirse el lujo de gastar todo ese dineral en cuidado facial. Anotó sus impresiones en el cuaderno y volvió junto al inspector.

—¿Hemos terminado? —preguntó.

—Sí, me parece que no podremos sacar nada más de aquí. —Suspiró, resignado—. ¿Lo has anotado todo?

—Al detalle —puntualizó con un deje de orgullo en la voz—. ¿Quiere revisarlo?

—Pues si no te importa, me gustaría quedármelo esta noche y repasarlo junto a las grabaciones.

Llegaron a las oficinas en veinte minutos y poco después, Clara ya estaba esperando el autobús para volver a casa. Tenía mucho en qué pensar. La ambigüedad de ese caso la había impresionado más de lo que había pensado en un principio.

Antonio Ferrer

Lo primero que hizo al poner un pie en su casa fue correr hacia la ducha; el agua siempre le ayudaba a ordenar sus ideas. Así decidió que lo primero que haría a la mañana siguiente sería hacerle una visita a Rosa Sánchez para darle el sobre con el dinero. No creía que pudieran utilizarlo como prueba y la anciana se merecía, al menos, tener la confirmación de que el desaparecido sí parecía ser el hombre honrado que ella juraba que era.

Acto seguido se preparó una tortilla a la francesa y se acomodó en el sofá. Había llegado su momento favorito del día. Normalmente, nadie le llamaba a esas horas, cosa que le dejaba el tiempo suficiente para cenar tranquilamente y contarle a su hermano los acontecimientos de la jornada.

Ya habían pasado diez años desde aquella fatídica noche en la que Fran, al salir del trabajo, se convirtió en un número más de la lista de accidentes provocados por un conductor borracho. Le costó muchísimo asimilar la

pérdida de su hermano, siempre habían estado muy unidos, aunque tampoco podía decirse que la hubiera superado del todo. Por eso le gustaba hablar con él al llegar a casa. Era como su propia terapia personal, hacía que poco a poco doliera menos.

Otra cosa que también solía hacer era releer los trabajos de investigación de Fran. Había sido un médico magnífico y un gran investigador. Era todo un visionario, aunque un tanto incomprendido. Parecía que nadie más veía los beneficios que aportarían las posibles aplicaciones de sus descubrimientos. Pero él sí; Antonio siempre había creído en él, por eso seguía leyendo sus estudios. Era otra forma de tenerle cerca.

Después de la cena cogió su portátil y se dispuso a revisar la grabación de la casa de Víctor Serrano con el cuaderno de Clara a un lado. Debía reconocer que la muchacha tenía buen ojo para los detalles.

—Esa joven tiene futuro. —Rio, satisfecho. Estaba deseando ver todo el potencial que podía aportarle al cuerpo de policía.

—Disculpe que la moleste tan temprano, señora Sánchez. Pero tengo algo que le pertenece.

Como se propuso la noche anterior, el inspector Ferrer se había levantado una hora antes de lo habitual para hacerle una breve visita a la anciana.

—No sufra, inspector. A los setenta, una ya no duerme tanto como antes. —Bromeó con tono jovial—. Dígame, ¿qué es eso que me trae?

El inspector le tendió el sobre con el dinero.

—Parece que tenía usted razón —mencionó con voz conciliadora—. Lo encontramos en el primer cajón de su mesita de noche. Por la forma en la que estaba preparado, suponemos que Víctor planeaba devolvérselo el día en el que desapareció. ¿Está todo?

La anciana cogió el sobre con manos temblorosas y contó los billetes, inspirando profundamente.

—Sí, está todo. —Una lágrima traicionera rodó por su mejilla hasta manchar el blanco inmaculado del sobre—. Dígame que saben algo más, por favor. Dígame que está bien. Tienen que encontrarlo —imploró.

—Le juro, señora Sánchez, que haremos todo lo que esté en nuestra mano para localizarlo y que la informaremos a usted la primera nada más tengamos alguna novedad, ¿de acuerdo? —prometió, intentando tranquilizarla—.

Mientras tanto, cuídese, por favor. Y si recuerda cualquier cosa sospechosa o que crea que pueda ser útil, no dude en llamar. Hasta el más mínimo detalle puede ser crucial en una búsqueda.

Rosa asintió todavía compungida y lo invitó a desayunar en agradecimiento por haberle traído el último regalo que Víctor le había preparado antes de desaparecer.

Media hora más tarde, ya en la oficina, Antonio fue a ver al comisario Barral para comentarle el caso.

—¿Qué opina usted, comisario? Revisamos la casa centímetro a centímetro. No quedó ni un solo cajón por abrir y no encontramos nada. Es más, lo tenía todo tan en regla que daba hasta miedo.

—¿Insinúa que alguno de sus documentos podría ser falso? —inquirió, enarcando una ceja.

—No, no es eso. Me encargué personalmente de comprobarlo. El caso es que el equipo que nos llevamos para registrar la casa consiguió entrar en su ordenador. ¿Sabe qué encontramos? Absolutamente nada. No tenía fotos de nadie más aparte de sí mismo, y su historial en internet se reducía a la búsqueda de empleo o a descargar minijuegos como mucho.

—Vaya, un hombre parado que busca trabajo, qué sacrilegio —ironizó el comisario, poniendo los ojos en blanco.

—¿En serio no ve dónde está el problema? Le he dicho que no había nada más en su historial. ¿Qué clase de persona no tiene redes sociales hoy en día? Hemos revisado su correo electrónico y estaba vacío. ¡Vacío! No se enviaba mensajes con nadie. ¡Ni siquiera visitaba páginas porno! Parecía el ordenador de una máquina más que el de una persona.

—¿Ha cometido alguna ilegalidad?

—Que nosotros sepamos, no. Ya le he dicho que lo tiene todo en regla.

—¿Sabe qué me parece a mí? —dijo al tiempo que se cruzaba de brazos—. Me parece que era un hombre cansado de todo y de todos que decidió desaparecer por su propio pie o suicidarse. Caso cerrado.

—Pero... ¿Ya está? ¿No vamos a buscarle?

—Mire, según la información que tenemos no hay más movimientos posibles. Su único contacto con otras personas era la vecina y dudo mucho que una ancianita de setenta años se lo haya cargado a bastonazos. Mandaremos una partida marítima y otra terrestre por la montaña, y si no encontramos nada, carpetazo. Que tenemos mucho trabajo y no estamos para gastar recursos en gente que no quiere que la encuentren.

Antonio salió del despacho preguntándose cómo era posible que Joan Barral hubiera llegado a comisario. Parecía que solo le preocupaban los fondos del departamento y en qué se gastaban. Él solo quería contar con la opinión de su superior para decidir cuál sería su próximo movimiento en la investigación, pero había conseguido todo lo contrario.

El resto del día lo pasó sin pena ni gloria sentado en su escritorio, coordinando a los grupos de búsqueda. A su lado se sentaba Clara y, como siempre, tomaba nota de todos y cada uno de sus movimientos. «Eso es dedicación, sí señor», pensó, complacido. La pobre andaba de capa caída desde que se había enterado de la decisión del comisario; no quería dar por perdido ese caso.

Antonio intentó explicarle que, por muy injusto que le pareciera, a veces esas cosas pasaban y el comisario Barral era su superior, por lo que no les quedaba otra que obedecer. No consiguió convencerla, pero ella no tuvo más remedio que claudicar, al menos en apariencia.

Cuando llegó a casa, el inspector Ferrer se encontraba mentalmente agotado. Se preparó una cena rápida y decidió bajar al sótano. Ayer ya se saltó su ejercicio nocturno y lo cierto era que lo echó de menos. Se sentía cómodo cumpliendo con su rutina. Bajó las escaleras tranquilamente, graduó la luz hasta conseguir una intensidad relajante, encendió las máquinas y comenzó a trabajar.

Clara Molina

Habían pasado ya tres meses desde que empezó las prácticas para convertirse en inspectora de policía, lo cual significaba dos cosas: la primera era que estaba un trimestre más cerca de alcanzar su objetivo, y la segunda era que también habían pasado tres meses desde que se abandonó el caso de Víctor Serrano. Su primer caso sin resolver.

Aun así, Clara sabía que ahí había gato encerrado y no pensaba parar hasta descubrirlo. Y menos todavía después de que en ese periodo de tiempo hubieran surgido dos casos más. Se trataba de personas que en un principio no tenían nada en común, pero que, si te parabas a pensarlo, te dabas cuenta de que seguían un mismo patrón: personas anónimas que desaparecían de la noche a la mañana sin dejar rastro. Personas con problemas económicos que prácticamente no tenían contacto con nadie.

Solo había una cosa que conectara a todos esos desaparecidos: unos tarritos con una flor de loto en el centro, olvidados en la encimera del lavabo.

Estaba segura de que esa flor era la clave para resolver el misterio, pero a

nadie de las oficinas le apetecía escuchar la opinión de una novata. Ni siquiera al inspector Ferrer. Decía que era una simple casualidad y que lo dejara porque de ahí lo único que se sacaba en claro era que a los desaparecidos les preocupaba más su aspecto físico que comer bien. Por mucho que el inspector se esforzara en argumentárselo, ella no estaba convencida. Seguía pensando que era una coincidencia demasiado grande para ser solo una casualidad. Las casualidades no existían cuando había un crimen de por medio.

Dado que no encontraba apoyo en ningún sitio, al final decidió que lo mejor sería investigar por su cuenta. Así pues, esperó el descanso para comer y cogió su portátil. «¿Por dónde debería empezar? A ver, lo que más me llamó la atención fue que tuvieran cremas de una marca tan cara. Y la hipótesis de que preferían gastarse el poco dinero que tenían en cuidado facial antes que en comida no me sirve. Apenas tenían contacto con otras personas, ¿para qué iban a preocuparse tanto por su aspecto? No tiene sentido».

Mientras barajaba todas las posibilidades que le venían a la cabeza, a cada cual más improbable, se le ocurrió una idea: ¿y si habían encontrado un trabajo relacionado con la marca? No recordaba si los desaparecidos tenían estudios relacionados con la cosmética, pero quizás en ese hipotético empleo no fueran necesarios.

Tras unas cuantas búsquedas infructuosas, por fin dio con una oferta que encajaba perfectamente con lo que esperaba encontrar. El anuncio especificaba que se buscaba a personas mayores de edad, de distintos tipos de piel y que estuvieran interesadas en probar los últimos productos de la marca. El trabajo consistía en que se enviarían los productos, los sujetos los probarían durante un par de meses y entonces enviarían un informe detallado explicando si su piel había mejorado, seguía igual o si, por el contrario, habían notado algún tipo de reacción. El objetivo era probar la exquisita calidad de los mismos y demostrar que, en efecto, funcionaban en prácticamente todas las pieles.

No se podía decir que fuera un empleo al uso —pagaban unos doscientos euros al mes durante el tiempo que se estuvieran probando los productos—, pero sí era un ingreso extra que venía muy bien si andabas algo corto de dinero, como era el caso de los desaparecidos.

Bien, ya lo tenía. El siguiente paso fue crearse un currículum falso y responder a la oferta. Si tenía suerte y estaba en lo cierto, podría pillarlos desde dentro. No pudo evitar que una sonrisa divertida se le dibujara en los

labios. Aquello empezaba a parecerse a uno de esos *thrillers* policíacos que tanto le gustaba ver en la tele.

A la mañana siguiente recibió la respuesta que había estado esperando. El correo decía que su perfil encajaba a la perfección con lo que la compañía estaba buscando, pero que les gustaría hacerle una pequeña entrevista para asegurarse de que era la persona indicada y, si los convencía, podría firmar el contrato allí mismo. Decían que era mejor así, ya que un contacto directo los ayudaría a tener una relación compañía-empleada mucho mejor. Sin embargo, para su sorpresa, la dirección que adjuntaron no pertenecía a ninguna de las oficinas, sino a una casa particular.

—Vaya, la gente que acepta estas condiciones debe de estar muy desesperada para no darse cuenta de lo sospechoso que es esto —murmuró, dando un sorbito a su té matcha.

El descanso para almorzar estaba a punto de concluir, así que se apresuró a responder que allí estaría. La cita tendría lugar dentro de dos días a las siete de la tarde, justo cuando acababa su turno. Cogió su cuaderno y apuntó rápidamente todas las preguntas que quería hacerle al entrevistador o entrevistadora mientras apuraba su bebida.

Esa misma tarde, cuando volvió a casa, decidió investigar un poco más acerca de Magda Cosmetics. No sabía por qué, pero estaba segura de que descubriría algo interesante. Pasó un buen rato sin encontrar nada relevante hasta que se le ocurrió escribir en el buscador: Magda Cosmetics escándalos.

—¡Oh, esto ya es otra cosa! —Se deleitó frotándose las manos. Por fin había encontrado la aguja en ese pajar llamado internet y tenía un nombre: Francisco Ferrer.

Al principio, solo aparecían artículos detallando su trágica muerte en la carretera por culpa de un conductor borracho, pero, buscando un poco mejor, encontró una gran variedad de artículos y teorías imposibles de ignorar.

Francisco Ferrer había sido una de las grandes mentes del país en el campo de la medicina y gozaba de fama mundial gracias al éxito que habían tenido sus últimas teorías sobre cómo hacer que las prótesis se sintieran cada vez más reales.

Pero, como todos, también tenía una cara oscura. Se obsesionó con la posibilidad de replicar células madre. Juraba que, si lo conseguía, tendría

aplicaciones infinitas: desde regenerar órganos de forma natural hasta borrar cicatrices y hacer que los cosméticos antienvjecimiento fueran realmente efectivos. Estaba convencido de que podría alargar la juventud del cuerpo y de la piel unos cuantos años más por lo menos. Ahí estaba la clave. Primero quiso probar las aplicaciones cosméticas que tendría para así poder cederles la fórmula a la empresa de sus padres, Magda Cosmetics.

Entonces llegó la parte del primer escándalo: su teoría. Esta consistía en afirmar que la grasa humana era una gran fuente de células madre y que o bien podrían reutilizarse o bien podría extraer la fórmula que necesitaba para replicarlas. La teoría en sí causó un gran revuelo en la comunidad médica y científica por lo disparatado que sonaba y lo poco ético que parecía. Se temía que aquello abriera la puerta a un nuevo tipo de tráfico de seres humanos por parte de las mafias. Por ese mismo motivo, la comunidad decidió cortar el tema de raíz retirándole todos los fondos que había planeado destinar a dicha investigación.

Por supuesto, no consiguieron que Francisco dejara en su empeño de realizar un descubrimiento revolucionario. Meses más tarde se destapó que el médico había conseguido obtener de forma ilegal muestras de grasa humana provenientes de los residuos de una liposucción. Si las pruebas resultaron favorables o no, ya no había forma de averiguarlo, puesto que el asunto — incluido el juicio— se llevó con el más absoluto silencio.

Las malas lenguas decían que el médico llegó a tener incluso sujetos vivos de prueba: de unos extraía la grasa y en otros testaba su eficacia. A Clara eso le sonó más a teoría conspirativa de poca monta que a otra cosa, pero lo que sí estaba claro era que había demasiadas lagunas en esa historia.

Siguió leyendo un poco más hasta que encontró algo que casi hizo que se le cayera el ordenador al suelo. Francisco Ferrer tenía un hermano pequeño al que estaba muy unido: Antonio Ferrer, su supervisor. ¿Podría ser que él se hubiera encargado de tapar todos los escándalos de su hermano? No lo creía capaz de hacer algo así, tan estricto con la ley como era, pero nunca se sabía. Solo tenía que encontrar el momento apropiado para sacar el tema sin que fuera demasiado descarado. No tenía ni idea de cómo hacerlo.

El día de la entrevista llegó sin que hubiera tenido la oportunidad de hablar con Antonio. «Bueno, ya decidiré lo que hago según lo que averigüe. Igual consigo que se ponga de mi parte y vuelva a reabrir el caso», pensó,

esperanzada.

Villa Anna era mucho más imponente de lo que había imaginado. La fachada era de un recio color crema con un precioso torreón en el lado izquierdo y un gran porche de madera que enmarcaba la entrada.

Inspiró profundamente, armándose de valor, y tocó el timbre. Quien le abrió la puerta era la última persona que Clara esperaba ver allí.

—¿Inspector Ferrer? —preguntó, perpleja.

—¿Nunca te han dicho que no está bien falsificar el currículum? —rebatíó, divertido—. Anda pasa, me parece que tenemos mucho de qué hablar.

Antonio condujo a una enmudecida Clara hasta el comedor principal y se sentaron en el sofá situado en frente del televisor. Ella intentó decir algo, pero tenía la mente totalmente en blanco. Desde luego, ese no entraba entre los cientos de escenarios posibles que había imaginado.

—¿De verdad creías que no me daría cuenta de que estabas investigando la empresa de mi familia? —inquirió el inspector, levantando una ceja.

—Pero... ¿cómo...? —balbuceó.

—Si no querías que se enterara nadie no deberías haber utilizado la red del departamento. Recuerda que mi trabajo es supervisar todos y cada uno de tus movimientos y sí, eso incluye el historial de búsquedas a través de la red —añadió, haciendo una floritura teatral.

—Entonces..., ¿el anuncio no era real? —cuestionó con un hilillo de voz.

—Totalmente falso. Escucha, Clara, sé que el caso de Víctor Serrano te ha afectado y es normal, es frustrante encontrarse con un caso sin respuesta. Sé que habría sido genial poder conectar todos esos casos, desvelar una trama criminal de aúpa tú sola y reírte de todos los que no han creído en ti, como en las películas. Pero esto es la vida real, no hay conspiraciones que valgan. La única unión que hay entre esos casos es una desafortunada coincidencia, nada más. Ahora dime, ¿qué habría pasado si ese anuncio fuera real? Has venido sola, sin protección... Podría haber ocurrido una desgracia. ¿Lo entiendes? —Clara asintió débilmente.

—Visto así... ya no me parece una idea tan buena. Supongo que le debo una disculpa, inspector.

—No te preocupes. Mira, haremos esto: yo “olvidaré” que todo esto ha pasado si tú me prometes que no volverás a cometer una locura como esta, ¿trato? —dijo mientras extendía una mano.

—Prometido. —Se la estrechó con una sonrisa.

Pero, en el momento en que su mano rozó la del inspector, Clara sintió una



fuerte descarga eléctrica que la dejó sin sentido.

Antonio Ferrer

Antonio cogió a Clara en brazos justo antes de que cayera al suelo. Menos mal que se dio cuenta a tiempo de que el currículum lo había enviado ella. Con todo lo que sabía habría sido muy difícil disuadirla sin tener esa excusa preparada. Su compañero Carlos tenía razón, la chica había resultado ser una detective excelente, con muy buena intuición.

Era una lástima que tuviera que deshacerse de ella; no podía arriesgarse a que no la hubiera convencido del todo y siguiera investigando por su cuenta. En fin, su cuerpo serviría para continuar con la noble causa que comenzó su hermano, igual que los demás. El único problema era que Clara sí tenía familia y amigos que pudieran preguntar por ella. Su desaparición sería mucho más difícil de tapar y eso no le convenía.

Por lo pronto pensó que lo mejor sería bajar al sótano donde tenía su “gimnasio” y administrarle uno de los somníferos en pastilla que tenía, así se aseguraría de poder planear tranquilo su siguiente movimiento sin que se despertara.

Las escaleras hacia el sótano siempre eran un tramo complicado cuando llevaba a alguien en brazos. «Tendré que instalar un ascensor», pensó, resoplando. Unos escalones más y listo. Allí estaban sus preciosas máquinas, las que utilizaba para extraer las células madre de la grasa humana por medio de la fusión con vapor. Fran le había enseñado cómo hacerlo. Cuando las miraba, aún recordaba las horas que ambos habían pasado allí perfeccionando la fórmula que hacía que los cosméticos de su familia fueran los más efectivos del mundo. ¡Qué orgulloso estaba de su hermano! Y qué pérdida tan dura. Por eso mismo quiso seguir con su legado, no iba a permitir que todo su trabajo cayera en saco roto.

Después de asegurarse de que Clara se hubiera tragado la pastilla, Antonio subió a la cocina y empezó a prepararse la cena. Poco después sonó el timbre, cosa que le extrañó, ya que no esperaba recibir a nadie a esas horas.

Finalmente, decidió ir a abrir y se encontró con el comisario Barral.

—Buenas noches, comisario. ¿Qué le trae por aquí?

Lentamente, el comisario sacó su pistola reglamentaria del bolsillo trasero de sus pantalones y le apuntó.

—Inspector Ferrer, queda usted detenido por homicidio múltiple con premeditación y alevosía, por cómplice de asesinato cuando su hermano vivía y por violación de los privilegios que le concede esa placa que va a

entregarme ahora mismo. ¡Las manos sobre la cabeza! ¡Ya!

Antonio intentó mirar por encima del hombro del comisario y pudo vislumbrar los dos coches de policía que bloqueaban la entrada a su casa. Estaba rodeado. No entendía nada, ¿cómo era posible que lo supieran?

—No entiendo a qué se refiere, comisario. ¿De verdad es necesario que me apunte con eso? —dijo, intentando hacerse el loco.

—Ah, ¿no? Déjeme que le refresque la memoria. ¿Acaso no acaba de dejar inconsciente a Clara? Y hablando de Clara, ¿dónde está? No irá a decirme que ha seguido el cliché supremo de esconderla en el sótano, ¿verdad? —dijo el comisario, irónico.

—¿Pero...? ¿Cómo...? —Estaba tan nervioso que no acertaba a articular algo coherente.

—Muy fácil —explicó el comisario—. Llevamos siguiéndote la pista desde que os citasteis en esta casa. Clara me comentó sus sospechas nada más enterarse de que Francisco Ferrer era tu hermano. Al principio no me lo tomé muy en serio, incluso llegué a reprenderla duramente por dudar así de su superior. Pero lo cierto es que todo encajaba, así que ideamos un plan.

«Ella vendría hasta aquí y nosotros la seguiríamos a una distancia prudencial. Una vez dentro, Clara encendería sutilmente el micrófono que lleva enganchado en la cinturilla de su pantalón y nosotros escucharíamos absolutamente toda la conversación. La tenemos grabada, por cierto. Y como extra, gracias a que la has bajado al sótano, porque me juego lo que quieras a que está ahí, tendremos una magnífica grabación de todo lo que tienes ahí abajo.

El inspector no pudo evitar que le temblaran las manos cuando se las puso detrás de la cabeza.

—Empieza a rezar todo lo que sepas, Antonio —sentenció el comisario—. Estás acabado.

—Buenos días, Clara. ¿Cómo te encuentras? —la saludó el comisario.

Tan solo hacía un par de horas que se había despertado en una habitación del Hospital Provincial con la cabeza embotada y llena de preguntas.

—Algo mareada, pero mejor que cuando me he despertado, eso seguro —bromeó, intentando quitarle hierro al asunto—. ¿Cómo acabó todo? —preguntó con cautela.

—Ya te contaremos los detalles más tarde, pero lo importante es que gracias a ti pudimos cogerle. Aun así, me veo en la obligación de ponerte una falta. Bajaste mucho la guardia y mira cómo has acabado. Recuerda que, de momento, solo estás de prácticas, no deberías haberte puesto en peligro de esa manera.

Clara asintió, sabía que el comisario tenía razón. En aquel momento fue perfectamente consciente de que corría peligro, pero ignoró las señales decidida a llegar hasta el final. Estaba claro que aún le quedaba mucho camino que recorrer.



BEATRIZ ESTEBAN  
LOUISE

# Louise

Mistorne, 1952

El pueblo amaneció con gritos de alarma.

Pasé por delante de la habitación de Annabelle, todavía con el batín desatado y la cinta barriendo el suelo. Ella dormía, pero Mistorne parecía estar despertándose antes de tiempo. Me bastó con correr las cortinas del vestíbulo para ver cómo una masa desenfrenada de vecinos corría calle abajo por la Avenida Central, como si el Diablo los persiguiera.

Pero no se oían disparos.

No hoy.

Daniel bajó las escaleras, ajustándose el cinturón por el camino. Llevaba la pistola enfundada en la cadera y la placa de policía torcida sobre la chaqueta.

—¿Qué ha pasado? —pregunté. Él pasó de largo y fue directo a mirarse en el reflejo del espejo—. Me ha despertado todo el follón de la calle. ¿Te han llamado?

Daniel asintió.

—Han encontrado un cuerpo esta mañana.

—¿Un cuerpo? ¿Dónde? —Daniel frunció los labios, pero no dijo nada más. Me deshice del batín de un tirón y lo colgué en el perchero de la entrada, siguiendo los pasos de mi marido—. Déjame acompañarte. Me visto en cinco minutos y...

—No, Eleanor, esta vez no. Quédate con Annabelle.

—¿»Quédate con Annabelle«? —repetí, levantando una ceja—. Está durmiendo como un bebé y ya no necesita ninguna niñera, Daniel. Tiene once años. Le dejaremos una nota en la cocina y cuando despierte...

—Eleanor, hazme caso. —Se volvió hacia mí y me colocó las manos sobre los hombros, atravesándome con la mirada. Parecía haberse vuelto de hierro—. El cuerpo es de Louise, la hija de Becca Wilson. Quédate en casa con Annabelle y no dejes que lo sepa. No dejes que tenga miedo, ¿me oyes? Está todo controlado.

Me dio un breve beso en la mejilla antes de cerrar la puerta tras de sí. Me quedé unos segundos mirando el pomo, recordando la última vez que Louise Wilson llamó a la puerta de nuestra casa, con una sonrisa de oreja a oreja y una caja de galletas en las manos para darnos la bienvenida a Mistorne. Se había vestido con sus mejores galas. Supimos después que su madre se había gastado parte de sus ahorros en aquella caja, para tener un detalle. Cuando Annabelle asomó la cabeza por el recibidor me preguntó qué le pasaba a su piel. Le chisté y la hice volver a su cuarto antes de agacharme para sonreír a Louise. Nunca había visto una sonrisa tan blanca y tan brillante como la suya.

Y ya no la volvería a ver. Louise Wilson había aparecido muerta en un pueblo donde el mayor temor de los vecinos era que la radio fallara. Y algo me decía que había muerto por ser mujer.

Por ser niña.

Por ser negra.

Acabé dejando una notita en la cocina, junto a unas gachas de avena calientes listas para cuando Annabelle se levantase. Aún era muy temprano; el sol estaba perezoso y cambiaba los colores del cielo en un suave *crescendo*, minuto a minuto. Ámbar, naranja, dorado y rosa. Un amanecer que aquel día vería un alma menos.

Seguí la dirección contraria a los curiosos que volvían de casa de los Wilson con la cabeza gacha. La calle se había quedado desierta a excepción del coche de policía que proyectaba sus luces al final del camino, donde vivían Louise y su madre. Me abroché el abrigo y me acerqué a la casa. Dos compañeros de Daniel esperaban de brazos cruzados en la puerta, erguidos con su uniforme como dos soldaditos de plomo. No tardaron en suspirar al verme llegar.

—¿Otra vez por aquí, señora Miller?

—¿Está Daniel dentro? —pregunté, ignorando las muecas de su cara.

—Está haciendo su trabajo.

—Estupendo. Sólo vengo a ayudar —repliqué, con la mejor de mis sonrisas. Me sacudí la falda antes de subir el primer escalón de la casa—. Ahora, si me lo permiten...

Uno de los policías me bloqueó la entrada, hinchando el pecho y alzando la barbilla para sumarse autoridad. Parecía haber olvidado que yo era la mujer

del amigo que le llevaba de vuelta a casa las noches de borrachera; la que le servía las copas.

La mujer a la que le tocaba limpiar su basura.

No tenía tiempo para esto. No con una niña muerta al otro lado.

—Creo que no me ha entendido bien, señora. —dijo—. No está permitido molestar a la policía mientras trabaja, ¿me oye? Vuelva a su casa y límitese a extender rumores como el resto de las mujeres.

—Lo dice como si estuviera acostumbrado a verme así, señor Brown. Y me da la sensación de que he participado en más investigaciones de las que usted puede contar.

Él estrechó los ojos.

—Siempre desautorizada —masculló.

—Eso lo hace más entretenido. —Le dediqué una sonrisa, pero unos pasos provenientes del interior de la casa impidieron que fuera yo la que me adelantara. Daniel abrió la puerta principal para encontrarse con la espalda del señor Brown. Tardó medio segundo en darse cuenta de que me encontraba tras él.

—¡Eleanor! ¿Se puede saber qué...?

—Vengo a ayudar. ¿Cómo se te ocurre decir que han encontrado a Louise muerta y dejarme tan tranquilo? Es una niña, Daniel.

—Precisamente por eso deberías haberte quedado cuidando a la nuestra.

Arrugué la nariz.

—Déjame entrar. Sabes que puedo ayudarte.

En realidad, Daniel sabía que no podía detenerme. Como él diría, no era la primera ni la última investigación en la que metía las narices. Pero antes me había encontrado con robos y pequeños hurtos, con discusiones entre vecinos, estafas e infidelidades; nunca con cadáveres. La policía de Mistorne no estaba preparada para trabajar con sangre, y a algunos les repateaba que yo fuera de las pocas que podían tolerarla.

Daniel nunca fue uno de ellos. Echó una última mirada de advertencia a sus compañeros antes de cogerme de la muñeca para hacerme entrar en la casa. Pegó su hombro al mío.

—No toques nada, ¿de acuerdo? Y no hables con nadie.

—Me conozco el protocolo, Daniel.

—Deberías haberte quedado con Annabelle.

—Tenía curiosidad. No llevo ni media hora fuera y...

—Pues no hay mucho que curiosear ya. Vamos a cerrar el caso.

Sus palabras me sonaron todavía más inverosímiles cuando entré en la habitación donde descansaba el cuerpo de la pequeña Louise Wilson. Aunque descansar nunca sería la palabra.

Me detuve en el umbral de la puerta, con una mano en el pecho y la otra buscando una pared con la que sostenerme. Daniel se adelantó y se acercó al forense que miraba a la niña desde el suelo, de cuclillas. Su expresión decía lo mismo que la mía.

No podían cerrar un caso que ni siquiera se dignaban a abrir.

Louise Wilson estaba tendida en el suelo de la habitación, con los brazos a ambos lados de su cuerpo como si quisiera abrazar el cielo. Con los rizos formando un halo alrededor de su cabeza, los labios y los ojos entreabiertos, y el camisón empapado de pequeñas gotas de sangre seca. El golpe que la mató le había tintado el cabello de color escarlata. No me costó encontrar el arma homicida: a solo dos palmos de distancia de la niña había un pedrusco tan cubierto de sangre que apenas se intuía su color original.

—Dios mío... —murmuré. Me santigüé antes de arrodillarme junto a ella—. ¿Qué ha pasado?

Daniel hizo un gesto al forense para que se marchara y se ajustó los pantalones.

—Un accidente doméstico.

—¿Un accidente doméstico? ¿Te parece que es normal que te lluevan piedras del cielo? Daniel, a esta niña la han matado.

—No tienes pruebas.

—¡Por Dios, mírala! Un golpe seco en el cráneo utilizando esa piedra. Es posible que incluso haya sido con algo más potente y luego utilizara la piedra para rematarla. O para confundirnos. ¿No vais a analizar la escena? ¿A buscar alguna evidencia?

Daniel suspiró. Parecía que de pronto le hubiera sumado años de vida a la espalda.

—Es una niña, Eleanor. Si alguien hubiera querido asesinarla no lo hubiera hecho sin aprovecharse antes de ella. Y no presenta ninguna herida más, ni un rasguño ni ningún signo de violencia o de defensa. Está muerta, punto. No podemos hacer nada más. El jefe de policía ha concluido que se trata de un accidente doméstico y si lo dice es porque tiene razones para pensar que lo es. —Se cruzó de brazos—. Es un caso cerrado, Eleanor. También para ti.

Sacudí la cabeza, todavía con la vista en los labios entreabiertos de Louise. En su último intento de pedir ayuda.



—¿Y la señora Wilson? —pregunté, justo cuando Daniel pasaba por mi lado para marcharse.

—Fuera del pueblo. La señora Thompson nos ha dicho que se fue anoche a visitar a sus padres en el norte. Estamos tratando de localizarla.

—¿La niña no estaba al cuidado de nadie?

Él se encogió de hombros.

—Si lo estaba, ha desaparecido.

—¿Me estás diciendo que esa pobre mujer no sabe que su hija ha muerto?

—Un nudo me atravesó la garganta. Louise tenía la misma edad que Annabelle. Iban a la misma escuela, tenían las mismas amigas y los mismos sueños. Pero ya no. Alguien se había encargado de que Louise no creciera ni un día más, y su madre ni siquiera lo sabía. Su madre ni siquiera podía llorar su muerte.

Daniel se acercó a mí, con la misma mirada férrea que me había dedicado aquella mañana al despertarse.

—Eleanor, vuelve a casa. Es un caso cerrado, te guste o no. Este no es tu trabajo.

Annabelle seguía en su habitación cuando volví a casa y el plato de avena, frío sobre la mesa de la cocina. Los gallos de la granja de los Kepner despertaron al pueblo con sus cantos. Aun así, la habitación de Annabelle seguía completamente a oscuras.

Ví cómo su figura se removía entre las sábanas en cuanto me oyó entrar.

—Buenos días, cielo —murmuré. Ella me respondió con su habitual gruñido, que no hizo más que acentuarse cuando corrí las cortinas para que entrara la luz.

—Mamá, es domingo...

—No es excusa para hacerse la remolona. —La sonrisa se me crispó en medio segundo. Era demasiado pronto para bromear; demasiado pronto para hablarle de la muerte, también. Me sentía un títere en la función equivocada—. Annabelle, cariño, ha... Ha pasado algo en el pueblo.

La niña se incorporó sobre su cama, dejando que un par de rizos rubios resbalaran sobre su frente. Parpadeó para quitarse el sueño.

Y quise pensar que cuando le conté lo que le había ocurrido a Louise Wilson, el sueño y la vigilia todavía peleaban para hacerse con ella. Quizás por eso no hizo más que escucharme entre bostezos, con las cejas inclinadas,

los puños cerrados alrededor de la sábana y los labios sellados. Annabelle jugaba a policías con sus muñecos, pero en sus historias nunca había asesinatos.

Porque eso era lo que había ocurrido. Por más que Daniel insistiera en que era un accidente doméstico, yo sabía que las pruebas indicaban algo totalmente distinto. E intuía que había una única razón detrás: Louise Wilson no le importaba a nadie.

Los vecinos curiosos se habían encogido de hombros al conocer la identidad del cadáver y habían dado media vuelta hacia sus casas. El periódico decidió obviarlo. Annabelle asintió como si le estuviera hablando de un personaje secundario en uno de los cuentos que leía; uno que no importaba, no crecía, no sentía, no *vivía*. Los policías fueron a emborracharse al acabar la investigación, dejando el cuerpo de una niña pudriéndose en su casa y a una madre sin saber todo lo que le habían arrebatado.

Pero a nadie le importaba. Porque Louise no era Annabelle, no era Rachel o Janet; no era una de esas niñas a las que abrían la puerta con una sonrisa cada vez que repartían galletas después de clase. Las Wilson habían vivido escondidas desde que llegaron al pueblo, por miedo. A las miradas, a las preguntas, a las puertas cerradas y a tener que utilizar el baño del servicio cada vez que visitaban alguna casa. Que se hubieran quedado en Mistorne sólo significaba que venían de un lugar peor.

Y de pronto Louise estaba muerta.

Pero a nadie le importaba.

Nadie pensaba en que, si había alguien en ese pueblo capaz de matar a una niña a sangre fría, nada le detendría a la hora de matar a más.

Hice caso a Daniel, en parte. Durante los días que siguieron a la muerte de Louise no volví a separarme de Annabelle ni un solo día, aunque ella ni siquiera pareció notarlo. Estaba acostumbrada a recibir todas las atenciones del pueblo. Me aseguraba de que llegaba cada día a la puerta de la escuela, sana y salva, y era la primera madre en recogerla a la salida. Cruzábamos la Avenida Central de Mistorne cogidas de la mano, saludando a cada vecino con el miedo latente bajo la piel.

La señora Thompson, que siempre había arrugado la nariz al hablar de las Wilson.

El señor Smith, que no dejaba entrar a ningún negro en su establecimiento.

La familia Rothstein, que miraba a todo el mundo por encima del hombro.

La viuda Beth, que se pasaba los días tejiendo con la ventana abierta, atenta a cada paseo, cada juego de niños, cada noticia. Y, sin embargo, nada de lo que había pasado parecía preocuparla.

Había un asesino en Mistorne y todos actuaban como si se tratara de un juego. Como si fuera una mentira. Como si sus vidas hubieran pedido permiso para ignorar la crueldad de lo que acababa de pasar.

No entendía cómo podían respirar tranquilos. Daniel cambiaba de tema cada vez que le insistía en lo que había pasado; y sabía que comentarlo con el resto de las madres del pueblo sólo levantaría sospechas. Ellas no querían saber nada de lo que había pasado. Ellas querían creer que formaba parte de un sueño, de la trama ficticia de una de esas películas que veían para asustarse cuando conducían hasta el autocine.

Por eso el pueblo fingió dormir cuando oyeron los gritos de la señora Wilson al enterarse de la noticia. Empezaron a evitar mirarla a los ojos cada vez que se la encontraban en el mercado. Ignoraron el negro de su ropa, el vacío de sus ojos. A nadie le importaba que a su lado ya nunca se oyera la risa de una niña.

Excepto a mí.

Estaba cansada de esperar a que la justicia hiciera su trabajo. Después de tanto tiempo viendo a Daniel trabajar, creer en la humanidad se me hacía cada día un poco más difícil. Aproveché que Daniel estaba ayudando a Annabelle con los deberes (o eso decía, porque yo le veía más interesado en leer las noticias del periódico que en los problemas de su hija) para ponerme el abrigo y escaquearme de mis tareas. Ya tendría tiempo de enfrentarme a los quehaceres del día a día cuando no existiera el miedo. Cuando mi mayor temor fuera de nuevo ver crecer a Annabelle, no verla muerta. La tarde empezaba a dar paso al crepúsculo y las tiendas ya habían empezado a colgar los carteles de cerrado. No había ni un alma en la calle, pero sentía mil ojos tras las cortinas.

»Debería estar en su casa«, dirían.

»Menuda madre más irresponsable.«

¿»La viste en la oficina de su marido? No tiene ningún respeto. Se cree que puede hacer lo que le da la gana.«

¿»Cómo se atreve a ir sola a estas horas«?

»Seguro que esconde algo. Un amante.

Un hijo.

Un *arma*.«

En Mistorne aún no habían aprendido que sólo aquellos que no esconden secretos se atreven a ir con el rostro destapado y la mirada por delante.

Días antes, la casa de las Wilson había estado abarrotada de miradas curiosas, gente que se acercaba a la escena del crimen como si fuera una celebridad. Un par de mujeres se habían desmayado al conocer la noticia. Horas más tarde dejaron un par de cestas cargadas con pasteles en la entrada como si con dulces pudiera sanarse el corazón de una madre viuda.

La señora Wilson volvía a estar completamente sola.

No había policías ni vecinos, no había ni una luz encendida en las casas contiguas. La propia casa de la señora Wilson parecía abandonada. Las flores que antes decoraban las macetas de la entrada estaban marchitas y las ventanas llenas de polvo, como si nadie hubiera entrado en la casa en una semana. Quizás no lo hubieran hecho.

Cuando la señora Wilson llegó a Mistorne de nuevo, cargada con los regalos de los abuelos de Louise, se encontró a un policía en su jardín y a su hija en una bolsa de plástico. Le pidieron disculpas por la puerta —se habían visto obligados a forzarla para entrar— y le prometieron correr con los gastos de la reparación (como si así pudieran sanarla también a ella). Al parecer un vecino había hecho correr la voz de alarma cuando vio a Louise tendida en el suelo desde la ventana. Y, sin embargo, nadie había visto nada más.

Nadie creía estar en peligro.

Preferían esperar a que fuera demasiado tarde. A que fuera más obvio. A que la próxima víctima fuera alguien de *más valor*; alguien joven, bello, blanco. Entonces el terror sustituiría la sangre de sus venas y volverían a cerrar las puertas de sus jardines .

Entonces empezarán a llorar la pérdida de Louise Wilson.

El crujido de una rama a mis espaldas detuvo el hilo de mis pensamientos. Me di la vuelta con un sobresalto, notando cómo mis latidos reverberaban en las sienas. La calle estaba vacía y sólo se oía el silbido del viento.

Pero el viento no pesa. No hace que las ramas crujan.

El viento no fue la sombra que cruzó la calle a mis espaldas.

Volví a girarme, pero no vi nada, no vi a nadie. Tenía las piernas clavadas en la tierra como si fuera a echar a correr en cualquier momento. Alguien me estaba siguiendo; y si fuera Daniel o Annabelle no habría razones para esconderse.

Con todavía más aprensión, corrí hasta la puerta de la señora Wilson y empecé a golpear la madera con los puños.

—¿Señora Wilson? —pregunté al aire—. Señora Wilson, ¿está ahí?

Ni un alma.

Ni un ruido.

Sólo una sombra.

Ahogué una exclamación y miré por encima del hombro, al matorral del jardín donde el viento rugía y las ramas estaban cada vez más muertas.

—Señora Wilson, ¿puede abrirme? —Me mordí el labio, sin apartar la vista de la calle—. Creo... Creo que hay alguien y...

—No hay nadie. —Por un momento, la voz de la señora Wilson me pareció la de un fantasma. No venía del interior de la casa, sino de mi espalda. La mujer apareció por el lateral de su jardín, arrastrando los pies y vistiendo un abrigo negro tan largo que barría el suelo. Anduvo cabizbaja hasta el porche principal de su casa y sacó las llaves de su bolsillo—. Ya no hay nadie, señora. Por favor, márchese.

Me hice a un lado para que pudiera abrir la puerta, pero ella ni siquiera se molestó en mirarme. Tampoco esperaba que lo hiciera. Tenía los ojos tan vacíos que no me hubiera extrañado que la sombra que me perseguía hubiera sido su duelo.

—Señora Wilson, soy la señora Miller. Mi marido trabaja en la policía de Mistorne y...

—Le he pedido que se marche.

Ví el rechazo en su gesto.

—Escúcheme, por favor. Sólo quiero ayudarla.

Sus labios se curvaron en una mueca de lo que supuse que era una sonrisa. Rota, frágil, como si le doliera el simple hecho de imaginarla. Detuvo las manos sobre el picaporte.

—No necesito su pena, señora Miller. Déjeme descansar de una vez, por favor.

—¿Cree que lo digo *por pena*?

—Creo que ayudar a una pobre viuda negra le haría parecer buena y altruista delante de sus amigas, y por eso está aquí. Por eso la señora McGregor me trajo potaje a casa y por eso la señora Crew me saludó desde el coche. Estoy harta de su falsa compasión, señora Miller. No traerá a mi hija de vuelta.

La rabia empezó a bullirme en el estómago. No porque la señora Wilson

quisiera cerrarme las puertas de su casa, sino por todas las razones que la habían llevado a ello. Por la falsa compasión. Por las miradas indiscretas desde detrás de las cortinas que aún sentía que se clavaban en nuestras nuucas mientras hablábamos. Por la desconfianza.

No ganaría nada si adornaba lo que venía a hacer con palabras bonitas; para ella estaban vacías. No quería ayudarla por pena ni por mejorar mi imagen: quería ayudarla porque no podía soportar que la gente viera un asesinato como un accidente.

No podía soportar que lo hicieran porque la víctima era Louise.

Porque era alguien que no *valía*.

—Escuche, señora Wilson —insistí, colocando la palma de la mano sobre la puerta para evitar que la cerrara—. ¿Sabe qué me diferencia del resto de las señoras que la han visitado? Que, en mi caso, ambas sabemos que su hija fue asesinada. Que no hubo ningún accidente, que no fue un tropiezo desafortunado, o no se hubieran esforzado tanto en dejar impecable su casa antes de que llegara. Por eso estoy aquí, para saber qué pasó. Para darle a la muerte de Louise la importancia que merece. —Tragué saliva. El rostro de la señora Wilson se contrajo al escuchar el nombre de su hija, pero no me miró. No se movió. Me pareció ver el brillo de una lágrima en sus ojos—. Que sea precisamente la policía quien lo encubriera todo fue lo que me hizo sospechar en un primer momento. Mi marido prefiere no darle vueltas al asunto y obedecer las órdenes de sus superiores sin más, pero yo... No puedo quedarme de brazos cruzados. No sabiendo el dolor que debe de estar viviendo usted. Cada día que paso en Mistorne me doy cuenta de que ya ni siquiera podemos fiarnos de quienes han de protegernos.

—Ha tardado en darse cuenta, entonces. —Se giró hacia la puerta con un carraspeo, dispuesta a darme la espalda. Me miró al ver que no pensaba moverme—. Señora Miller, perdone mi insistencia, pero usted misma ha dicho que no podemos fiarnos ni de la policía. ¿Por qué tendría que fiarme de usted?

—Porque soy madre también, señora Wilson. Y nunca perdonaría lo que le han hecho. Nunca me perdonaría no hacer nada al respecto.

Alcé la barbilla y le sostuve la mirada, por más que la suya no hiciera más que empequeñecerse. Le temblaba el labio inferior y parecía estar a punto de derrumbarse.

Se separó de la puerta con un suspiro.

—Pase, señora Miller. Y llámeme Becca, por favor.

Becca Wilson se encogió sobre sí misma nada más entrar en la casa. Me pregunté cuánto tiempo llevaba deambulando por su propio jardín como un alma en pena; volviendo a casa sólo cuando el sueño era demasiado grande o la noche demasiado oscura. La puerta del salón, donde días atrás habían encontrado el cuerpo de Louise, se hallaba cerrada a cal y canto. La madera comenzaba a coger polvo. Parecía que nadie hubiera entrado en aquella casa en semanas.

Becca me condujo directamente a la diminuta cocina, la estancia que quedaba nada más entrar, un par de pasos a la izquierda. Una columna de platos sucios se amontonaba en la pila y la única lámpara que alumbraba la estancia estaba parpadeando.

Me senté de piernas cruzadas y esperé a que Becca sirviera sendos vasos de agua, sin decir ni una palabra. Yo todavía no sabía cómo empezar aquella conversación.

—Necesito saber todo lo que ocurrió la madrugada del 7 de octubre —dije, tras un carraspeo—. Todo. ¿La policía no le preguntó nada?

Ella sacudió la cabeza.

—No los escuché, señora Miller. No lo recuerdo.

Fruncí los labios. Me dio la sensación de que podía escuchar perfectamente todas las palabras que callaba: que su hija estaba muerta, que eso era lo único que recordaba. Que eso era lo único que quería cambiar.

Que ya no podía.

—Usted estaba en casa de sus padres, ¿no es así? —Asintió—. ¿Fue una visita fortuita?

—Voy cada primer domingo del mes, señora Miller. Louise lo sabía, si es lo que quiere saber.

—¿La deja siempre sola cuando se va?

Becca cerró los ojos, como si el dolor de pronto fuera demasiado grande como para contenerlo. Su voz no fue más que un susurro cuando habló:

—No estaba sola. No... No suele estarlo. Sé que queda siempre con sus amigas de la escuela. —Sacudió la cabeza con un movimiento brusco—. *Quedaba.*

—¿También lo hizo aquella noche?

—No estaba ahí, señora Miller. La policía dijo que no había nadie en casa cuando llegaron, que los avisó un vecino. Antes Louise pasaba la noche con sus amigas porque tenía miedo a la oscuridad, pero puede que en los últimos

meses se hiciera mayor y...

»Y ya no más ,«pensé.

Ya no crecería más. Ya no la vería hacerse mayor, ni reír, ni cambiar, ni aprender. Louise Wilson había sido borrada de la historia de la manera más cruenta posible y no había nadie para hacerle justicia.

—La policía puede mentir —murmuré—. No podemos descartar nada aún. ¿Podría darme el nombre de sus amigas, por favor?

Llegué a casa con la lista de las últimas personas que habían visto a Louise Wilson con vida en el bolsillo.

Amanda Smith, Coraline West y Samantha Carter. Conocía a sus familias — en Mistorne, quisieras o no, todos acababan conociéndolo *todo*—, pero el rostro de las niñas se mezclaba con todas las caras conocidas que veía cuando recogía a Annabelle de la escuela. Ponerles nombres se había convertido en una tarea imposible mucho tiempo atrás.

Los Smith llevaban la ferretería del pueblo, bien posicionada en el centro de la avenida principal, entre la tienda de ultramarinos y la peluquería de la señora Thompson, que llevaba años siendo el centro de reuniones de las marujas de Mistorne. Los domingos la tienda cerraba, pero aquel día me dio tiempo a pillar a una niña de rizos rubios jugando con una muñeca de trapo en el porche.

Amanda Smith estaba en el suelo, con el vestido cuidadosamente colocado sobre sus piernas, peinando a su muñeca con una sonrisa en los labios. Ni siquiera pareció sorprenderse cuando me acerqué a ella.

—Hola. Eres Amanda, ¿verdad? —Asintió sin apartar la vista de su juguete—. Soy Eleanor, la mamá de Annabelle. Me parece que vais juntas a clase.

—Sí —murmuró—. Si buscas a mi mamá, está dentro.

—No, no, quería hablar contigo. ¿Tienes un momento?

Levantó sus iris azules hacia los míos, arqueando una ceja con escepticismo. Ya no había rastro de la niña adorable que jugaba con sus muñecas.

—¿Qué quieres?

—Bueno, me ha dicho un pajarito que eras amiga de Louise Wilson, ¿verdad? Quería saber si tú o... Coraline o Samantha, quizás, estuvisteis con ella en su casa la semana pasada. Yo también hacía fiestas de pijama cuando tenía tu edad, ¿sabes? No hace tanto. —Le sonreí, tratando de romper el muro



que se había alzado alrededor de Amanda en cuanto pronuncié el nombre de su amiga. Puso una mueca más cercana a la repulsión que a la pena. Supuse que no sería ni la primera ni la última persona en preguntarle por Louise. Cuando una niña de once años a la que le han enseñado toda su vida a mantener la boca cerrada se encuentra en una situación así, una parte de ella quiere huir, otra quiere rebelarse.

Otra está harta de que la molesten.

De que no le dejen ser una niña y jugar con sus muñecas. De que la interrumpen en su intento de olvidar a Louise Wilson.

Por eso se quedó callada, sin más, como si le hubiera hablado el viento.

—¿Visteis a alguien entrar en casa, Amanda? ¿Había alguien en la calle? ¿Os fuisteis pronto? Es importante que me lo digas, cariño. Tengo que ayudar a la mamá de Louise, ¿lo entiendes?

Ella arrugó la nariz. Cuando habló lo hizo en un susurro:

—No somos amigas.

—¿Qué?

—Louise no es nuestra amiga. —Se volvió hacia su muñeca, frunciendo el ceño, y dejó que sus dedos se enredaran en la cabellera de lana—. Es tonta y mamá me dice que si me acerco a ella pillaré piojos.

»Es«, en presente. Como si no estuviera muerta.

*Como si no le importara.*

—¿Nunca has ido a su casa? —Negó con la cabeza—. ¿Y Samantha y Coraline?

—Te he dicho que no somos sus amigas —repitió, poniendo los ojos en blanco—. No nos juntamos con esa gente.

Me volví tras ver su mueca de asco.

Parecía que la historia acababa siempre en el mismo punto, que la muerte de Louise y el luto de su madre no indicaban más que soledad. Daño. Diferencia.

Durante los primeros días su nombre reverberaba en todas las iglesias y los ojos de los vecinos estaban llenos de falsa pena, pero nadie buscaba hacerle justicia. Porque era lo que pasaba siempre: alguien moría, algunos lloraban, Mistorne dejaba que cayera en el olvido.

Una parte de mí sentía que no era mi deber hacer justicia. Que podía volver a casa, preparar la cena, acostar a Annabelle y olvidarme de que Louise Wilson había sido asesinada y de que nadie haría nada al respecto.

Pero Annabelle podría haber sido esa niña. Podría haber sido la niña que le decía que tenía amigas a su madre para que no se preocupara y que luego

pasaba las noches sola, temiendo cada sombra en la oscuridad. La niña que se arriesgaba a que le escupieran cada vez que llamaba a la puerta de una casa para vender galletas. La niña cuyo rostro recorrió todos los periódicos la mañana de su muerte y que tardaron dos días en olvidar.

El corazón se me encogió al darme cuenta de que la piel de Annabelle era lo único que la había protegido hasta entonces.

Y eso tampoco era justicia.

Cuando llegué a casa, Daniel me esperaba de brazos cruzados en el recibidor, apoyado contra la pared. Me echó la misma mirada que utilizaba para imponerse ante los delincuentes. Conmigo no funcionó.

Alcé la barbilla y dejé el abrigo en el perchero, con una sonrisa.

—Buenas tardes a ti también —dije—. ¿Esa cara significa que has hecho la cena?

—No tiene gracia, Eleanor. —Se colocó frente a mí y me cogió de la muñeca, inmovilizándome—. ¿Se puede saber dónde coño estabas?

—He... He estado de visita. —Me deshice de su mano con un gesto brusco—. Nada de lo que tengas que preocuparte.

Pasé por su lado, dispuesta a subir a mi habitación, pero su voz me detuvo.

—¿Has estado con la señora Wilson?

—Si te dijera la verdad te enfadarías. Y sería una razón de más para volver a verla.

Él bufó.

—Por Dios, Eleanor, te he dicho mil veces que no te metas donde no te llaman, ¿entiendes? Esto no es ningún juego. No puedes darle ilusiones a una pobre mujer y...

—¿Pero vosotros sí podéis darle mentiras? —Daniel abrió la boca, ofendido, pero yo no había terminado—. Quizás se la puedes colar a todas las demás mujeres del pueblo, Daniel, pero a mí no puedes mentirme. Esa chica fue asesinada y lo sabes. Sólo te callas porque es lo que te conviene, porque es menos trabajo y porque sabes que no va a tener repercusiones. Que nadie más que Becca llorará la pérdida de su hija y que, con suerte, no tardarán en deshacerse de ella también. —Sacudí la cabeza con un bufido—. A veces no pareces padre, Daniel. Louise era una persona, ¿sabes? Era importante. Podría haber sido Annabelle.

—Eso no es verdad.

—¿Por qué, porque fue un asesinato racista? ¿Es eso? ¿Por eso no te preocupa? —Me mordí el labio. En el fondo no quería conocer su respuesta—. No me voy a quedar de brazos cruzados, Daniel. Me va a dar igual lo que digas.

Subí las escaleras hacia la habitación de Annabelle sin volverme para mirarle, con la rabia bullendo cada vez con más fuerza en la boca del estómago.

Annabelle jugaba con su muñeca de trapo como Amanda lo hacía un día atrás. Su habitación aún estaba sumida en la semipenumbra, con las persianas bajadas, y sólo se oía el susurro de su fantasía. Me quedé mirándola desde el umbral de la puerta.

—Señorita Cloe, ¿le gustaría venirse a tomar el té conmigo? —dijo. Agitó la muñeca en el aire, revolviéndole los cabellos de trapo—. ¡Por supuesto que sí! ¡Vamos a su casa!

Pero no se movió del sitio y siguió de piernas cruzadas sobre la cama, con el camisón por encima de sus piernas y el pelo recogido en un moño. Tenía las mejillas sonrojadas y la mente muy lejos de Mistorne. Donde podía sentirse segura.

—Toc, toc —dije, dándole un golpe a la puerta—. ¿Puedo unirme a la fiesta del té?

Annabelle levantó la mirada y sonrió, haciendo un hueco a su lado en la cama para que me sentara. Hacía mucho que no me permitía jugar con ella. Verla imaginar y crecer.

Daniel siempre consideraba que tenía otros quehaceres más importantes, como asegurarme de que le servía un plato caliente nada más llegar a casa.

—¿Dónde están las demás muñecas, mi amor? —dije, acercándome.

—Durmiendo.

Supuse que eso explicaba lo oscura que estaba la habitación. Eché un vistazo al armario entreabierto, donde guardaba todos sus juguetes.

—Las dejaré descansar, entonces. Resérvame a la del vestido azul para la próxima vez. La rubia.

—¿Dolores?

—Esa misma. —Me senté a su lado, hundiendo el colchón bajo mi peso. Pasé un dedo por sus rizos—. ¿Qué tal el día, cariño? ¿Has hecho los

deberes?

Asintió.

—Te he echado de menos. ¿Por qué te has ido con otras niñas?

—¿Te lo ha chivado papá?

—Sí. —Se mordió la lengua—. Dice que parece que te importe más la niña negra que yo.

—Se llama Louise, cariño. Y no es verdad. —La abracé con un brazo hasta darle un beso en la frente—. Sólo quiero protegerte, ¿entiendes? Louise ya no está y... —Me mordí el labio—. Quiero entender por qué. Fui a ver a sus amigas, sólo eso.

—Louise no tenía amigas. —Lo dijo con la indiferencia con la que hablaría del tiempo.

—Eso no está bien. Todo el mundo se merece tener amigos, Annabelle. ¿Tú no jugabas nunca con ella? ¿No eras su amiga también?

Se encogió de hombros.

—A veces sí. ¿Quieres jugar, mamá? —Y con esa frase supe que no conseguiría que me hablara más de Louise. Que no conseguiría que la viera como algo más que la chica negra que se inventaba amigas y se escondía del mundo.

Me rendí, sabiendo que Annabelle no podría darme las respuestas que buscaba.

Pero Louise sí.

—No creo que invitara a nadie a su casa aquella noche, señora Wilson — dije. Becca apretó con más fuerza la taza de té que sostenía, pero por lo demás no pareció reaccionar—. Pero no significa que no hubiera nadie. ¿Ha entrado en el salón desde que...?

Ella sacudió la cabeza antes de que pudiera terminar la frase.

—Dicen que lo dejaron impoluto, pero yo... —Tragó saliva—. Si entrara la vería, señora Miller. La recordaría muerta. Ya tengo suficiente con el dolor de recordarla viva en cada rincón de esta casa.

—Lo entiendo, señora Wilson. Es... Es un proceso duro. —Duro era una palabra demasiado insultante para todo lo que le había ocurrido a aquella familia. Precisamente por esa razón no podía detenerme—. ¿Me permitiría pasar a echar un vistazo?

—No encontrará nada.

—Tengo que intentarlo.

Me dio el visto bueno con un gesto, pero esta vez ni siquiera fue capaz de acompañarme hasta la puerta. Entré en el salón con cautela, como si cada objeto estuviera hecho de cristal. Becca temía encontrarse con el fantasma de su hija; yo lo buscaba.

—Vamos, Louise, dime qué pasó... —susurré, echando un vistazo global al salón.

Era una estancia diminuta, con una chimenea apagada que ocupaba casi la mitad de la sala. A dos pasos estaba el sofá, cogiendo polvo, y el resto de la habitación se reducía a un par de estanterías, una alfombra, una mesa de café y el cesto donde guardaban las revistas. Todo seguía un orden tan perfecto que parecía irreal. La alfombra parecía nueva, y no recordaba que estuviera ahí cuando el suelo lo ocupaba el cuerpo de Louise. Cuando Becca decía que habían dejado la casa impoluta para su llegada, no me imaginaba que llegaría a un punto tan descarado.

Habían intentado borrar todas las señales de que entre aquellas paredes había sucedido un homicidio. Con ello se habían llevado también al fantasma de Louise y habían convertido el salón en un pequeño museo.

Los pies de Louise habían llegado a rozar el sofá, pero alguien se había encargado de reorganizar los cojines y limpiarlo hasta que no se viera ni un sólo mechón de pelo. Si simplemente se hubieran molestado en buscar huellas, en saber quién entró aquella madrugada en la casa... Yo ya no podía. No serviría de nada entregar pruebas inconclusas en una comisaría donde homicidios como este se igualaban con los atropellos a animales. Una desgracia para algunos, sí, pero nunca había culpables. No había justicia.

Tampoco me sirvió de nada mirar entre las estanterías. A deducir por los clásicos que contenían y el polvo que acumulaban, las Wilson llevaban años sin sacar los libros de ahí.

Acabé sentándome sobre la alfombra, con la espalda apoyada en el único trocito de pared que quedaba libre. Volví a mirar la habitación, rendida, como si esperara que la respuesta apareciera ante mis narices con luces de león. Un nombre, un recuerdo, algo. Necesitaba *algo*.

Sentí que el corazón se me rompía en dos cuando encontré los juguetes de Louise en el fondo de la cesta. Ella, como todas las niñas del pueblo, tenía su particular muñeca de trapo también. Blanca, rubia, clara. Perfecta. El constante recuerdo de lo que ella nunca sería, de lo que el mundo parecía recordarle que debía ser.

Pero sólo era una niña jugando con muñecas. Como Amanda, como Annabelle. No merecía nada de lo que le había pasado y no merecía quedarse sin respuestas.

Me detuve un instante al acercarme a la muñeca de trapo. No era tan distinta a la de mi hija: el mismo vestido azul, la misma sonrisa roja, los mismos cabellos rubios. De hecho...

Quise apartarme esa idea de la cabeza. Quise pensar que las muñecas seguían un mismo prototipo, que se compraron en la misma tienda, que la vistieron con el mismo vestido. Que la Dolores de Annabelle seguía dormida en el armario de su habitación y aquella era sólo una triste gemela. Pero seguía siendo la única muñeca blanca en el cesto. La única con un vestido que no parecía hecho jirones.

La única que, al levantar la falda de su vestido, tenía una diminuta mancha opaca ensuciando el trapo. Cualquiera que no conociera esa muñeca a la perfección —que no la hubiera comprado, acicalado y envuelto para regalársela a su hija, como yo hice— pensaría que era un error de fábrica, una mancha fortuita.

Pero aún tenía demasiado viva en mi memoria la imagen de la sangre seca sobre la piel de Louise como para no reconocerla en aquella muñeca.

Becca ni siquiera pareció sorprenderse cuando me vio correr hacia la salida. Cuando hablé, mi propia voz me pareció ajena:

—Tengo que irme.

»Tengo que *mentirme*«.

Annabelle seguía jugando a las muñecas cuando llegué. Seguía con la sonrisa congelada en sus labios y el cabello recogido, con las mejillas sonrojadas y la voz de un ángel. Como si nada hubiera pasado. Como si en Mistorne no hubiera un asesino suelto.

Porque ella no lo veía.

Ni siquiera se inmutó cuando entré en su habitación y abrí el armario en busca del resto de sus muñecas. Las manos me empezaron a temblar al darme cuenta de que la niña del vestido azul, Dolores, no se encontraba entre ellas. Estaba en el bolso donde la había guardado al salir de la casa de Becca Wilson.

—¿Mamá...? —susurró Annabelle, al ver que no me movía.

Metí las manos en el bolso que sostenía. Quería que la muñeca desapareciera. Que fuera un mal sueño o una gran coincidencia. Pero Dolores seguía ahí, con su vestido, su cabello y su sangre.

—Annabelle, ¿es esto tuyo?

Se quedó quieta sobre la cama, con el rostro estoico. Más seria que nunca.

—Estaba en casa de Louise Wilson. ¿Es tuyo, Annabelle?

Bajó la mirada.

—Dolores estaba durmiendo —murmuró, y por primera vez hizo que la mentira temblara y pesara en su voz. Lancé con rabia la muñeca contra la colcha de su cama, que rebotó en ella y cayó el suelo.

—No, no estaba durmiendo, cariño. Estaba cerca de Louise cuando murió, ¿verdad? —Ladeé la cabeza—. ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Annabelle, ¿estuviste en casa de Louise aquella noche? ¿Saliste de casa sin mi permiso?

»No contestes, por Dios, no contestes. No digas nada. No digas nada, no contestes, no contestes, Annabelle, no me digas que estuviste ahí. No me digas que estuviste *sola*«.

Ella parecía estar encerrada todavía en su juego, y acariciaba la cabellera de su muñeca con cariño.

—Quería jugar.

—¿Jugar? ¡Annabelle, no puedes...! —Tragué saliva. Estaba exagerando; tenía que ser todo mentira. Tenía que estar equivocándome—. ¿Se puede saber qué hacías en casa de Louise?

—Te dije que a veces era mi amiga.

—Estoy hablando en serio, Annabelle. Louise está muerta. ¿Sabes qué pasó?

Se encogió de hombros.

—Se lo merecía.

—¿Qué has dicho?

—Louise estaba sucia. Era mala, ya te lo he dicho. Estaba ensuciando el cole y tenía que irse.

—Y la mataste.

—Tenía que irse.

—Annabelle... —Sentí que la habitación comenzaba a darme vueltas, que el techo y el suelo se alejaban, que mi hija se volvía cada vez más oscura, como si la noche hubiera atravesado las cortinas de su ventana—. Annabelle,

¿qué... qué has hecho?

Pero ella no reaccionaba; seguía tarareando una canción mientras sacudía a su muñeca. Cuando confesó lo hizo como si fuera un juego, como si no significara nada.

—Samantha y yo le dijimos a Louise que se marchara porque no la queríamos aquí, pero no nos hizo caso. Como yo era más su amiga, me dijeron que la obligara a marcharse y que le pegara, porque si no ellas dejarían de ser mis amigas. A Cora y a Sam no le gustan las personas sucias y yo no quería ser una persona sucia. Por eso le pegué. Y ahora se ha ido, así que está bien.

No podía ser real. Annabelle estaba jugando conmigo, ¿verdad? Se había inventado una historia, como hacía con sus juguetes, pero en esta Louise era la mala y ella la heroína que iba a salvar al pueblo. En esta, como en todas las historias de terror que su padre le contaba, como Caín hizo con Abel, una piedra era arma suficiente para acabar con una vida. Y que fuera la vida de una negra era suficiente para encubrirlo.

No podía ser real. No podía ser Annabelle. Sus palabras se repetían una y otra vez en mi cabeza como un coro fatídico. Y entonces me golpeó: todo el tiempo que había estado investigando para defenderla, todas las veces que la había dejado libre, sin vigilancia, pensando que se dedicaría a jugar con sus muñecas o a acabar sus deberes... Todas las horas que había vivido ciega. Debería haberme dado cuenta de que algo iba mal, de que Annabelle... Annabelle no...

—¿Quieres irte tú también, mamá? —susurró, ladeando la cabeza. Y supe por el tono sombrío de su voz que no era una invitación a marcharme, era una amenaza. Tenía el rostro frío y estoico y una sonrisa ensayada en los labios.

La misma que debió ver Louise por última vez.

Cuando bajé las escaleras para encontrarme con Daniel, no supe si lo hacía para protegerla o para defenderme. No supe si lo hacía con la intención de llorar sobre su hombro y preguntarme qué había hecho mal, en qué momento nuestra hija se había vuelto una asesina; o si sólo quería cogerle de la mano, hacer las maletas y huir.

Huir con ella a un nuevo pueblo, con un nuevo nombre.

O huir lejos de ella. Cerca de Becca. Suplicarle »lo siento« como si fueran mis manos las que estuvieran manchadas de sangre y dejar que la justicia



pusiera en las suyas el destino de mi hija. La misma justicia que ignoró un crimen sólo por la piel de la víctima.

Estaba sola en esto.

Estaba cansada de estarlo. Annabelle era mi hija y Annabelle era una asesina. Era la niña tierna a la que había visto crecer y la joven que nunca conoceré, que llamaba »sucia« a quien no era su reflejo. Lo era todo para mí. Y por su culpa, Becca estaba sintiendo el dolor que me amenazaba.

El dolor de perderla.

Sólo me di cuenta de lo mucho que temblaba cuando Daniel llegó corriendo para sostenerme en sus brazos. Hundí la cabeza en su cuello, empapando de lágrimas su camisa, pero no pareció importarle. No me soltó hasta que los temblores se hicieron más leves, hasta que fui capaz de sostenerme en pie. Vi cómo su rostro se resquebraja al verme tan rota, tan desesperada.

—Eleanor, ¿qué ha pasado?

Tenía que callarme o lo perderíamos todo.

Tenía que hablar o seríamos los siguientes.

—Sé quién mató a Louise Wilson.



CELIA AÑÓ  
EL PLAGIO

# EL PLAGIO

La gloria te señaló hace dos años con tu primer contrato editorial.

Fue un sueño hecho realidad, ese un millón que le sucede a alguien al azar, lo esté deseando o no. A ti te supo a manzana, a paraíso y a estrellas fugaces. Era lo que siempre estuviste esperando, aunque una parte de ti no se creía que llegase a suceder del todo. Este tipo de milagros con olor a cuento de hadas ocurren lejos, en esos otros países donde nacen las leyendas y se encumbran a los hacedores de historias. Sin embargo, sucedió. Todavía no lo habías asimilado cuando te encontraste en una vorágine de papeleo, dibujantes y publicidad. Tu retoño, esa primera novela que nacería en papel hueso y portada dura, fue una ilusión. El resto, el sueño.

Triunfó. No hay palabra que resuma mejor el encantamiento que te cambió la vida para siempre. Tu primera novela, inicio también de una saga, nació para devorar el mundo a bocados. Esos grandes críticos, esos otros autores de NOVELAS y LITERATURA DE VERDAD te presionaron con la tonadilla de que aquello era una porquería; opio para adolescentes que deberían estar leyendo a los clásicos, compendio de clichés y bazofia encuadernada. A punto de cruzar el umbral del éxito, sin saber el alcance de lo que vendría a continuación, llegaste a pensar que quizás tenían razón. Era tu primera novela en muchos aspectos. Pero gustó. Encantó a quienes estaba dirigida.

Los siguientes meses fueron un torbellino del que recuerdas partes sin orden. Firmas, entrevistas, *fanarts*, clubs de fans... El sueño se manifestó de muchas formas. Quizás fue en esa época cuando el nombre de Adelaida Marín Soto salpicó tu vida por primera vez. O quizás no. El caso es que no lo recuerdas. Fueron muchos nombres y demasiados rostros en poco tiempo. Y las aguas nunca llegaron a calmarse. Habías escrito una obra maestra y, dos años después de ese primer contrato, ya formabas parte de los anaqueles de la Historia.

Ser quien escribió *Lirios y almohadas azules* te convierte en una figura

extraña y con cierta aura mística. Se espera mucho de ti, entre otras cosas, esa segunda parte que se te resiste al escribir.

El éxito tiene una cara oculta, amarga e inquietante a la que hiciste todo lo posible para no enfrentarte. Hay presiones y el recuerdo de esas críticas crueles es difícil de olvidar, pero la gloria es un licor con el que no te importa emborracharte.

Cuando tu editorial te pide que presentes el libro de una desconocida, no sabes qué decir. Esa Adelaida Marín Soto, una veinteañera morena, de mirada ilusionada y sonrisa sincera, se presenta como una gran fan tuya. Eres su inspiración, la razón que la llevó a sentarse delante de una hoja en blanco y arrancarle una historia. Está a punto de publicar su primer libro, inicio de otra gran saga de futuro incierto. Son muchas las que están naciendo últimamente, pero pocas completarán su camino. El título de su novela, *Armarios como amapolas*, es un homenaje a la tuya. No terminas de agradecer el gesto. Puede ser un detalle, pero es que las librerías están inundadas de novelas nuevas que han bebido de la tuya, algunas incluso bastante. Te invade el desasosiego siempre que entras y descubres en el escaparate portadas que, aunque no idénticas, evocan a *Lirios y almohadas azules*, con títulos similares y temáticas repetidas. Has creado un concepto y te lo están robando. Lo han destripado sin pudor ni vergüenza, han abierto en canal a tu novela y engendrado cincuenta. Esto es un saqueo, incluso tu nombre ha dejado de pertenecerte. Te usan para publicar a tus nietas bastardas; libros engendrados con violencia y sin consentimiento a partir del tuyo. Poco te importa la sonrisa de esa admiradora: duele ver lo que están haciendo con tu sueño. La gente insiste en vampirizar tu éxito o mejorarlo, hay incluso lectores que huyen ante ese panorama editorial infectado con flores y objetos cotidianos.

Rechazas con educación promocionar a Adelaida Marín Soto. La olvidas y conviertes la anécdota en el empujón que necesitas para seguir escribiendo la segunda parte. Afuera hay un *fandom* enorme, monstruoso y descomunal; una bestia que te está esperando, y tú necesitas derrotar a tus suplantadores.

Las cosas no salen como esperabas.

Un mes después de su publicación, abanderada por tu nombre tomado sin permiso, *Armarios como amapolas* arrasa y supera todas tus ventas en dos años. No lo entiendes. Es matemáticamente imposible o eso quieres creer. Es la publicidad de la editorial, piensas, que se ha tomado más en serio esa novela que la tuya. O son todos esos lectores a los que llevas años seduciendo y a los que esta chica ha tomado sin apenas esfuerzo. Es eso, tiene que serlo,

¿verdad?

El bloqueo con tu novela es tan terrible que no has pasado del segundo capítulo. En un intento por superarlo cambias de programa para escribir, te compras un portátil nuevo y disfrutas de cafeterías, bibliotecas o parques. Hay días en los que logras arañar frases, en otros, párrafos, pero lo normal es nada. O eliminar, borrar lo del día anterior y apuntalar lo poco que ya tenías. Se te resiste. Tu segundo hijo es un parto complicado que se ahoga en la sombra del primero. No ha nacido y ya tienes miedo de que no sea igual de exitoso, que no guste, que no consiga apartar esas copias que ya van por la tercera parte. Tú no eras así. Quizás deberías esconderte del mundo, dejar la mente en blanco y que las palabras fluyan. Así nació *Lirios y almohadas azules*. Si nadie se esperó lo que sucedería a continuación es porque ni siquiera tú sabías lo que ocurriría al pasar la página. Vomitaste una historia que se te ocurrió al momento, limpia e improvisada, que iba naciendo día a día y que en unos meses estuvo lista.

Tendrías que repetir lo mismo. Quizás irte de viaje, desconectar de las redes y aislarte del mundo, ¿verdad? Entonces, ¿por qué no lo has hecho? ¿Qué haces buscando reseñas de tu primera novela? Las palabras de ánimo son el combustible que necesitas para seguir creyendo en tu don divino. Pero también las hay crueles, descorazonadoras y con muy mala intención. A decir verdad, no solías hacerles caso. Únicamente a las de esos señores, por su renombre y la importancia que han tenido en tu vida. También creíste que eran los únicos cuya opinión merecía la pena. En cambio, las de los blogs y YouTube, bueno, te decías que son de chavales que no tienen ni idea. ¡Adelante! ¡Que critiquen por moda y gusto! Al final tú ganas, pues lo que hacen es comprar más libros, aunque solo sea para ponerlos a parir.

No, antes ninguneabas la opinión adolescente. Porque hay gente a la que le gustará lo que escribes y gente a la que no, y tú has querido abrazar a los primeros. Escucharlos, darles lo que quieren, mimar a los que les importas. Nunca te ha importado que te inviten a eventos, hablar con ellos después de las charlas o responder uno a uno en las redes. Ahora, esa otra mitad, los que tachan tu novela de sobrevalorada y ni se molestan en esconderse al insultarte, son los que se te están metiendo en la cabeza. Es poner las manos sobre el teclado y acordarte de ellos, de los que se quejan de clichés que no conocías, de que todo es absurdo y los personajes están mal contruidos. Es tu primera novela en todos los sentidos. No sabes de qué hablan y no te molestaste en descubrirlo. Ahora la presión te aprieta la garganta y las palabras se te

atascan. Dudas de si Araw o Nanit son de verdad personajes mal contruidos, si la trama que estás construyendo tiene contradicciones o si a tus lectores les interesará o no por qué las almohadas de tu mundo son azules.

Hay enlaces que llevan a otros enlaces. Es una vorágine y a veces te pierdes en páginas amables como *Liriazuleando.com*, el espacio fan por excelencia de tu novela, y en otras, en la boca del lobo. Y las reseñas llevan a otras reseñas. Cuando surgió la ola de imitaciones, encontraste cierto placer en leer las críticas de tus copias. No tienes nada en contra de tu compañera editorial, pero el éxito de Adelaida te hace daño y es por eso por lo que decides zambullirte en busca de comentarios. Encontrar las positivas es sencillo. La mayoría de gente que se dedica a ello tienen buenas intenciones y suelen emocionarse por poco. Pero tienes un par de blogs localizados, de gente que solo encuentra encanto en criticar y pisotear el trabajo de otros. Ahí es donde vas a buscar reseñas de *Armarios como amapolas*. Sabes que en alguna habrá. Una novela que se ha vuelto famosa en tan poco tiempo suele ser carne de disección para estos parásitos. Entrás. Y lo que encuentras no es lo que buscas.

No lo quieres creer. Te resistes a ello. Pero la verdad es indiscutible: les ha encantado. Buceas con desespero por la red, revistas y canales de vídeos. Por narices tiene que haber alguien a quien esa novela no le haya gustado. Pero incluso los críticos más crueles, los que te insultaron en cada línea al hablar de *Lirios y almohadas azules*, están enamorados de ese libro.

Tienes la mala idea de comparar vuestras novelas en Goodreads. Hay poca puntuación de diferencia, unas pequeñas décimas que marcan la línea entre primer y segundo puesto. Ella gana. Adelaida te ha ganado.

Al bloqueo se le añade un nuevo fantasma. Ahora no puedes arrancarte ese pensamiento de la cabeza. Es mezquino y lo sabes, pero te persigue al quedarte en blanco y por las noches. Le das vueltas durante días en los que la envidia te reconcome por dentro cada vez que oyes hablar de esa novela y esa autora. Basta con verla en fotos, con esos ojazos tan azules envueltos por pecas y vestida siempre con faldas a cuadros, para que te arda el estómago. Te niegas a mencionarla, la ninguneas en las redes sociales pese a que ella está siempre hablando de ti con orgullo y mucha admiración. La detestas. Si ella va a tu ciudad para presentar su novela, tú te trasladas a la otra punta del mapa para dar una charla. Si ella organiza un premio, tú te ofreces en otro.

Una mañana, al pasar delante de una librería, decides acotar de una maldita vez todas las espirales en las que te has perdido. Vas a romper tu bloqueo y

esa envidia absurda de la única manera que te queda: leyendo.

Compras *Armarios como amapolas* con discreción, evitando que te reconozcan. Una parte de ti se ahoga en vergüenza, otra siente que te estás traicionando. Huyes a tu casa. Esa tarde no tocarás el ordenador. Vas a leer. Y durante dos días no haces otra cosa. Lees. Devoras. Primero con curiosidad, luego escepticismo y, finalmente, con un cabreo inmensurable.

Esta historia es un plagio descarado de la tuya. No es como otras, donde hay referencias claras, elementos comunes. No. Es la misma historia con otra trama. Su Graw es tu Araw, su Nanoche es tu Nanit, y todo lo que ocurre sigue un esquema calcado al tuyo. ¡Y nadie ha dicho nada! De inmediato, vas a buscar algún análisis. En Internet hay miles. *Liriazuleando.com*, por ejemplo, les ha dado mil vueltas a todos los aspectos de tu libro. A falta de novedades sobre el resto de la saga, ha analizado desde el origen de los nombres a posibles teorías de lo que sucederá en los siguientes. Nada. No encuentras nada. Cero absoluto. Como mucho, menciones a los otros libros, como *Rosas en el neceser verde* o *El amarillo es el color de los girasoles y las cortinas de la ducha*. Repites la búsqueda jugando con todas las palabras clave que se te ocurren. El resultado es el mismo. Todos coinciden en que tu novela ha sido desvalijada de la manera más descarada y esperpéntica, pero nadie ha caído todavía en que el peor plagio de todos es el de *Armarios como amapolas*. Entiendes que ha sido una imitación algo sutil, los nombres son diferentes al igual que muchos elementos, y tú como autora eres capaz de reconocer todas esas marcas personales que convierten *Lirios y almohadas azules* en algo tan especial, pero, maldita sea, ¡es evidente! Tampoco hace falta una lectura entre líneas para darse cuenta de que la trama es exactamente la misma. O el prólogo. O el final. O el plan secreto de los villanos. O las peripecias de la pareja protagonista.

Has sufrido muchísimas copias, tantas que creías haberte acostumbrado a ellas, pero esta es la peor sin lugar a dudas. Piensas que es cuestión de tiempo, que acaba de salir y es comprensible que nadie haya dicho nada todavía, así que decides esperar.

Esperar es una idea muy relativa. ¿Hasta cuándo? ¿Y qué harás cuando se destape? ¿Deberías hacer algo? Es la primera vez que te pasa algo así y como no dijiste nada con las otras copias ahora no sabes cómo actuar. Según pasan los días, más crece tu nerviosismo. Es como una enredadera descontrolada que se aferra por el interior de tu cuerpo. Sus lianas se enredan con tus huesos y te llena el estómago de hojas. Las ideas se multiplican, esos pensamientos

paranoicos que te asaltan noche sí, noche también. Hoy te despiertas de madrugada al percartarte de que compartís editora y que ella tendría que haberse dado cuenta. Mañana, en si todo es un montaje para vender más libros ya que te estás retrasando con la segunda parte. Pensar en ello se convierte en una pesadilla durante semanas. Te habías olvidado de tu propio manuscrito. Ahora al pasar delante del ordenador, la culpabilidad y el bloqueo te asaltan todavía con más fuerza.

Pasan días hasta que encuentras la fuerza necesaria para sentarte y escribir. Necesitas convertir toda esa rabia en algo. Queda mucho segundo libro por delante y, aunque sigues sin saber qué hacer, tienes claro que vas a llenarlo de giros extraños, de escenas irrepetibles. La segunda parte será un laberinto frenético lleno de trampas para evitar más plagios. Y solo tú sabes el camino para bordearlo con seguridad y éxito.

Las redes sociales son una pesadilla. Por mucho que tengas bloqueado, silenciado y oculto todo lo concerniente a Adelaida, tenéis demasiado en común. La cuenta de la editorial, por ejemplo, blogs literarios a los que sigues, amigos... Por mucho que intentes evitarla, es entrar en Twitter o Facebook y tropezarte con su sonrisa de serpiente y mil elogios a su libro. Lo odias. La odias. Es algo más que ansiedad lo que sientes al encontrarte con una noticia suya. Son ganas de vomitar, pensamientos intrusivos que te persiguen a lo largo del día. Convertir ese odio en combustible solo está sirviendo para hacerte daño. Lo que haces es quemar la enredadera a costa de quemar tu cuerpo. Se te agria el carácter, tu humor echa humo y te estás dando cuenta demasiado tarde. ¿Cuánto llevarás así? Estás evitando dar más entrevistas. ¿O es que te están haciendo menos caso?

Tu sombra desde el espejo, ese yo débil al que creíste haber abandonado hace años, no deja de formularte preguntas. Quizás sea eso. Ya no interesas, no como antes. Adelaida ha eclipsado tu nombre y por eso solo ves reseñas suyas, entrevistas, reportajes y colaboraciones. Se te hace un nudo al pensarlo, se te ralentiza el corazón al no saber qué hacer.

Dejas de mirar las redes, te aíslas en una burbuja para escribir y vivir. Tu casa es una fortaleza segura, salvo el libro que compraste y que ahora se burla de ti desde un estante. Sus letras se carcajean cuando te enfrentas al ordenador. Están esperando a que escribas para que ellas crezcan también.

Pese a ese impulso inicial, pronto tu energía para escribir acaba consumiéndose.

Tras una semana sin formular ni una palabra, tras toda una tarde en blanco,



te levantas. Al girarte, lo primero que ves es el libro de Adelaida. Tienes decenas, pero en tu estantería ese es el único que destaca. Solo puedes ver ese, ni siquiera recuerdas cuáles eran los otros. Vas hasta él con pasos cortos, comedidos pero decididos. Lo coges. Ahora que te fijas, incluso su portada le hace guiños a la tuya. En un principio te pareció cosa del ilustrador, que es el mismo.

Vas a la cocina sin apartar la mirada del libro. Tropiezas con las paredes, te das un golpe en la rodilla con un mueble, justo donde más duele, pero no reaccionas. Tus pensamientos orbitan en torno al plagio. Es algo más que un robo, es un agujero negro que ha horadado tu vida y que te está arrastrando poco a poco.

Enciendes la luz al llegar. Está asquerosa. ¿Hace cuánto que no quitas el polvo? ¿Que pasas la aspiradora? Toda la casa está o hecha una pocilga o parece llevar meses abandonada. Ignorando las pelusas como ratones y a los pececillos de plata, vas al cajón de los cubiertos y coges un cuchillo. El cuchillo. No sabes por qué, pero sabes que tiene que ser ese.

Destrozas el libro. Cuchillada. A. Cuchillada.

¡Clava! ¡Clava! ¡Clava! ¡Apuñala y remata! ¡Arranca esas hojas, hazlas pedazos! Destroza esa cubierta, raja el lomo, destruye esa sinopsis engañosa y ahí donde pusieron tu nombre.

Te encuentras en cuclillas sobre el suelo. Te rodean un montón de tiras de papel y migajas. Lo primero que ves es un pedazo de cubierta que ha sobrevivido a la masacre. Está en lo alto del montón y parece decirte algo.

Es el nombre de Adelaida Marín Soto, intacto y legible.

Sin fuerzas para seguir destruyendo, te levantas y recoges. Aprovechas para barrer la cocina entera. Aun así, durante los días venideros sigues encontrándote pedazos de *Amapolas como armarios*. Algunos incluso en lugares tan extraños como el azucarero.

Tras aquel arrebató, te encuentras con energía para volver a las redes. Lo primero que recibes al llegar son puñaladas.

¡Zas! Adelaida ha doblado tu número de seguidores.

¡Zas! Nadie sigue sin ver el plagio. Es más ,se está empezando a decir que *Amapolas como armarios* es mejor que *Lirios y almohadas azules*. Que sí, que son pocas voces, pero esa comparación duele lo que nunca te dolieron las críticas.

¡Zas! *Liriazuleando.com* está empezando a dedicarle sus últimas entradas a *Amapolas como armarios*. Ya que tú no les das más libros, se están volcando

en esa otra novela con una autora tan simpática que habla con sus seguidores y lanza adivinanzas sobre su siguiente parte.

La odias, claro que la odias. Es lo único que piensas mientras te desangras virtualmente. «Pero no tendrás segunda parte hasta que yo no escriba la mía», piensas. Esa idea te anima, te da las fuerzas necesarias para sentarte y vomitar más palabras. Ya no piensas en lo que estás diciendo ni si en gustará o no. Quieres sorprender, que tu historia sea tan única que cualquier copia resulte escandalosa. Rellenas páginas y páginas con descripciones absurdas y tramas que no parecen llevar a ningún lado. Ya no es un libro, es una venganza.

Por la noche, mientras se enfría la cena, haces limpieza cibernética. Para amputarte de tu cabeza a Adelaida y todo el mal que te está haciendo, tienes que dejar de saber de ella. Dejas de seguir a todos con quien tiene trato: la editorial, muchos amigos, los blogs literarios, canales de noticias... Limpias y bloqueas todas las palabras.

Al terminar, sientes una calma nueva.

Una calma que no dura mucho.

No tardan en llegar comentarios sobre esta decisión. Porque todo el mundo parece haberse percatado. Las menciones no son inmediatas y tardas en darte cuenta, pero llegan. Gota a gota, indirecta a indirecta, hasta acabar siendo críticas nada discretas. Se dice que se te ha subido la fama a la cabeza, que tu antipatía es cada vez más evidente y que si te sucede algo. Quienes se preocupan son pocos, los que se quejan, miles. Casi dirías que llevan esperando desde el día en el que triunfaste para un tropiezo y cebarse en ti.

Haces todo lo posible para ignorarlos. Todas esas críticas son mejores que seguir en directo la carrera de Adelaida hacia los cielos. Vuelves a preguntarte por qué no has dicho nada. No se te ocurre cómo: han abalado la novela con tu nombre y tu editora ya está muy mosca contigo como para meterte en ese juego. Aunque tú también estás bastante mosca con ella. Que permitiese ese fraude ha sido la peor de las traiciones.

Al silenciarla, te enteras de la noticia tarde, demasiado tarde. Pero acabas enterándote, por supuesto: todo Internet implosiona al saberlo. Y a ti te toca buscar qué está sucediendo; por qué todo el mundo habla con tanta emoción de *Armarios como amapolas*.

Resulta que está a punto de salir su segunda parte.

La rabia te ciega. Faltan unos meses, es imposible que termines la tuya a tiempo, pero necesitas algo, lo que sea. Necesitas recuperar la atención en tu historia y eclipsar ese lanzamiento. Con esa idea en mente, te encierras en tu

cuarto a escribir. Apenas sales. Te olvidas del sol y lo que es dormir ocho horas seguidas. Escribes hasta que los codos te duelen tanto que no puedes apoyarlos sobre la mesa y las manos no te responden. Comes lo justo, bebes lo imprescindible. Olvidas ducharte y dejas de bajar a comprar comida para que en su lugar te la traigan a casa. Se te acumulan las bolsas de basura. Con el olor a porquería de fondo, logras arrancarle a tu corazón una novela corta.

Al poner la última palabra, dejas caer los brazos. Has perdido la noción del tiempo. No sabes ni qué día es ni lo que ha sucedido afuera. Supones que habrán pasado muchas cosas. Las voces crueles de tu cabeza se compinchan para idealizar lo que le debe de estar sucediendo ahora a Adelaida. Por primera vez, no te importa.

Tras ducharte y comer algo, le envías el manuscrito a tu editora. No te molestas en corregirlo como tampoco lo hiciste la última vez. Te has dejado las uñas en ello y te faltan fuerzas para revisar lo que has vomitado. Esperas que le guste la idea: una precuela de *Lirios y almohadas azules* sobre los orígenes de algunos personajes y un par de misterios. Sin esperar a su respuesta, te acuestas en una cama que lleva días sin hacerse y cierras los ojos.

Duermes sin soñar durante todo un día. Cuando despiertas, tu cabeza está espesa y la garganta seca. Parpadeas. Te cuesta reconocer dónde estás, quién eres, qué es sueño y qué realidad. El cansancio sigue en tu cuerpo como una segunda piel que te frota en la ducha hasta arrancártelo. Aun así, la torpeza al andar, el dolor al ver la luz del sol o el aturdimiento... Eso no logras lavarlo con espuma.

Mientras desayunas, lees el correo. A la editora le ha encantado tu propuesta. Quizás no sea mala ni una traidora: puede que simplemente no lea las cosas. También te dice que tras unas pocas correcciones estará lista para mandarla a imprenta. El equipo de maquetación, dibujo y diseño ya se está preparando para adornar a tu nuevo vástago. Aunque lo has parido con sufrimiento, sientes cariño por esa pequeña historia. Tiene un pedazo de ti. Lo sabes porque desde que lo mandaste a volar tienes un agujero en el pecho.

Con satisfacción, descubres que los dos libros se van a publicar casi en las mismas fechas. Y tu noticia ya ha empezado a hacerse eco. Muchos refunfuñan, no es lo que esperaban, pero pronto empieza a crecer la expectación. Con alevosía, cruzas los dedos para que tu novedad eclipse a la otra.

Por lo que ves en redes, según cómo se enfoque, sucede o no. En algunos lugares hablan de los dos libros, en otros solo del tuyo y hay quienes te

mencionan de pasada para darle prioridad a una segunda parte por encima de una pequeña precuela.

Estás deseando que llegue el momento. La histeria te invade, consigues que vuelvas a quedarte en vela y a dormir mal. No dejas de pensar en esa fecha, cuentas los días que quedan y te revuelves con nerviosismo al no saber qué hacer durante la espera. Es tan terrible que te pones a escribir tu segunda parte para pensar en otra cosa. Tu cuerpo sigue todavía tan exhausto que ni te atreves a repetir la experiencia. Tampoco se te ocurre. Si lo anterior fue un procedimiento quirúrgico para sanarte de la rabia, invasivo y con secuelas, tu siguiente novela es un bálsamo que cubre las heridas para que algún día se curen.

Y llegó el día.

Despiertas sin creértelo del todo. Han vuelto las presentaciones, las firmas y las charlas. Que te entrevisten en el periódico, ir a la televisión y participar en eventos literarios. Adelaida está ahí, por supuesto, pero ahora es una mancha que esperas que acabe desplomándose. En realidad, tienes curiosidad por su segunda novela. ¿Habrá sido capaz de crear una trama entera por sí misma o habrá vuelto a desvalijar el libro a otra persona? Sea como sea, deseas que el resultado no se sostenga y la gente por fin se dé cuenta.

No pasan ni ocho días cuando te encuentras en la librería buscando ese libro. Queda un ejemplar rodeado por veinte de los tuyos. El detalle te molesta, pero te limitas a torcer el gesto y hacer como si nada. Tomas el libro y disfrutas de lo fino que es. «No sabe qué contar, ¿eh?». Empiezas a leer.

Con el primer capítulo ya te quedas a cuadros.

Es una copia; vuelve a ser una copia. Eso no te sorprende, ya sabías que tu némesis es incapaz de crear nada por sí misma. Está repitiendo el mismo truco: cambia los nombres, el escenario y el porqué de la trama, pero mantiene personalidades, giros y escenas. Es casi más descarado que el anterior, pero lo que te deja en un estado de shock es que es una copia de tu nuevo libro. No sabes cómo, es imposible, pero ha saqueado las ideas de tu novela corta para hacer una continuación ingeniosa que deriva entre pasado y presente.

Huyes de la librería con el paso de un autómatas. Tu mente es ahora maquinaria que no funciona, de la que sale vapor y válvulas que pitan. Es imposible. Han salido al mismo tiempo, ¿en qué momento ella pudo acceder a tu manuscrito? ¿Quizás en la editorial? ¿Estará compinchada con tu editora?

Tiemblas.

¿Cómo?

Llegas a casa.

¿Cómo es posible?

Te dejas caer en el sofá.

¿De verdad hay alguien traicionándote?

Contienes el impulso de huir de esa editorial con un comunicado. Te ata un contrato que ahora son esposas, mordaza y cadenas.

¿Te han pirateado el ordenador?

Te levantas y vas a tu habitación. Está apagado, pero la pantalla está abierta como un único ojo ciego que te vigila. Lo cierras con tanta fuerza que te parece escuchar un lamento.

Ahora sí que no sabes qué hacer.

Pasas unos días en blanco. Lloras. Vomitas. Los pensamientos siniestros han regresado con más fuerza. Pero lo que realmente te duele es el desparpajo con el que han pisoteado el esfuerzo que te costó arrancarte esa historia en la que volcaste tanto. Incapaz de escribir nada, ni siquiera de encender el ordenador, vigilas las reacciones desde el móvil. El dulce cuento apenas ha durado en esta ocasión.

Tu novela no está gustando.

No es lo que querían y todos los fallos que no te perdonaron en la primera ahora parecen evidentes. Le ven incoherencias, capítulos enteros que no aportan nada, giros argumentales sin sentido y todos los requisitos para ser considerado un mal libro. Tu único consuelo es que sucederá lo mismo que con el Adelaida, ¿verdad?

Pues no.

Encanta.

Sigue encantando.

Y un día, en una búsqueda casual, tropiezas con lo que llevas meses esperando. Un análisis que compara vuestras obras. Entrás casi con desespero. Los segundos en los que tarda en cargarse la aplicación del móvil los sientes uno a uno, en latidos acelerados y frío en el estómago. Empiezas a leer según las letras van apareciendo. El hueco que tenías aumenta.

Os comparan, sí, pero gana ella.

Es un artículo que habla sobre la importancia de desarrollar una historia. Te ponen de mal ejemplo que descuida a sus seguidores, de ir por ahí presumiendo y tardar dos años en sacar una novela que nadie ha pedido. El artículo reconoce que los dos últimos libros que han salido tienen mucho en común, pero lo menciona de pasada y como un ejemplo más de tu mala

capacidad para llevar la historia.

*Mientras la novela de Adelaida integra de manera hábil pasado y presente, respondiendo con gusto algunas de nuestras preguntas del primer libro, la precuela de Lirios y almohadas azules ni siquiera parece que hable de la misma trama. Su única virtud es que se lee rápido, pero no llega a enganchar. No queremos saber qué ocurrió, sino qué pasará después del final del primer libro. Como fan de esta obra, espero que sea porque el siguiente será largo y merezca realmente la pena, porque esta precuela me ha decepcionado mucho. No quiero que uno de mis libros favoritos empiece a timarnos con secuelas innecesarias cuando lo que queremos es que se acabe ya.*

Te duele, y tanto que te duele. Te duele tanto que esas palabras te persiguen durante días. Te duele de tal manera que piensas en dejar de escribir. Y eso que ahora mismo no haces otra cosa. Llevas años viviendo de las rentas de *Lirios y almohadas azules*, pero eres capaz de ir a buscar trabajo y olvidarte de esta pesadilla para siempre.

Una mañana caminas hasta un punto limpio para deshacerte del ordenador. No quieres que te siga persiguiendo ni que puedan robar lo que has escrito nunca más. No sientes nada en el momento en el que lo dejas caer sobre la chatarra. Solo un agujero más; corrientes de aire sobre el vacío. Te enfundas en tu abrigo y huyes. Abandonas tu novela. El vertedero hace de cementerio y el ordenador, de sepulcro. La caminata hasta esa cueva que es tu casa es larga y está repleta de vueltas. El esfuerzo te agota tanto que esa noche eres capaz de dormir de un tirón y sin pensar en nada más.

Aquel paseo, en cierta manera, te ha sentado como el mejor de los medicamentos. Lo repites al día siguiente. Regresas al punto limpio. Tu ordenador sigue ahí y en silencio parece invitarte a que lo rescates. No haces ni caso y vuelves a casa.

Durante días, esa es tu rutina. Ves los trastos nuevos que llegan, cómo tu portátil acaba desapareciendo. Y un día, te traes bolígrafo y una libreta que has comprado de camino y empiezas a escribir. Palabra a palabra, vas trazando el sendero hacia tu calma. Ya no te queda ni ira ni agobio, solo esa tristeza que crece bien acompañada por la decepción, la inseguridad y la desconfianza. Dejas de hablar. Te olvidas del móvil y de las noticias. Después de escribir, vas a comprar en silencio. No te quedan palabras para decirlas en voz alta; todas las que encuentras las estás volcando en esa historia que crece en tu bolsillo. Notas su corazoncito al caminar. Late igual que el de un

pajarillo. Con los días se va haciendo más fuerte, sus páginas se abultan. Temes acabarla, pero tampoco es un drama. Buscas entre tus trastos y encuentras más libretas viejas. Estarán sucias y rotas, con la mitad de las páginas ya escritas, pero hay mucho hueco que rellenar. Las vas terminando una a una con la paciencia de una máquina. Recuerdas lo que es disfrutar escribiendo, ese instante mágico en el que das vida a todo un mundo de papel. Casi lloras al dejar atrás la primera mitad.

Y un día, terminas.

Te enfrentas a ese caos de libretas amontonadas sin saber muy bien qué hacer. Con timidez, vas cogiéndolas una a una para leer lo que has escrito. Y así acabas sentándote en el sofá con las piernas cruzadas. Con un bolígrafo morado marcas las faltas y todo lo que no tiene sentido, revisas las tramas y lo que se ha quedado a mitad. Al acabar, tras medio mes de revisión intensa, las pasas a limpio en hojas en blanco.

Una semana más tarde, te encuentras en una imprenta. No has firmado ningún contrato porque no piensas publicar nada. Solo imprimes un único ejemplar para ti de esa hija independiente y sin relación alguna con flores y mobiliarios. Esa historia será solo para ti, no piensas dejar que nadie la destroce como han hecho con las otras. Porque, aunque pésimas, clichés, mal narradas y simples, son tus historias y tú las quieres como si fuesen tus hijas de verdad.

El anuncio de que Adelaida va a publicar su tercer libro coincide con tu editora llamando para recordarte una de las cláusulas del contrato. Le debes una segunda parte que lleva años posponiéndose. La verdad es que no tienes ganas. Tras tantos altibajos con tu saga estás en un punto de aborrecimiento absoluto. No quieres escribirla ni por ti ni por lo demás, pero de algún lugar encuentras las fuerzas necesarias para comprar una libreta nueva y escribir.

Escribes mientras mordisqueas una hamburguesa.

Escribes bajo la sombra de un árbol, siempre al final de tus paseos y para recuperar el aliento.

Escribes cuando te pilla el desvelo y no tienes otra cosa que hacer.

Y así, empiezas a escribir en todos los huecos de tu día. No tanto como obligación o necesidad, más bien para rellenar esos momentos en los que no se te ocurre qué hacer. Llega un punto en el que las letras salen solas y tu cabeza deja de detenerse ante obstáculos que antes te podían atrapar durante semanas. Apuñalas con el bolígrafo capítulos enteros en cuestión de parpadeos. Y avanzas, no dejas de avanzar. La mitad de tu cabeza en ello, la

otra en lo que harás a continuación. Llevas tanto tiempo sin hablar con nadie que en los diálogos vuelcas parrafadas que mezclan lo que callaste, lo que no supiste decir y lo que todavía te persigue. Ves crecer a tu pequeño monstruo como si fuese un bizcocho en el horno. A partir de un punto, comienza a descontrolarse. Ni siquiera tú sabes qué dimensiones tomará, ni siquiera su forma. Esa cosa que tienes en tus manos tiene vida propia y te guía para que le arranques nuevas páginas. Crece, crece más deprisa de lo que ha hecho ninguno de tus borradores. Y este es el peor de todos: directo, sencillo y escueto, sin filigranas ni paparruchas. Si los otros te han salido del corazón o del alma, este viene de tus entrañas. Y le persigue el mismo hedor.

Terminas en una suerte de acierto, en el límite fijado para entregar el segundo libro a la editorial. No te da tiempo a pasarlo a limpio. Tampoco te atreves a tocar un ordenador y perderlo con un clic. Tomas tu libreta, te cambias de ropa y coges un taxi. En la sede de la editorial te presentas en persona. Esperas que estén acostumbrados a tus extravagancias, porque vienes a lanzarles el manuscrito a la cara y luego largarte.

Oh, sí ,esta noche toca celebración .Descorcharás una botella y quizás tus palabras. Bailarás donde sea, incluso si no es el lugar adecuado, y no dejarás de comer hasta sentir que eres una bola. Casi lo sientes por Adelaida. Porque esta vez has ganado tú.

Cuando sales de la editorial lo haces con la certeza de que has perdido mucho. Suceda lo que suceda, será a ella a quienes todos recordarán. Tendrías que haberlo imaginado desde el momento en el que comenzó a eclipsarte. Intentó devorarte y tú se lo permitiste. Pronto nadie te recordará, muchos ni siquiera saben tu nombre, pero sí los apellidos de ella. De ser así, piensas convertirte en indigestión.

Caminas por la calle. La casualidad te lleva a una librería muy famosa. La recuerdas porque ahí fue donde firmaste un libro por primera vez. Hay un gran cartel en su puerta, un anuncio sobre la tercera y última parte de *Amapolas como armarios*. Miras el reloj. El día y la hora coincide: es su estreno. Entrás. Los pasillos están atestados de gente joven, alegre y risueña, que charla con emoción. Caminas entre quienes una vez te adoraron sin que nadie te reconozca. En eso te han convertido: en espectro; una sombra al filo de ser nadie. Adelaida todavía no ha llegado y eso, en cierta manera, supone un alivio. Callejeas entre los estantes hasta dar con un ejemplar de su novela. Una vez más, apenas quedan unos pocos.

Lo tomas entre tus manos y empiezas a leer. Tienes intriga por saber de qué



irá, hasta dónde habrá llegado el plagio.

Y te ríes. Hasta doblarte por la mitad. Hasta hacerte daño en la garganta. Te ríes por lo imposible con amargura y satisfacción. Tus carcajadas resuenan mientras sigues pasando las páginas. Reconoces la historia.

Hace menos de una hora que la has entregado en la editorial.

Esta vez ni siquiera ha sido discreta. La copia es literal, palabra a palabra. Tiene tus errores y tus metáforas, lo bueno y lo horroroso. Incluso mantiene la primera frase:

»Esta es la historia de una ladrona, Adelaida Marín Soto, y del libro que asesinó...».



DAMIÁN VALVERDE  
DULCES SUEÑOS

# DULCES SUEÑOS

Alberto acaba de llegar a su casa. Son las once de la noche. Cierra la puerta, le pasa los dos cerrojos y va directo al salón, donde Amparo, su mujer, a caballo entre el mundo de *Los Serrano* y el de los sueños, se esfuerza por esperarlo despierta. Alberto la besa, esta le dice que le ha dejado la cena en el microondas y le da las buenas noches: va directa a la cama.

Él la ve renquear por el pasillo, apaga el televisor y va a por su cena. Dentro del microondas encuentra un plato con patatas, verduras y pollo asado; se relame, es algo simple, pero a él le gustan las cosas sencillas. Marca dos minutos en el microondas y aprovecha ese tiempo para ir a ver a Alfonso, su hijo de cinco años. Solo los fines de semana puede darle las buenas noches antes de que se meta en la cama; el resto de días se contenta con arroparlo y darle un beso en la mejilla. Cuando sale del cuarto, lamenta haber llegado tarde un día más, pero... dar clases de matemáticas en el instituto para adultos es lo que tiene. Antes trabajaba en un instituto impartiendo clases a jóvenes de primero y segundo de la ESO, pero las circunstancias le obligaron a dejárselo y a tener que trabajar con los adultos. La verdad es que la gente con unos cuantos años encima y que estudia por necesidad es bastante aplicada o, al menos, respetuosa, pero..., aun así..., él echa en falta a los chicos, con los adultos no es lo mismo.

El microondas pita, Alberto entra en la cocina y saca su asado. Luego, va al frigo y se sirve un poco de mayonesa baja en grasa. Suspira... Su mujer, empeñada en adelgazar, le ha impuesto a él también su dictadura. Bueno..., a él y a Alfonso, aunque a su hijo no le molesta, incluso le gusta. Al chico le encantan las macedonias de frutas y los picadillos de verduras; a él, no tanto.

Alberto da buena cuenta de su cena en silencio, pensando en la dictadura alimenticia de su mujer. Luego friega sus platos, los del resto de su familia y se sirve un vaso de agua fresca. Piensa en comerse algo de postre, pero no hay nada más que fruta. Suspira... La ley seca no le importa porque no bebe, pero

el no tener dulces es algo bastante irritante. Él entiende que su mujer quiera comer cosas saludables, ¿pero por qué tiene que quitarle a él las cosas que le gustan? Si ella no puede resistirse, eso no es problema suyo.

Deambula por la cocina, falto de azúcar. Podría bajar a un bar y comer algo, pero le da pereza. De repente, cree recordar que se dejó una galleta en la americana que usó hace un par de días. Va a su estudio y se dirige a su armario de ropa de trabajo. Allí busca, entre sus diez americanas, la que utilizó el otro día para la graduación de uno de los grupos del instituto. Rebusca en el bolsillo y solo encuentra las migas y un lápiz de memoria USB. ¡Se había olvidado de él !Aquella día fue tan ajetreado que se había olvidado de las fotos. Va al escritorio y deja el lápiz de memoria junto a su portátil. Piensa en encenderlo, pero solo le apetece darse una ducha y descansar. Esa afición fotográfica que tiene le motiva mucho y suele pasarse cada día un par de horas frente al ordenador, pero hoy no le apetece nada... Los exámenes finales, las graduaciones, las comidas, las fiestas, las últimas tutorías, las correcciones... Todo eso cansa demasiado y le quitan las ganas a uno incluso de lo que más le gusta.

Exhausto, Alberto entra en el baño y se mira en el espejo mientras se desnuda: ha engordado un poco, pero aún se mantiene en forma. Se mete en la ducha y espera a que el agua esté bien caliente. Está en el mes que está, empezar el baño con agua bien caliente y terminarlo con agua helada le relaja mucho.

Con la piel enrojecida, sale de la ducha, se viste y va directo a la cama. Al entrar en el cuarto, cierra sigilosamente la puerta tras de sí y va dejando que la ropa encuentre por sí misma su lugar de reposo. Al llegar a su lado del colchón, se desliza sobre las sábanas con suavidad, sin causar el más mínimo temblor, hasta quedar frente a Amparo. Siente su cálido aliento acariciarle el rostro, escucha ese aire abandonar su delicado cuerpo y ve, gracias a la luz que entra a través de la persiana, su pecho desnudo subiendo y bajando al son de su respiración. Han pasado años, pero él sigue enamorado de ella como el primer día; ella es su ancla, ella es su razón. Se desliza hacia Amparo un poco más, la besa en la frente, luego en los labios, se da la vuelta, cierra los ojos y se duerme.

La alarma de Amparo suena. Alberto se despierta, abre un ojo, se gira hacia ella, la besa y la zarandea con suavidad. «Despierta, cariño —le dice con voz de quien quiere volverse a dormir—. Ya son las cinco de la mañana». Le gusta picarla de buena mañana con ese pequeño dato. »Cinco minutos y ya«, le pide

la otra mientras esconde la cabeza bajo la almohada. Alberto la sigue, el despertador deja de sonar y ambos se quedan dormidos. Cinco minutos más tarde, el despertador hace su segundo intento, esta vez con más fuerza. Alberto vuelve a despertarse; va a tener que ser él, como siempre, el primero en levantarse. Se pone en pie, se viste y va a la cocina. Prepara un café bien cargado entre bostezos; echa en falta tener alguna galleta a mano, pero no tiene más que un variado de semillas que a su mujer le gusta acompañar con el café. La cafetera pita. Medio dormido, saca una bandeja, sirve una taza de café, llena un bol con semillas y le lleva el desayuno a la cama a Amparo.

Cuando entra en la habitación, el despertador ha iniciado su tercera ronda de tortura. Deja la bandeja sobre la cómoda, apaga el despertador de un manotazo, enciende la luz del cuarto y le hace cosquillas a Amparo. «Hora de levantarse, dormilona», le susurra al oído con ternura mientras se lo mordisquea. Su mujer se levanta entre risitas, le da un beso, los buenos días y disfruta de su desayuno. Alberto no se espera ni a que termine de comer: se desnuda, se deja caer sobre el colchón y se vuelve a dormir.

A las ocho en punto, la tan conocida alarma vuelve a sonar. Alberto se despierta por tercera vez en lo que va de día, se arrastra por el colchón como un autómatas, desconecta el despertador y se bebe el café frío que su mujer le ha dejado sobre la mesita antes de marcharse. Algo más espabilado, se pone en pie, se viste con lo primero que encuentra y se va a la cocina a prepararle el desayuno a su hijo: un vaso de leche entera, un bol con el surtido de semillas y una manzana. Luego, va a la habitación de Alfonso, lo despierta y mantienen la trifulca habitual de diez minutos: el niño nunca quiere levantarse. Después le toca obligarlo a vestirse: diez minutos más... Alfonso suele ponerse mal la ropa a propósito a modo de protesta; no entiende por qué no puede salir desnudo a la calle. A Alberto le hace gracia y ya sabe que, lo eduque como lo eduque, su hijo de mayor será todo un sinvergüenza.

Una vez está vestido, Alberto lo lleva de la mano al salón para evitar que vuelva al colchón. Lo sienta a la mesa y lo ve comer, aunque en eso realmente no hace falta que lo vigile: con la comida es lo único con lo que no remolonea. Seguidamente, lo acompaña al baño y le ayuda un poco en su aseo personal: lavarse la cara, cepillarse los dientes y peinarse. Finalmente, cincuenta minutos después, salen de casa y recorren un par de calles hasta llegar a la escuela de verano. Como siempre, se despiden con el reglamentario beso en la mejilla y el breve «hasta la noche».

Dejado al chiquillo en la escuela, Alberto vuelve a su piso, se tira en el

sofá y mira el calendario en su teléfono móvil. Le quedan tres días más y estará de vacaciones, pero, de momento, de tres a siete de la tarde tiene clases particulares y de siete a diez y media, clases en la escuela para adultos. Piensa en ir a preparar unas fotos y en añadir a su colección las del USB, pero sabe muy bien que antes tiene que hacer sus tareas del hogar. Va al frigorífico y estudia la lista de tareas de la semana: limpiar los cristales, lavar el coche, cambiar la cama de Alfonso, poner y tender una lavadora, y preparar fiambreras para la próxima semana. Desde aquel día que osó desafiar a la dictadura de Amparo, el hacer la compra no ha vuelto a estar entre sus labores. Es más, si quiere que su estudio siga siendo su santuario, más le vale no rebelarse contra la dictadura de su mujer o la guerra le arrebatará todo cuanto tiene.

Entre pitos y flautas, Alberto pasa la mañana entera con un par de las tareas de la lista, concretamente, con la limpieza de los cristales. El piso tiene tantos años que hay ventanas que cuestan muchísimo de sacar de sus carriles. Sinceramente, Alberto hubiese preferido limpiar los cristales durante el fin de semana, pero, tras semanas aplazándolo, su mujer le dio de plazo hasta el jueves, es decir, hoy, para cumplir con su obligación y le advirtió que, de no hacerlo, se atuviese a las consecuencias.

A la una del mediodía acaba rendido en el sofá; en toda la mañana solo ha podido limpiar los cristales, poner una lavadora y tender la ropa. Mira el móvil: en una hora y media tendrá que salir para dar sus clases particulares; suerte tiene de que hoy en sus clases solo vaya a hacer exámenes de prueba. Permanece tumbado todo el tiempo, con la mente en blanco y, quince minutos antes de tener que salir, se prepara un bocadillo de pimiento, atún y olivas rellenas de anchoa, se lo come muy a gusto y sale por la puerta. Primero va a casa de un muchacho de veinticinco años que se salió del instituto antes de tiempo para irse a trabajar al campo. Luego a la casa de una mujer de cuarenta años que quiere sacarse la ESO para entrar en un puesto de trabajo en septiembre y, por último, a casa de dos hermanas de treinta años a las que da clases orales de inglés. Esta última visita es la más llevadera para Alberto, ya que solo tiene que hablar y escuchar.

Después de sus clases particulares, va al instituto donde de lunes a viernes, de siete a diez y media, da clases de matemáticas, intercalando entre medias tutorías y descansos. Luego, como cada día, vuelve a su casa, echa los dos cerrojos a la puerta principal y va al salón, donde su mujer, amodorrada, lo espera para darle las buenas noches y para decirle dónde le ha dejado la cena.

Acostumbrado a la tranquila monotonía, aquel día su mujer le da una noticia inesperada: le ha llegado un paquete sin remitente que ella le ha dejado ante la puerta de su santuario. Él le da las gracias por no invadir su estudio y la besa; ella le dice que tiene su revuelto de verduras con queso de cabra en el microondas, le devuelve el beso, le da las buenas noches y se va directa a la cama. Él la ve marcharse y apaga el televisor; hoy parece haber estado viendo una reposición de *Aquí no hay quien viva*.

Como todas las noches, Alberto entra en la cocina, pone el microondas a calentar su cena y va al cuarto de su hijo, a arroparlo y a darle un beso de buenas noches. Al salir, mira hacia la puerta de su estudio, hacia el paquete que descansa apoyado sobre el marco de la puerta. Le preocupa, no es muy buena señal recibir algo así. En los pasados meses han desaparecido varios de los colegas que conoció navegando por la red. De llevar años conectándose varias veces por semana, todos los supuestos desaparecidos pasaron a no hacerlo en meses. Los internautas de su red están nerviosos y no es para menos: puede que haya alguien dándoles caza.

El pitido del microondas le sobresalta. Mira en todas direcciones y luego al paquete una vez más; decide que después de cenar lo abrirá. Se encamina a la cocina, saca el revuelto de verduras del microondas y se lo come allí mismo, de pie, de mala gana y en un tenso silencio. No puede hacer otra cosa que pensar en ese paquete que le ha llegado durante la tarde y sin remitente. ¿Estará relacionado con la desaparición de sus compañeros de red? ¿Va a ser él el siguiente en desaparecer?

Hecho un manojo de nervios, deja el plato en la pila, le echa algo de agua y se planta en un par de pasos frente a la puerta de su estudio. Coge aire. ¿Estará envenado lo que sea que haya dentro del paquete? Le empieza a temblar el pulso. No tiene por qué abrirlo, pero... ¿y si lo que hay en su interior es algo importante? Lo coge, abre la puerta de su estudio, enciende la luz, cierra la puerta y pasa el pestillo. Observa el paquete como si este tuviese vida o algo parecido. Lo deja sobre el escritorio y se tumba en su butaca de cuero rojo. Es incapaz de apartar la mirada de ese trozo bien plegado de papel marrón. Se saca el anillo del dedo anular y juguetea con él: está nervioso, muy nervioso. Piensa en preguntar a sus colegas si alguno ha recibido algo parecido, pero... ¿Qué les va a decir? ¿Que ha recibido un paquete sin remitente en su casa? Eso no les dirá nada, tiene que abrirlo antes de preguntarles. Se levanta, se sienta ante el escritorio y mira el paquete con cara de pocos amigos, como si intentase intimidarlo. Apaga la luz de la habitación y enciende la lámpara de la

mesa: sabe que su luz blanca le será útil para ver si hay algún polvillo. Se ríe, está paranoico y lo sabe, pero más vale ser precavido o eso es lo que le han enseñado series como *CSI*.

Con ayuda de un abrecartas y con sumo cuidado, va separando la solapa. Intenta no hacer movimientos bruscos, trata de no respirar delante del paquete y de no aplastarlo para evitar que el aire salga a presión. Cuando necesita respirar, se aleja a una distancia prudencial, ladea la cabeza y coge tanto aire como puede para luego volver a su labor de artificiero. Le lleva unos largos minutos levantar la solapa. Ahora se le presenta un pequeño problema: ¿cómo va a sacar el contenido? Va al armario, abre uno de los cajones y saca unos guantes finos de cuero negro; unos al más puro estilo de un atracador de bancos. Luego mira el paquete y piensa sobre lo que le puede pasar: ¡el polvillo! Saca del mismo cajón un pañuelo de seda morado e improvisa una mascarilla: ahora está preparado.

Vuelve al lugar de la operación y agarra el paquete por los extremos del lado que está abierto. Con sumo cuidado, va alzando esa parte del paquete sobre la mesa y enrollándola como si fuese un tubo de pasta de dientes. Siente cómo algo pesado se va deslizando. ¿Por qué no lo palpó? Decide no responderse, ¿en qué va a cambiar una respuesta la situación? Escucha un golpe seco: el contenido ya está sobre la mesa, pero no se atreve a mirarlo. Va bajando la mirada lentamente y se detiene cuando empieza discernir algo. Respira nervioso, se envalentona. ¡Es un libro! Lo mira sintiéndose un completo idiota. ¿Tanta precaución por un libro? Lee el título: es obviamente una novela de fantasía. Le llama la atención la portada, es gris y tiene unas cadenas quebradas con destellos morados allá donde se han roto. A él no le gusta leer, no le parece una buena inversión de su tiempo, pero la fantasía le gusta; al menos lo sabe por un par de películas que ha visto. Coge el libro y ojea sus páginas: parece denso. Lee un par de párrafos al azar, mira cuántas páginas tiene, quién lo ha impreso y si va dedicado, que, efectivamente, lo está. «Estás páginas te cambiarán la vida. El autor», es lo único que dice. Alberto deja el libro a un lado, aburrido, y piensa en ponerse a revisar las fotos que tiene pendientes. Mira la hora: ¡las doce y cuarto de la noche! Si no se va a dormir, mañana amanecerá agotado.

Sale del estudio cerrando la puerta tras de sí, pasa ante la habitación de su hijo y, sin hacer escala en ella, va hacia la suya. Entra descalzo, de puntillas para no hacer ruido, se desnuda, se tumba sobre las sábanas, junto a Amparo, y se queda dormido. A las cuatro de la mañana siente la imperiosa necesidad de



ir al baño: odia cuando eso le pasa. Se aguanta e intenta volver a dormirse, pero no puede, necesita ir. Se levanta, medio dormido, y tantea en la oscuridad hasta llegar a la silla sobre la que tiene una camiseta blanca de tirantes y unos calzoncillos grises. Se los pone e intenta salir sigilosamente de la habitación. Se golpea uno de los meñiques con la pata de la cama. Consigue no gritar, pero una lagrimilla se le escapa: duele mucho. Sale de la habitación y se permite gemir a gusto; le escuece muchísimo. Espera en el umbral de la puerta a que se le pase, luego va al baño y finalmente vuelve a dejarse caer sobre la cama. Su mujer está tan profundamente dormida que parece no haberlo sentido. Él intenta dormir: boca arriba, boca abajo, de lado, abrazado a su mujer... Nada funciona, del golpe se ha desvelado. Se levanta, se viste y se dirige a su estudio.

Cuando llega, descubre que se dejó la lamparita del escritorio encendida. Suspira, cierra la puerta y pasa el pestillo. Desde allí mira el libro que bien lo podía haber llevado a un manicomio. Se acerca, lo observa con repugnancia, lo tira contra el suelo y se olvida de él. Enciende el ordenador portátil, pone su contraseña y va a la carpeta de fotos. Luego a la de fotos del 2018, a la de vacaciones, a la de Semana Santa, a la de Valencia y ahí llega a una carpeta cifrada sin nombre. Hace doble clic y sale la pantalla que pide la contraseña. La introduce y, cuando pulsa el botón de aceptar, se va la luz. Alberto escucha a su espalda un par de chasquidos. Se gira y ve destellos morados saliendo despedidos desde la cubierta del libro. Sin abandonar su silla, ve varios chispazos más y el libro abrirse violentamente por la mitad. Una niebla violácea escapa de entre las páginas, al tiempo que una columna de luz morada se proyecta hacia el techo. Asustado, Alberto se sube a la silla de ruedas para huir de la niebla y se queda allí, paralizado. «Voy a por ti», le advierte una voz femenina, dulce y tenebrosa a la vez.

De repente, una mano pálida, delgada y de uñas negras sale del libro con voracidad y se precipita sobre el suelo, desquebrajándolo. »Voy a por ti«, le repite. Alberto hiperventila. Ve una segunda mano salir del libro y no se lo piensa, salta sobre la niebla y sale corriendo en dirección a la puerta. Se abalanza sobre esta, desesperado, intenta abrirla, pero no puede. Sigue tirando y se gira: una cabellera rubia clara ha salido del libro. Se desgañita ante la puerta, la empuja, tira de ella, pero no se abre. «Pronto comenzaremos», escucha a su espalda. Alberto vuelve a girarse; la criatura, que parece una mujer, está casi fuera del libro, ¡acaba de sacar una pierna! La mira de arriba abajo: pelo rubio y liso, figura estilizada, vestido negro con cadenas

colgando... La está viendo de espaldas y desea con toda su alma no estar allí para cuando se dé la vuelta. ¿«Has descorrido el pestillo, Alberto?»», le pregunta la dama que está saliendo del libro. Él chilla de puro terror, ¡sabe su nombre! Y luego abalanza su mano izquierda sobre el pestillo mientras que con la derecha sigue zarandeando la puerta. Rápidamente lo quita y sale corriendo en dirección a la habitación de su hijo. Entra desesperado, lo coge sin desenvolverlo de la sábana y va directo en busca de su mujer. La niebla violácea ya se ha hecho con el pasillo y la luz morada del estudio le permite ver la esbelta sombra de la mujer que ya ha abandonado el libro. Alberto no se detiene y corre a por su mujer. Entra y va hacia el lado izquierdo, que es en el que su mujer duerme. La encuentra desnuda, boca abajo y con el rostro bajo la almohada. La zarandea, le grita, le llora...

El frío mortal de la niebla abraza sus pies y la luz morada parece acercarse, ¡ya viene! La llama a gritos por su nombre y cuando le da la vuelta, se encuentra con unos penetrantes ojos rojos. »Bienvenido a tu pesadilla, pecador .«Alberto chilla y sale corriendo, no sabe dónde está su mujer, pero ya solo le importa salvarse él y salvar a su hijo. Atraviesa el pasillo en dirección a la salida y llega al salón. Franjas de luz entran por la persiana. Alberto busca sus llaves, las encuentra donde siempre y huye hacia la salida.

Nota cómo Alfonso parece habérselo echo encima; está húmedo. Muerto de miedo, pero dispuesto a tranquilizar a su hijo, aparta la sábana de la cara de este; un amasijo de fotografías y de coágulos de sangre cae al suelo. Alberto grita, grita y vuelve a gritar, cada vez más alto, cada vez más rápido, sin darse cuenta de que vuelve a estar sobre su cama, medio incorporado y chillando como un poseso. Su mujer, asustada, se levanta, grita con él y enciende la luz. Su marido está sentado y gritando como si lo estuviesen desollando en vida. Lo llama por su nombre, lo zarandea; Alberto no reacciona. Amparo no sabe qué hacer, no sabe ni siquiera lo que le está ocurriendo. Se pone frente a él, frente a su mirada ausente, y lo abraza. Alberto la estrecha entre sus brazos con fuerza y deja de gritar; ahora simplemente tiembla y llora. Ella le pregunta que qué le ocurre y él no es capaz de hacer otra cosa que temblar y sollozar. «Una pesadilla, una pesadilla...», le susurra más tarde, cuando parece que la tempestad ha quedado atrás.

A la mañana siguiente, cuando la alarma suena por primera vez, Amparo se desembaraza de su esposo y va a la cocina a desayunar y a prepararle el desayuno a Alberto. Se despertó tan asustado que prefiere que siga durmiendo, hoy merece descansar. A las ocho de la mañana, la alarma vuelve a sonar y

Alberto se despierta. Temeroso, mira a su alrededor. La luz de la mañana entra a través de las persianas y ve un folio sobre la almohada. «Te he preparado el desayuno. Un fuerte achuchón, Amparo». Sonríe, le está muy agradecido. Se toma cinco minutos para retozar en la cama y reflexionar sobre la pesadilla. Lo tiene claro: el paquete le obsesionó tanto que ha tenido un sueño de los buenos. Se levanta, desnudo, y se mira en el espejo de cuerpo que tienen colgado de una pared. Alberto recuerda un par de noches en las que su hijo durmió con ellos por miedo a los monstruos que aparecían en sus pesadillas y se ríe, aunque también se avergüenza.

Como cada mañana, Alberto tiene que prepararle el desayuno a su hijo: un vaso de leche entera, un bol con semillas y un melocotón. Luego, algo más animado, va a la habitación de Alfonso, lo despierta y se marcha al salón; se encuentra demasiado cansado como para pelearse con su hijo, ya se vestirá él solo cuando lo considere. Lleva al niño una hora y media tarde a la escuela de verano, vuelve a casa y se deja caer sobre el sofá. Se siente agotado; la pesadilla ha sido tal que es como si no hubiese dormido en toda la noche.

Se quita los deportivos, se tumba, pone una alarma para dentro de una hora y se duerme. Siente cómo le cuesta conciliar el sueño. Da una vuelta y luego otra para al final levantarse a por el mando a distancia; necesita algo que le ayude a dormirse. Enciende la tele y lo primero que ve es una telenovela en Divinity. A Alberto le aburren enormemente estos programas y por ese motivo decide no cambiar de canal: quizá *Pasión de gavilanes* le ayude a coger el sueño. El personaje de Gabriela Elizondo aparece en su casa de campo. Por cómo habla, Alberto sabe que está tramando algo contra alguien. No tiene ni idea de qué va la telenovela, pero está casi seguro de que está confabulando para conseguir algo. Gabriela habla enérgicamente sobre la hipocresía y la integridad moral con un anciano. Si no fuese por la presencia de ese personaje, uno podría pensar que se está dirigiendo al espectador. Alberto empieza sentirse invadido por el sueño, baja ligeramente el volumen del televisor, se acurruca y vuelve a quedarse profundamente dormido.

En sueños, Alberto retrocede a una de sus primeras citas con Amparo, concretamente, a los veinte minutos que trascurrieron antes de que fuese a su encuentro. Está en el cuarto oscuro de su antiguo piso, revelando unas fotos tomadas con su vieja cámara Kodak. Bajo la luz de una bombilla roja, va colgando las fotografías impregnadas en los cordones que cruzan el cuartucho. Para él, el revelado es todo un arte y disfruta enormemente tanto del proceso como de la recompensa. Mira su reloj de pulsera y se maldice: no va a tener

tiempo para revelarlas todas. En lo que espera a que las que ha revelado sean visibles, va guardando todo el material. Está ansioso; hoy planea darle a Amparo unas fotos que le tomó en la playa y pedirle de irse a vivir juntos. Nervioso, deambula por el cuarto oscuro a la espera de que se revelen las fotografías que necesita. Mientras tanto, mira también las otras que tiene colgadas. Las toca; están extrañamente húmedas y viscosas. Coge una al azar y la mira a la luz roja, aunque lo único que consigue es que se le empape la manga de la camisa: le va a tocar cambiarse... Fuera, a la luz del sol, Alberto grita; grita horrorizado. Su manga izquierda está empapada en sangre. Suelta la fotografía y se palpa la mano con nerviosismo, en busca de una herida. No deja de gritar en ningún momento y, cuando mira al suelo y ve la sangre emanar de la propia fotografía, se desmaya.

Alberto se despierta en su sofá, sin sangre, y con los tres actores principales de la telenovela reunidos en una casa. No presta atención a las palabras de estos, simplemente piensa en su estado. ¿Tanto le ha trastornado el maldito paquete? Le parece absurdo. Respira e inspira repetidas veces para calmarse. Intenta convencerse de que las pesadillas son algo pasajero. Apaga el televisor y va directo a su estudio a escuchar algo de música relajante. Se queda plantado ante la puerta con la mano cogida al picaporte. Tiene sed y algo de hambre, así que va a la cocina y se sirve un zumo de naranja al que añade un puñado de semillas. Luego friega el vaso concienzudamente y, de camino al estudio, se detiene en el baño para cepillarse los dientes. Finalmente, vuelve a estar frente a la puerta. Tiene miedo de lo que pueda encontrar al otro lado. Es cierto que solo fue un mal sueño, pero para él fue tan real... Inspira hondo; no puede ser tan gallina, tiene treinta y siete años. Suelta el aire, lo recoge una vez más, baja el picaporte y empuja la puerta, saltando a un lado. Se asoma con timidez. La novela y el paquete sin remitente están sobre el escritorio y allí no hay nadie. Entra dando pasos muy cortos y cerciorándose de que no haya alguien aguardando a su entrada. Mira debajo del escritorio, tras el sillón e incluso comprueba en los cajones: allí no hay nadie más.

Algo más tranquilo, se acerca a su viejo equipo de música, lo enciende y sintoniza su emisora favorita, una de música clásica. Mira a su alrededor, se gira y vuelve a revisar la pequeña habitación: se siente observado, pero allí no hay nadie. Inspira hondo de nuevo, sube el volumen del equipo de música hasta que este llena tanto el estudio como sus pensamientos, se sienta en su sillón y hace salir el reposapiés. Con los ojos cerrados, tararea la sinfonía

número cuarenta de Mozart en sol menor. A su alrededor, de las paredes, del techo y del suelo, comienzan a germinar zarzas negras y espinosas que extienden sus ramas en todas direcciones. El equipo de música está tan alto y Alberto tiene los ojos tan cerrados, que no se entera del horror que está desatándose a su alrededor. Las zarzas negras crecen al son de la música, ocupan todo el espacio y bloquean la salida, dejando, únicamente, el sillón y un pequeño espacio frente a este como zonas seguras. Mientras Alberto tararea la obra de Mozart ajeno a la realidad, la mujer rubia que escapó del libro aparece ante él. Le mira sonriente, sabe que va a disfrutar mucho torturando a ese hombre. Le clava su mirada durante un largo minuto, disfrutando del inocente balanceo de la cabeza de Alberto y de ese tarareo que pronto dará paso a un horror inimaginable. Sonríe por última vez y da una rápida palmada: ha llegado el momento de que comience la función.

Alberto siente que algo áspero, duro, se cierra en torno a sus muñecas y le tira con brutalidad de los brazos. Abre los ojos, asustado, y grita al ver frente a él a la mujer que salió del libro en su pesadilla. La música ensordece, primero, sus chillidos de espanto por reencontrarse con esa mujer y, segundo, sus gritos de pánico por ver las zarzas negras que han invadido su estudio. La dama rubia permanece allí de pie; no hace otra cosa que mirarle.

A una nueva palmada, una zarza detiene el equipo de música y Alberto se escucha a sí mismo casi sin voz. Sigue gritando, pero ya no es únicamente por el miedo que lo posee, sino también por las zarzas que lo envuelven y que le clavan sus afilados agujones. Moviendo sus ojos, la única parte de su cuerpo que ahora le responde, Alberto ve su cuerpo momificado en zarzas, desangrándose lentamente, mientras la maldita mujer no pierde detalle. Él sigue gritando, cada vez más por el dolor que por el espanto, hasta que su voz se seca: se ha quedado mudo. El deslizar de las zarzas, el incesante goteo de la sangre y el gorgoteo de las quebradas cuerdas vocales de Alberto son los únicos ruidos que ahora, en ausencia de la música, quiebran el silencio. Con su víctima inmóvil, sin voz y al borde del desfallecimiento, la mujer se inclina hasta ponerse junto a su oreja y le susurra: «Volveremos a encontrarnos cada vez que duermas, sueño tras sueño, hasta el fin de tu tiempo».

Alberto se despierta entre gritos y empapado en sudor. Se incorpora, nervioso. Está en su salón, sobre el sofá y con el televisor apagado. Se pone en pie y se toquetea en busca de heridas: no encuentra ninguna. Va corriendo a su estudio: no hay nadie y la novela sigue sobre el escritorio. La coge, sale, deshace sus pasos y recoge el sobre en el que vino también. Va a la cocina,

pone ambas cosas bajo el grifo, las riega, las mete en una bolsa blanca y lo arroja todo, chorreante, dentro del cubo de basura. Nervioso y descalzo, saca la bolsa, la cierra y regresa al salón para ponerse los deportivos: va a deshacerse del libro. El teléfono móvil suena; Alberto lo mira al borde de un ataque de nervios. Se inclina sobre la mesita: es la alarma que puso. Entre resoplidos, se recuesta sobre el sofá, con el móvil en una mano y la bolsa de basura en la otra. Luego suelta ambas cosas, se termina de poner las zapatillas y baja la bolsa de basura al contenedor.

De nuevo en casa, cierra la puerta con llave y deambula por el salón: no sabe qué hacer, tiene miedo. Va a su estudio, enciende el ordenador y va a esa carpeta cifrada que está oculta dentro de otras. Introduce la contraseña, abre un documento de texto, copia el enlace que allí encuentra y lo pega en su navegador. La página tarda en cargarse. Alberto desvía la mirada hacia el lugar que la novela ha ocupado hasta hace bien poco. Dentro de sí mismo se libra una feroz batalla: ¿debe decirles a sus colegas lo que le ha ocurrido? Una parte de él cree que sí, pero otra piensa en que lo único que conseguirá será que no vuelvan a contactar con él para nada.

Alberto ha quedado varias veces con algunos de esos compañeros de red, aunque, realmente, lo único que sabe de ellos son los apodosos que utilizan. Para él, toda esa gente es muy importante en su vida; no es fácil encontrar gente que piense igual que uno mismo.

La página acaba de cargarse. Alberto sigue sin saber qué hacer y, además, no tiene lista ninguna foto. ¿Qué va a hacer? ¿Entrar en el foro solo para decir que tiene pesadillas por un libro que le enviaron sin remitente? Siente vergüenza ajena de sí mismo... Él es el fotógrafo del grupo y, aunque disfrute tanto como los demás de su afición, su misión es tomar las fotos, seleccionar las mejores y subirlas a la plataforma. Es cierto que siempre que entra, participa, comenta e incluso aporta su granito de arena, pero... jamás ha entrado sin tener una foto que compartir con los demás. Minimiza el navegador. Quizá sea mejor mirar si tiene alguna foto decente que presentar al grupo. Maximiza la carpeta. Al lado del documento de texto hay cientos de carpetas que están organizadas por semanas y por años. Va a la más reciente, hace un clic, pero entonces suena el teléfono. De un brinco, se levanta de la silla y a poco está de salir corriendo. Mira la pantalla, le llaman del instituto de adultos: se ha adelantado un examen a las doce, sienten avisarle a las once y cuarto, pero no han tenido otra opción. Alberto apaga el ordenador y empieza a cambiarse de ropa. Le da las gracias a Dios; ese examen es justo lo

que necesita para desconectar de la pesadilla en la que se han convertido sus sueños.

A la vuelta del instituto, dos horas antes de lo acostumbrado, encuentra a Amparo y a Alfonso cenando. Contento por encontrarse por una vez a su hijo despierto entresemana, le da un beso en la mejilla, luego besa a su mujer y va a la cocina a coger su cena: patatas hervidas con lonchas de jamón serrano, semillas de calabaza y salsa de tomate casera. Pese a que hubiese preferido algo más contundente, cena a gusto y aprovecha ese encuentro para preguntarles cómo les ha ido el día. Cuando la pregunta le viene de vuelta, una gota de sudor frío le recorre la espalda y su voz amenaza con quebrarse. Con el estrés del examen y de las clases había conseguido olvidarse de las pesadillas, pero ahora, con la pregunta de su mujer, el problema no solo ha regresado, sino que es más serio que nunca: en algún momento tendrá que dormir. Le hace un gesto a Amparo para ir a la cocina, lejos de Alfonso. Allí le cuenta parte de sus pesadillas, pero no menciona lo de las fotos. Su mujer lo escucha, lo abraza, le besa en la mejilla y le dice que no tenga miedo, que ya pasarán, que serán cosa del tiempo; Alberto le da las gracias, pero no la cree... Sabe que la mujer rubia volverá en cuanto concilie el sueño, lo sabe, no tiene duda. Lo sabe.

Con el pretexto de ver una película en Antena 3, le dice a Amparo que se quedará en el salón. Teme dormirse, así que le quita los cojines al sofá para estar lo más incómodo posible. La película que están emitiendo es *The purge: la noche de las bestias*. Lee la sinopsis y rápidamente cambia de cadena. Esa es precisamente la última película que necesita ver. Va saltando de programa en programa, incapaz de centrar su atención en lo que ve; no puede dejar de pensar en que, en cuanto se duerma, la mujer rubia volverá a por él. Se levanta, va a la cocina y se prepara un buen vaso de café. Primero uno, luego otro y al final una jarra. Tiene miedo a dormirse, le aterroriza lo que le pueda hacer.

Al día siguiente, sábado, Alfonso es el primero en despertarse, en vestirse y en correr al salón para ver *Doraemon*. Allí encuentra el televisor encendido, con Doraemon y Nobita, y no pierde ni un segundo en tomar asiento frente a la pantalla. Cuando supera el sofá, Alfonso descubre que su padre está allí, tirado sobre el suelo, con la cabeza apoyada sobre su pecho y doblada sobre el sofá, los párpados malamente abiertos, los ojos idos e inyectados en sangre, la piel paliducha y la boca babeante. Lleno de espanto, el niño chillaba, llora y se mea. Amparo no tarda más de unos minutos en salir de su habitación,

vestida solo con un sujetador y unas bragas blancas con lacitos grises a los lados. Entre el televisor y el sofá, encuentra a Alfonso llorando frente a un padre que cree muerto y a Alberto convertido en una sombra de sí mismo por la paranoia, el café y la televisión. Rauda, le toma el pulso a su marido y, al comprobar que sigue vivo, lo levanta como puede y lo lleva a la ducha, donde, sin quitarle la ropa, lo pone bajo una catarata de agua helada. Alberto, devuelto a la consciencia por el baño, clava sus ojos enrojecidos, cansados y hundidos en los de su hijo, que lo observa desde el pasillo. Así permanecen los tres una breve eternidad.

Cuando parece que Alberto está algo más espabilado, Amparo le echa la bronca, le llama inconsciente y le pide, por ella, por él, pero sobre todo por su hijo, que duerma, que no le va a pasar nada. Este piensa en replicarle, pero se siente abatido, sin fuerzas. Entran en el dormitorio y mira la cama; ese colchón viscoelástico que les costó una pasta. Ese colchón de ensueño en el que dormir es toda una experiencia. Extiende los brazos, dispuesto a abrazarlo; el miedo intenta detenerlo, pero su voz ya no es más que un eco muy lejano. Alberto, cual marioneta en manos de su mujer, se precipita sobre la cama y se queda dormido incluso antes de tocar fondo.

»Buenas pesadillas, Alberto. Ya estoy aquí para atormentarte. ¿Recuerdas el argumento de *The purge*?». Alberto abre los ojos, es de día, está en su habitación, desnudo sobre el colchón. Se gira en todas direcciones, mira incluso bajo la cama: allí no está, pero sabe que lo está observando. «Ya que es tu pesadilla, te otorgo cinco minutos de cortesía para que te prepares. Luego no tendré compasión .«Alberto tiembla; la voz ha sonado entre las cuatro paredes del cuarto, pero allí no hay más lugares en los que ocultarse .Se levanta aprisa, se viste como puede y sale corriendo del piso. Baja las cuatro plantas del bloque por las escaleras y atraviesa la entrada camino a la salida. ¿»Realmente crees poder escapar de tu propia prisión? En serio te crees con el derecho de dejar atrás a los muertos.«? Ignorando esa voz tan siniestra, dulce y perturbadora, Alberto sale a la calle. Frente a él hay una antorcha de llamas moradas, bajo sus pies tierra desnuda y rodeándole, un bosque oscuro y tenebroso. Un relámpago cae a lo lejos e ilumina los nubarrones que cubren el cielo. Alberto grita, se gira y encuentra que no tiene lugar por el que volver: del portal de su bloque no queda más que un arco de espinas negras. Al otro lado de ese pórtico, ocultos entre los matojos, decenas de ojos intensamente rojos se clavan en él. «Solo te queda un minuto», le susurra el viento.

Alberto se da la vuelta, coge la antorcha y se interna en el bosque. A su



alrededor se desata el horror: árboles de corteza negra y arrugada que ostentan hojas tan rojas y brillantes como la sangre; arbustos cubiertos por cientos de afiladas espinas que crecen de forma desenfrenada cuando beben de su sangre; pequeños insectos negros, parecidos a mariquitas, que revolotean por todas partes chillando de forma tan aguda como desagradable; otros insectos, parecidos a mosquitos, que le pican y le ennegrecen la piel; ojos rojos que se apartan de su camino, pero que le siguen de cerca; aullidos y gruñidos que le amenazan desde la distancia; el ulular del viento entre los árboles; el caer de los relámpagos que van prendiendo fuego al bosque... Alberto tiene miedo, mucho miedo, pero más le tiene a la mujer que lo persigue.

Alberto se gira y se horroriza ante la corte de ojos rojos que avanza tras de él. Mira su antorcha, pronto se consumirá... Se mira las piernas empapadas en sangre y adornadas con decenas de cortes, espinas y manchas negras; le arden, pero sigue corriendo. Las piernas cada vez le pesan más y se atreve a detenerse un solo segundo; necesita parar un momento por fugaz que sea. Un silbido le pasa cerca de la oreja izquierda. Se gira y ve una daga clavarse en el tronco de un árbol, que luego se desvanece. «En tu mundo, la justicia es lenta e ineficaz, pero en el mío... En el mío es letal». Se vuelve y encuentra a la mujer rubia a escasos pasos de él con una daga de oscuridad flotando sobre la palma de su mano izquierda. Alberto corre; corre ignorando el ardor de sus piernas, su constante sangrar y el cansancio: corre por su vida.

Salta una raíz, pasa bajo unas ramas atravesando un par de matorrales espinados y sale del bosque: ahora está en un valle. A lo lejos, iluminado por un relámpago, ve una torre en llamas. Mira a su espalda, la mujer rubia le pisa los talones. Alberto retoma su carrera, pero a medio camino de la torre, tropieza y cae contra el suelo. La antorcha rueda un par de centímetros y prende fuego a la hierba reseca que cubre la tierra. Alberto intenta ir hasta ella, pero la pierna le duele mucho; ha debido rompérsela con la caída. Haciendo un gran esfuerzo, se pone boca arriba y ve a la mujer rubia avanzar hacia él. ¿»Por qué me atormentas?», le pregunta, sin obtener respuesta. Escucha el rumor de algo que viene por debajo de la tierra. Intenta volverse a incorporar, pero no puede; está demasiado cansado, magullado y herido. Mira a la mujer rubia, que se ha detenido a escasos pasos de él; alrededor de ambos las llamas saltan de una brizna a la siguiente, ya no hay por donde huir.

De repente, una mano pútrida emerge entre él y su seguidora. Alberto grita y se aleja como puede. Otra mano más escapa de la tierra a su izquierda. Se arrastra en la otra dirección. Más manos salen a su encuentro y él sigue

reptando, dejando un reguero de sangre allá por donde pasa. Vuelve a mirar en dirección a su perseguidora; varios pequeños cuerpos putrefactos han emergido de la tierra. Alberto se arrastra hacia las llamas, dispuesto a lanzarse a ellas antes que dejarse atrapar por esas bestias. Dos nuevas manos lo sujetan por los tobillos mientras otras dos lo hacen por las muñecas. ¡Está atrapado!

Mira a sus pies: dos cabezas descompuestas, de carne negra, blanca y marrón, casi calvas, surgen de entre la tierra y clavan sus cuencas vacías en él. ¿»Los ves?—le pregunta su perseguidora, abriendo sus brazos a izquierda y derecha—. Son los niños desaparecidos: los extranjeros, los huérfanos, los pobres y los migrantes. ¿No los recuerdas? Quizá estén demasiado *desnudos* para tu gusto. Quizá estén demasiado perdidos para ti, para el fotógrafo que inmortalizó su fragilidad, que les arrebató su inocencia y que no trató de salvarlos, aunque oportunidades no te faltaron«. Alberto, con dos pútridos cuerpos sobre él, llora y musita: «Yo solo miré, yo no los maté». »Pero es como si lo hubieses hecho —le replica—. Por eso, vas a permanecer aquí, para que ellos también puedan disfrutar y acabar contigo.«

Alberto se despierta y abre los ojos. Está en su habitación, tumbado desnudo sobre su cama. Suspira aliviado, pero, de pronto, siente cómo pierde el control de su cuerpo. Sus brazos, sus piernas... Todo le empieza a temblar, cada vez con más violencia, hasta acabar botando sobre el colchón al tiempo que grita de puro dolor. A su lado, Amparo se despierta y le acompaña en sus gritos. Piensa en que Alberto está teniendo otra pesadilla, se levanta y enciende la luz. Encuentra a su marido con los ojos en blanco, empapado en sudor y puede que también en orina, sufriendo fuertes espasmos y chillando como si lo estuviesen devorando.

Amparo no sabe qué hacer, jamás se ha encontrado en la situación de tener que auxiliar a alguien que está sufriendo lo que cree ser un ataque epiléptico. Piensa en lo poco que sabe, pone a su marido de lado y sale a buscar el teléfono: necesita ayuda. Encuentra a Alfonso en el pasillo y antes de que vea a su desgraciado padre en el estado en el que se encuentra, le grita como una posesa que vaya a su cuarto a dormir. El niño, asustado, vuelve a su habitación y cierra la puerta, mientras su madre, al borde de la histeria, corre al salón, coge su teléfono y marca el 112. Explica, atropellándose a sí misma mientras habla, lo que le está ocurriendo a su esposo: cuenta lo de los espasmos, lo de la orina, lo de los gritos, lo de las pesadillas... De repente, se da cuenta de que Alberto ya no grita. Amparo corre hacia su habitación, llorando y diciendo

cosas ininteligibles a la persona que está al otro lado del teléfono. El móvil se le cae al suelo y luego toda ella le sigue. Sobre la cama, Alberto está quieto, muy quieto, con su boca rezumando una especie de espuma y con los ojos fijos en el despertador: son las cuatro y cinco minutos de la madrugada del viernes.

Unas horas más tarde, un hombre está desayunando en su casa. En las noticias comentan la historia de Alberto. Él sonríe. Luego se levanta, agarra un paquete de la estantería, un libro y una lista de nombres y direcciones. «Veamos... —se dice a sí mismo mientras el libro se rodea de un halo de oscuridad—. ¿Quién es el siguiente? —añade al mismo tiempo que el halo se desvanece».



MARY L. TORRES

EL LINAJE DE

LA SANGRE

# El linaje de la sangre

La calle estaba desierta. Los pasos retumbaban en la oscuridad de la noche, alterando el silencio del lugar perdido en la nada. Casey corría desde hacía más de veinte minutos. Los había contado en su cabeza. Corría escapando de alguien. Y ese «alguien» eran tres.

Las voces se elevaban a su espalda. Le gritaban para que se detuviera. Pero él no podía parar. Jamás se detenía, le dijeran lo que le dijeran. Estaba seguro de que en algún momento se cansarían, se darían por vencidos o reconocerían que sus productos no valían tanto la pena como para perseguirlo durante más de una hora. Él era capaz de correr sin llegar a cansarse. Había entrenado desde hacía años y era un profesional del escape.

—¡Maldito bastardo! —aulló uno de los hombres.

Casey se percató de que las pisadas se alejaban de él. Sus perseguidores estaban reduciendo la marcha. Al fin comenzaban a cansarse.

—¡No te saldrás con la tuya! —rugió otro de ellos.

Casey no podía sonreír para no perder la concentración, pero sabía que sí que se saldría con la suya. Como todas las veces anteriores.

Apenas sin darse cuenta, el joven volvió a sentir las pisadas de sus perseguidores mucho más cerca que antes. Estaban ganando terreno. Pero estaban gordos y eran viejos; le resultaba imposible que pudieran mantener su ritmo durante mucho más tiempo.

Casey miró hacia el bosque que se extendía a su izquierda. La única opción que contemplaba para deshacerse de sus perseguidores era esa. En su mente no existía ninguna otra. Así que solo tenía una oportunidad de vencer.

El joven se desvió hacia la izquierda tan rápido que los hombres a su espalda apenas lo vieron venir. Uno de ellos se detuvo en medio de la carretera mientras que los otros dos lo siguieron al interior del bosque. Casey corrió sin descanso. Sus pulmones comenzaban a arder. Una carrera en el interior de un bosque no podía compararse con una en pleno camino. El chico

perdió de vista la luna que colgaba del cielo, oculta por cientos de copas de árboles. Corrió sin saber a dónde se dirigía.

Hasta que dejó de escuchar las pisadas. El joven aminoró la marcha y agudizó el oído. Se habían dado por vencidos. Apenas podía creerlo.

En ese momento, los oídos de Casey fueron invadidos por el aullido de algún lobo no muy lejano. Tendría que seguir corriendo si no quería ser la comida de algún animal salvaje esa noche. Trotó durante algunos metros y, antes incluso de poder darse cuenta, se encontró tirado en el suelo cuan largo era.

—¡Joder! —masculló, sintiendo el ardor de las palmas de sus manos.

El joven se puso en pie justo en el momento en el que sintió el intenso dolor de su pierna derecha. Se agachó para contemplar la herida. Su único pantalón se había desgarrado hasta la rodilla. De un corte manaba la sangre que bajaba hasta la pantorrilla.

—Maldita sea —masculló por segunda vez, limpiándose la sangre en su camisa sucia.

Evitó lamentarse por haber roto los últimos pantalones que le quedaban. Intentó volver a ponerse de pie. La herida no le permitiría correr, de eso no tenía duda.

Un aullido de lobo volvió a captar su atención. Luego escuchó un segundo y un tercero. Parecía una manada y no creía que se encontraran muy lejos. Debía salir del bosque lo antes posible si no quería morir allí esa noche. Había escapado de demasiados peligros durante su vida como para dejarse devorar por unos lobos.

El joven se incorporó con dificultad y caminó lo más rápido que pudo. Cojeó hacia adelante durante algunos metros, preguntándose por dónde demonios habría entrado en aquel lugar. Necesitaba salir lo antes posible. Sintió las puntiagudas ramas de los árboles arañarle la piel bajo las mangas de la camisa, pero evitó detenerse o reducir la velocidad. A cada paso que daba, su pierna le dolía más y más.

Casey se restregó el sudor de la frente con la mano en el mismo momento en el que sus ojos se toparon con una sombra irregular a lo lejos. Todo a su alrededor estaba sumido en la más espesa de las penumbras, por lo que tuvo que avanzar varios metros más hasta que pudo entender lo que estaba viendo. La sombra de algo robusto se alzaba frente a él. Casey no se lo pensó más de medio segundo antes de avanzar hacia el lugar.

La construcción se alzaba sobre una pequeña loma en un claro del bosque.

El joven se preguntó qué demonios haría un viejo castillo como aquel perdido entre los árboles. Casey se apresuró en llegar a la puerta mientras los aullidos de los lobos eran engullidos por la penumbra. Llamó a la puerta y esperó impaciente. Contó hasta seis minutos antes de que alguien abriera.

—¿Qué desea? —preguntó una mujer mayor y encorvada.

Casey tragó con dificultad. Tenía la garganta seca.

—Señora, disculpe —comenzó el joven. Su voz sonaba ronca y desgastada—. Me he perdido en el interior del bosque y no sé cómo volver a salir.

La mujer alzó una ceja, esperando más explicación por parte del muchacho.

—¿Sería usted tan amable de dejarme pasar aquí la noche? Le prometo que me marcharé tan pronto despunte el sol.

—Tenemos órdenes de nuestro amo de no dejar pasar a nadie al castillo. — Casey sintió una punzada de desilusión que no pudo ocultar.

La mujer, que pareció darse cuenta, giró el rostro hacia el interior. En ese mismo momento, un hombre de, aproximadamente, la misma edad que ella apareció en el umbral. Al contrario que la mujer, él permanecía erguido a la perfección, tanto que Casey llegó a preguntarse si sería natural.

—¿En qué podemos ayudarle..., señor? —el hombre dijo la última palabra mientras contemplaba las ropas sucias y rotas de Casey.

El joven volvió a tragar. No se había dado cuenta de que necesitaba algo de beber con urgencia.

—Necesito un lugar en el que pasar la noche, señor. —El hombre lo contempló sin alterar su expresión—. Por favor. Me he perdido en el interior del bosque y me he herido la pierna intentando encontrar un lugar para salir.

El hombre lo contemplaba de una forma tan fría que Casey sintió un escalofrío.

—Por favor...

Casey estaba dispuesto a dejarse caer de rodillas al suelo cuando una voz llamó la atención de todos.

—Glenn, Honora, ¿qué es lo que está ocurriendo? —La voz que hablaba era oscura, profunda.

Glenn y Honora, frente a Casey, se giraron antes de hacer una reverencia hacia quien bajaba las escaleras. El hombre que había hablado se acercó al umbral con lentitud y lo contempló. El joven no osó apartar la vista de él. De alguna manera, era incapaz de hacerlo.

—¿Qué es lo que pretendes, chico? —preguntó el hombre, frunciendo sus oscuras cejas.

—Señor... —carraspeó—. Necesito un lugar donde pasar la noche. Le prometo abandonar su hogar antes de que salga el sol.

El hombre no apartaba la mirada de Casey. A cada segundo que pasaba, su nerviosismo aumentaba sin estar del todo seguro de a qué se debía. Algo brilló en los ojos del hombre al contemplarlo.

—Pasa, chico —dijo, echándose a un lado para dejarlo pasar—. Soy incapaz de dejar a un chico indefenso a la intemperie durante la noche. —Sonrió. Ese gesto atemorizó a Casey—. Glenn, Honora, preparadle un té caliente al muchacho. Y algo de comer.

El hombre dejó caer la palma de su mano sobre el hombro de Casey mientras lo guiaba escaleras arriba.

—Mi nombre es Ragnall Ruan —se presentó. Casey volvió a ver aquel brillo en sus ojos. ¿Curiosidad? ¿Tal vez un poco de locura?

El joven tragó con dificultad, intentando deshacer el nudo que se había instalado en su garganta.

—Cathair Murdoch, señor. Encantando de conocerlo. —El joven estiró la mano y la dejó caer en su costado varios segundos más tarde, porque Ragnall no se la estrechó.

Casey siguió al propietario del lugar a través de incontables pasillos. El interior del castillo era mucho más grande de lo que habría podido imaginar jamás.

—Muchas gracias por dejarme pasar aquí la noche, señor —agradeció mientras atravesaban una gran sala repleta de cuadros colgando de las paredes.

Uno de ellos le llamó poderosamente la atención. Casey se dio cuenta de que era uno de los cuadros de mayores proporciones. Apenas pudo reconocer todos los trazos o a quién se había retratado en la tela, siguiendo a Ragnall casi al trote. El hombre caminaba de forma rápida, con un propósito y una meta fija en su mente. Apenas hablaba, cosa que a Casey le irritaba sobremanera.

—Chico —dijo entonces el hombre, deteniéndose de repente—. Bebe y come lo que tu cuerpo te pida. No tengas vergüenza. Si necesitas algo más, Honora estará encantada de servirte. —Tras aquellas palabras, Ragnall dirigió la mirada a la mujer, camuflada en el fondo de la estancia. Honora hizo una profunda reverencia y Ragnall regresó la mirada a Casey—. Cuando termines, ella se encargará de llevarte a tu dormitorio.

El chico asintió, incapaz de pronunciar ninguna otra palabra y contempló a



Ragnall marcharse. Casey sintió un nuevo escalofrío al darse cuenta de que los pasos del hombre apenas hacían ruido sobre el suelo de piedra.

Una vez que Ragnall se alejó lo suficiente, Casey dirigió la mirada a la mesa. Era para, al menos, veinte comensales. Estaba repleta de platos variados, tanto salados como dulces, botellas de vino, agua, té y café. Su estómago rugió, reclamando comida. Casey corrió a sentarse y comenzó a comer sin la necesidad de cubiertos. El joven nunca había aprendido mucho sobre modales y no sabía de etiqueta, pero en ese momento tampoco podía siquiera intentar no mostrarse como el animal que parecía ser.

Comió hasta que se sintió reventar y entonces alzó la vista hacia Honora, que no parecía haberse movido ni medio centímetro de su posición. La mujer permanecía pegada a la pared, erguida todo lo que su vieja espalda le permitía y con las manos entrelazadas frente a ella.

—¿Me llevaría usted a mi habitación? —preguntó el joven.

La mujer no contestó. Se limitó a despegarse de la pared y atravesar la estancia. Casey se puso en pie y la siguió. El joven reconoció el camino que recorrían incluso antes de ingresar en la estancia en la que colgaban los cuadros. Se vio forzado a detenerse frente al que había visto hacía algo más de una hora. En él, había pintado un hombre. Estaba bronceado, era de cabello muy oscuro y cejas espesas. Vestía ropa que ya había pasado de moda muchos años atrás, por lo que Casey supuso que el cuadro tendría más de un siglo de vida. Portaba una espada en su mano derecha y un escudo en la izquierda, por lo que debió ser un gran estratega. Casey jamás había visto un cuadro de tales dimensiones, aunque apenas había visto muchos en su vida. Pero, de alguna manera, sintió que aquel hombre fue alguien importante.

—Ese es Roderick Dunn —dijo Honora con su voz rasposa—. Propietario original de este castillo.

Casey asintió sin apartar sus ojos del cuadro.

—La familia Dunn fue la propietaria de este lugar hasta que el amo Ruan la adquirió. —La mujer continuó con su camino, obligando a Casey a apartar la vista del cuadro y a seguirla a través de los pasillos—. El señor Roderick Dunn falleció hace muchos años, sus hijos ya habían muerto y ningún miembro de la familia quiso hacerse cargo de la propiedad porque creían que estaba maldita.

—¿Maldita? —preguntó Casey con una sonrisa burlona en el rostro.

—Toda la familia Dunn murió en curiosas circunstancias, y se dice que algunos de ellos estaban locos y que fallecieron persiguiendo algo que no

existía.

Casey frunció el ceño.

—¿A qué se refiere con que murieron en curiosas circunstancias?

La mujer se encogió de hombros antes de girar a la derecha por un pasillo.

—Las muertes nunca se aclararon. Eran otros tiempos. Si el señor del castillo aseguró que su primogénito falleció de una terrible enfermedad, nadie se atrevía a ponerlo en duda. Mucho menos a abrir una investigación. Los detalles, muchacho, no los conozco. Y tampoco me interesa conocerlos. —La mujer se detuvo frente a una puerta, que luego abrió para que el joven entrara—. Y a ti tampoco deberían interesarte.

Tras aquellas palabras, Honora se giró y desapareció por el pasillo arrastrando los pies. Casey se quedó solo, frente a la puerta abierta de un dormitorio. El joven no tardó en dejarse caer sobre el mullido colchón. Les dio vueltas a las palabras de Honora una y otra vez en su mente. Su difunta abuela, Willow Murdoch, también contaba historias sobre una familia gobernada por algo que nadie podía aclarar. Algo que los llevó, uno tras otro, hasta la muerte. Aunque le parecía una locura que pudiera ser la misma familia, teniendo en cuenta que Willow jamás había pertenecido a la clase pudiente, mucho menos sus antepasados.

El joven suspiró e intentó acomodarse sobre el colchón. Había sido una noche extremadamente larga y necesitaba descansar, sobre todo, si pretendía abandonar ese lugar antes de que saliera el sol. Sus ojos se dirigieron entonces de forma instintiva a la ventana. A lo lejos, en el horizonte, el sol ya comenzaba a despuntar.

Casey volvió a suspirar. Esa noche no tendría demasiado tiempo de descanso.

Veinte minutos más tarde, Casey se encontraba erguido frente al cuadro de Roderick Dunn. Lo contemplaba con curiosidad. Algo en esa pintura lo atraía de una forma que era incapaz de explicar. En el camino hacia la estancia había escuchado las voces de Honora y Glenn, que comentaban algo que Casey no llegó a entender del todo.

Ante sus ojos, algo en el cuadro comenzó a tomar forma justo en el mismo momento en el que sintió un escalofrío recorrerle la espalda. ¿Un blasón?

—¿No puedes dormir, chico?

Casey se sobresaltó al escuchar la voz ronca y oscura de Ragnall a su espalda. Se giró para encontrarse con él.

—No, señor —contestó—. ¿Usted tampoco?

El hombre esbozó una sonrisa que a Casey se le antojó algo tétrica.

—¿Sabes lo que es el insomnio, chico? —preguntó. Casey negó con la cabeza y la sonrisa en el rostro de Ragnall se hizo más amplia—. Da igual lo cansado que esté, hay noches, como la de hoy, en las que soy incapaz de dormir.

Casey abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla un segundo más tarde.

—¿Sabes quién es el del cuadro? —Ragnall caminó hasta detenerse junto a Casey. El chico volvió a percatarse de que parecía flotar.

—Roderick... ¿Dunn?

El hombre lo contempló con renovada curiosidad.

—La mujer... Honora me lo dijo antes al pasar por aquí.

Ragnall asintió. Casey hubiera dado cualquier cosa por saber qué pasaba en ese momento por la mente del hombre.

—Roderick Dunn fue el propietario de este lugar. —Ragnall comenzó a deambular por la estancia—. Por aquel entonces, este bosque no era tan temido y él era un estratega nato, respetado y envidiado por todos. Pero, de repente, su mundo comenzó a desmoronarse. Su mujer murió al dar a luz a su hija, dejándolo a él solo con sus dos hijos. El mayor murió en circunstancias extrañas y su hija... —Ragnall detuvo su monólogo de repente y giró sus ojos hacia Casey—. No quiero incordiarte con viejas leyendas, chico.

El joven negó con la cabeza.

—¿No son más que leyendas? —preguntó Casey, frunciendo el ceño.

Ragnall se encogió de hombros.

—Viejas historias que rondan alrededor del apellido Dunn. —El hombre se apoyó contra la chimenea, justo bajo el retrato de Roderick Dunn—. Quién sabe si será cierto o no.

Casey regresó su mirada hacia el cuadro.

—Se dice que el hijo mayor de los Dunn estaba loco. —Ragnall parecía pensativo—. Pero en aquel entonces cualquiera que estuviera enfermo lo estaba... —El hombre se separó de la chimenea, dispuesto a salir de la estancia—. Chico, intenta dormir un poco antes del desayuno.

Ragnall se marchó sin hacer el más mínimo ruido. A lo lejos, proviniendo de algún lugar del castillo, Casey escuchó la risa de alguien; apagada, oscura y amortiguada.

Aquella noche, sus sueños fueron alterados por lo que Casey creyó que eran los recuerdos de otra persona. Las imágenes eran intensas y reales. Sabía por su difunta abuela que era posible. Era posible que los recuerdos de otra persona se transmitieran en forma de sueños. O, al menos, eso relataba en alguna de sus historias.

Casey se movía por pasadizos que desconocía. El camino era estrecho y tenía la sensación de que el techo caería sobre su cabeza en cualquier momento. A su alrededor, todo estaba sumido en la penumbra. No tenía ni idea de dónde se encontraba. Corría a través de pasillos de piedra húmeda y sentía que estaba escapando de alguien. O de algo. O quizás era él el que intentaba perseguir algo.

Por un segundo, Casey sintió el miedo recorrer cada una de las células de su cuerpo. Sentía un terror atroz. ¿Lo sentiría también aquella persona? Casey atravesó todos los pasadizos hasta que el suelo de piedra frente a él se transformó en unas escaleras de caracol. Las subió corriendo durante tanto tiempo que perdió la cuenta. Hasta que al fin pudo ver el final y la luz de la luna colándose hacia el interior. ¿Dónde demonios había ido a parar?

Casey se sintió entonces caer. Era incapaz de explicar de dónde o hacia dónde caía. Solo sentía el viento agujonearle la piel y el incesante pitido que se colaba por sus oídos. Todavía estaba aterrado, pero de alguna manera sabía que todo tendría pronto un final.

Ragnall suspiró, exasperado. La poción estaba lista e intentó armarse de valor. No estaba dispuesto a fracasar otra vez. No esa noche. Algo en su interior le decía que estaba muy cerca de obtener una respuesta. Al fin y al cabo, no había dejado quedarse a aquel chico vagabundo solo por la bondad de su corazón. Se había dado cuenta de que el tal Casey poseía algo que lo unía al castillo de la familia Dunn de una forma tan fuerte que podría haber jurado que era algún descendiente directo del fallecido núcleo familiar.

—Madera de sándalo, sangre de un muerto... —comenzó a enumerar para sí mismo.

Esa vez se había concedido el tiempo necesario para preparar la poción y así evitar el fracaso. Ragnall sabía que en el castillo moraba algún fantasma. Muchos, según su teoría. Pero uno de ellos era el más importante. Solo uno de ellos podría ofrecerle las respuestas que estaba buscando.

Ragnall se incorporó y se dirigió hacia la mesa, situada en el centro de la estancia. Ya vestía su túnica negra plagada de runas más antiguas que la vida humana. Esa noche no fracasaría. Estaba seguro de ello. Le quitó el tapón de

corcho a la botella que contenía tan turbia poción y la vertió sobre la mesa.

—*Manifestate ocruo* —murmuró—. *¡Manifestate ocruo!*

Ragnall repitió las palabras una y otra vez, elevando el tono de su voz. Puso en ellas toda su energía y su magia y las repitió convencido de que por fin surtirían efecto.

—*¡Manifestate ocruo!*

De pronto, sus palabras se vieron interrumpidas por un grito femenino. Era un grito de terror, agudo y amplificado por las paredes del castillo. Había sido demasiado intenso como para habérselo imaginado.

—Fantasma que protege este castillo, ¡manifiéstate! —exclamó entonces Ragnall—. ¡Te lo ordeno como tu nuevo señor!

El grito fue sustituido por una risa. Una carcajada dolorosa y sarcástica; aguda e hiriente como la fría brisa del invierno. Ragnall permaneció quieto.

—¡No oséis dirigiros a mí como mi señor! —una voz aguda y quebrada le gritó al oído—. ¡No os atreváis a ordenarme qué hacer!

El hombre registró todas las esquinas de la estancia con la vista. En sus oídos, la voz era femenina. De alguien joven, con mucha probabilidad. Pero también contenía aquel matiz de alguien que llevaba mucho tiempo muerto. Encerraba el conocimiento de lo que había después de la vida y lo mortal. Ragnall había tenido el placer de vivirlo y lo había odiado. Él no quería ser un simple humano y tampoco quería morir. Necesitaba el castillo para hacerse con su poder y, así, alcanzar su tan deseada inmortalidad.

—¡No oséis reclamar lo que jamás podrá perteneceros, sucio mortal! —La voz se elevaba más a cada palabra pronunciada. Ragnall sentía el dolor en sus oídos.

—Fantasma que mora y protege estas tierras, manifiéstate. —Lo intentó de nuevo—. Preséntate ante mí. ¡Muéstrate ante mí!

En un único segundo, una figura incorpórea se manifestó al otro lado de la mesa central. Una figura de colores limpios y contornos difusos. Era una mujer. Una mujer hermosa.

—Señora. —Ragnall hizo una profunda reverencia.

—Ni lo intentéis, mortal —dijo el fantasma. Parecía furiosa. Ante aquella palabra, Ragnall sintió una punzada de asco. Él no era un mortal corriente. Y tampoco pretendía serlo.

—Señora —repitió el hombre—. ¿Sería usted tan bondadosa de obsequiarme con vuestro nombre?

Ragnall no se había vuelto a erguir tras la reverencia. El fantasma flotó a

pocos centímetros del suelo y bordeó la mesa de la estancia. Ragnall pudo darse cuenta, en semejante posición, que los bordes de la figura no llegaban a tocar el suelo. Se difuminaban antes de sus tobillos y desaparecían sin más.

—¿Por qué queréis saber mi nombre? —preguntó la mujer. Cuanto más se acercaba, más podía Ragnall sentir el frío colándose por su piel.

—Sé de vuestra existencia, mi señora —dijo, con la espalda todavía curvada y los ojos clavados en el suelo—. Sé que protegéis estos terrenos y solo queréis lo mejor para vuestro castillo.

La mujer lo contempló. Estaba furiosa porque alguien la hubiera llamado, sí. Pero ya había visto a aquel hombre morar por su castillo en incontables ocasiones y no pudo reprimir su curiosidad. Quería saber qué andaba buscando en su casa.

—Saoirse Ishbel Dunn —dijo entonces el fantasma—. Así se me conocía en vida. Aunque los muertos carecemos de nombre. ¿Qué os ha traído a mis tierras?

—Solo quiero ayudaros —murmuró Ragnall. Él no tenía miedo. Nunca lo tenía, pero quería darle a la mujer la impresión de estar sorprendido. Necesitaba que ella confiara en él.

—¿Ayudarme? ¡Estoy muerta! Nadie puede ayudarme —exclamó el fantasma con un deje de diversión en la voz—. ¡Levantaos!

Como impulsado por un resorte, Ragnall se irguió. Contemplar a la mujer era incluso doloroso a la vista. Un ser tan lleno de odio y rencor, tan furiosa con el mundo.

—¿No anheláis abandonar esta vida? ¿Este estado entre la vida y la muerte? —preguntó entonces Ragnall—. ¿No queréis descansar al fin en paz? ¿Qué es lo que os ata a este lugar?

Ishbel frunció el ceño y entrelazó los dedos.

—¿Y qué es lo que pretendéis conseguir a cambio? —inquirió.

Ragnall tragó, intentando deshacerse de la sequedad de su boca.

—Información —dijo, y sonrió de forma ligera—. Soy el nuevo dueño de este lugar y compré el antiguo castillo Dunn en la ignorancia —mintió, alzando las palmas de sus manos—. Yo no quiero poder ni gloria. Solo quiero vivir una vida de retiro, nada más. Pero las voces... Las voces en las noches no cesan.

—Estáis hablando de los gritos de mi hermano —dijo Ishbel, interrumpiéndolo—. Los gritos de Wallace Malachy Dunn. —Alzó la cabeza, orgullosa de pronunciar el nombre.

Ragnall volvió a tragar. El aire helado de la estancia no aliviaba la sequedad de su boca ni la de su garganta. El frío en su piel comenzaba a ser insoportable y estaba seguro de que sus dientes comenzarían a castañetear pronto. Necesitaba ser rápido, ir al grano.

—Wallace fue esclavo de un mísero destino —continuó Ishbel—. Él es incapaz de abandonar este lugar. Le ha sido prohibido.

—¿Prohibido? —preguntó Ragnall. Lo estaba consiguiendo. Al fin conseguiría su anhelada confirmación e incluso, con un poco de suerte, un mapa hacia el lugar preciso.

—Él fue el heredero del castillo. Le está prohibido abandonarlo incluso en la muerte y ha de velar siempre por sus secretos. —Ishbel había confiado en Ragnall con demasiada rapidez y aquello agradó al hombre. Si no hubiera estado muerta, Ragnall habría tenido otros planes para ella.

El hombre se relamió los labios resecos.

—Pero ¿qué clase de secretos pueden mantener atado a un chico inocente? —preguntó entonces el hombre—. Quizás podemos, entre ambos, ayudarlo a encontrar la anhelada paz.

Ishbel rio con sorna.

—¡Qué ingenuo sois! —exclamó—. Los secretos del castillo son más poderosos que nosotros. Más poderosos que Wallace y que yo, e incluso más poderosos que vos, que habéis conseguido poneros en contacto conmigo.

Ragnall se inclinó hacia adelante. Deseoso de todo lo que podría decirle aquella mujer.

—Wallace jamás podrá abandonar este lugar ni yo tampoco, porque velamos y custodiamos el corazón de este castillo —al decirlo, Ishbel alzó las manos hacia el techo. Ragnall volvió a humedecerse los labios—. El corazón que mantiene vivo este lugar que le ha sido prohibido a los mortales. El linaje de los Dunn sigue vivo y por eso sigue existiendo este castillo. Todo gracias a mi hermano.

Ragnall no osó hacer ningún movimiento.

—Y por eso, señor, si lo que deseáis es una vida de retiro, os aconsejo que pongáis este lugar a la venta y que os vayáis lejos. Muy lejos si no queréis ser parte de nuestras muertes.

Ragnall era casi incapaz de contener el éxtasis que lo recorría en ese momento.

—Entonces es cierto —dijo—. La cripta con el corazón existe.

La voz del hombre no era más que un susurro. Ishbel asintió con los ojos

entrecerrados. Ragnall sonrió con malicia. Se irguió y se despojó de la máscara que había estado cubriendo su rostro. Estaba harto de fingir y, de todos modos, ya había obtenido la suficiente información.

—Lo siento por vos, mi señora —dijo Ragnall, llevándose la mano al pecho—. La verdad es que no, no lo siento en absoluto. Vuestra vida es una mierda. —Ragnall lanzó sus manos al frente—. *¡Rehusco!*

Antes de que Ishbel pudiera entender lo que estaba pasando, fue impulsada fuera de la estancia. Atravesó la pared y tantas otras por el empuje. Incluso siendo un fantasma, aquella fuerza le dolió. Un daño que ella no había conocido hasta ese momento.

Casey se despertó sudoroso y se irguió en la cama. La pesadilla había sido mucho más que un sueño muy vívido. Había sido real. En algún momento de la vida de alguien. Alguien que quizás ya estuviera muerto. No sabía a quién pertenecían aquellos recuerdos y qué demonios quería decirle mediante ellos. Pero había sentido miedo al caer. Mucho miedo.

Sin embargo, el joven no pudo concentrarse demasiado en ese hecho. Había descubierto algo mucho más interesante. Ya lo recordaba. Sabía dónde había visto el blasón de los Dunn. El castillo y la luna. Las espadas entrecruzadas. Lo había visto y no había sido una única vez en la vida.

Lo había visto.

En la casa de su difunta abuela Willow Murdoch.

Esa mañana Casey desayunó solo. Honora le comunicó, de parte de su señor, que estaba invitado a quedarse todo el tiempo que necesitara y Casey no estaba dispuesto a denegar la oferta. Jamás en su vida había comido platos tan deliciosos ni había dormido en camas más cómodas.

Una vez terminado el desayuno, el joven se encaminó hacia su dormitorio, cuestionándose si no sería una mejor opción aventurarse en las inmensidades del lugar. Estaba seguro de que el castillo poseía una cantidad innumerable de escondites y pasadizos secretos. Ante todo, Casey era curioso. Pero, con un poco de suerte, quizás podría encontrar algo valioso que hurtar. Podría haber apostado, poniendo su mano en el fuego, que Ragnall jamás se daría cuenta si llegaran a faltar una o dos piezas de decoración en alguna de las habitaciones.

El joven se relamió los labios imaginándose la cantidad de dinero que podría obtener de algunos objetos. Tenía que ser algo pequeño pero valioso. Algo que pudiera esconder con facilidad al irse. Algo que pudiera alimentarlo



durante algunos meses.

Casey se encontraba sumido en sus fantasías, cuando se dio cuenta de que ya no andaba. Sus pies no se dirigían a ningún lugar. Se había quedado plantado frente al cuadro de Roderick Dunn. Una vez más. Al menos ya sabía dónde había visto el blasón de la familia Dunn antes.

El castillo, la luna y las espadas entrecruzadas.

Se preguntaba por qué su abuela poseía algo así. Qué tenía ella que ver con los Dunn como para tener aquel blasón en su casa. Ciertamente era que no había sido más que un objeto decorativo, pequeño e insignificante. Quizás ella también lo hubiera robado. Quizás lo hubiera comprado sin saber qué era o a quién perteneció. Quizás lo había encontrado en el bosque. O quizás ella tenía algo que ver con la enigmática familia.

A su espalda creyó escuchar unos pasos, pero nadie se acercaba tras él. Regresó entonces la vista al cuadro con un estremecimiento. De un momento a otro, la temperatura del lugar había bajado varios grados.

—Me disculpo por no haber hecho acto de presencia en el desayuno — escuchó que alguien decía a su espalda.

Casey se giró, sobresaltado. Ragnall era capaz de moverse de forma silenciosa e imperceptible, incluso para los sentidos entrenados de Casey. El joven negó con la cabeza.

—Un cuadro misterioso, ¿verdad? —comentó el hombre, poniéndose a la altura de Casey y mirando en la misma dirección.

El joven asintió.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —Casey se sentía nervioso a pesar de no tener ningún motivo para ello. El hombre asintió—. Ese... escudo del cuadro, ¿pertenece a la familia?

Ragnall contempló el blasón retratado y entornó los ojos.

—¿Te refieres a ese de ahí? —preguntó, señalándolo con su dedo índice—. Según creo es el escudo familiar de los Dunn.

El joven asintió.

—Resulta que yo ya lo he visto antes.

Ragnall se giró hacia Casey con los ojos muy abiertos. El joven apenas se dio cuenta del movimiento. Seguía inmerso en las pinceladas de la pintura.

—Creo que mi abuela tenía algo... algo en su casa con ese blasón — continuó el joven, aguzando la vista—. Estoy casi seguro del todo.

Ragnall se relamió los labios. No podía creer su suerte. El hombre dio un paso en dirección a Casey. Tenía que actuar sin que el chico se percatase. Él

sería su medio para llegar a la ansiada cripta del castillo. Donde se escondía todo su poder.

—Quizás fue tu abuela una descendiente de los Dunn... —tanteó Ragnall, paseando alrededor de Casey.

—Lo dudo. —El joven negó con la cabeza—. ¿Por qué no vivió entonces aquí?

—A veces se desconocen las razones humanas para actuar de determinada manera.

Casey volvió a sentir un escalofrío, aunque la temperatura de la estancia parecía haber vuelto a subir algunos grados.

—Quizás fue su decisión no vivir aquí... Quizás nunca le estuvo permitido. Quién sabe. —Ragnall se encogió de hombros. Su estómago le ardía de pura emoción. Era ahora o nunca. El hombre alzó una mano y la colocó sobre el hombro de Casey, que le dirigió la mirada, sorprendido. Ragnall chasqueó la lengua y sonrió—. Sea como sea, chico, eso no va a cambiar quién eres tú hoy en día. Déjalo estar.

Casey asintió, sin saber muy bien qué quería decir el hombre. A veces, Casey no podía seguir del todo los pensamientos de otra persona. Durante mucho tiempo se creyó demasiado estúpido para ello. Pero logró aprender que, a pesar de no ser tan inteligente como los demás, sabía cómo apañárselas cuando lo necesitaba. Así que decidió no darles importancia a las palabras de Ragnall.

El hombre comenzó a alejarse de Casey.

—Nos vemos esta noche en la cena, chico —dijo, alzando una mano para despedirse—. Siéntete como en tu casa.

Casey dormía agitado una vez más. Su frente estaba perlada de gotas de sudor y las sábanas estaban húmedas. Estaba sufriendo, de eso no había duda. El chico se debatía en sueños y balbuceaba palabras incomprensibles. En la estancia la temperatura comenzó a bajar. Incluso dormido, Casey lo notó. A cada minuto que pasaba, la temperatura descendía tres o cuatro grados. El frío hizo que se le erizara el vello de los brazos.

Hasta que despertó en medio de su pesadilla. Empapado y adolorido, con los músculos agarrotados. Se irguió en la cama con los ojos muy abiertos. Era incapaz de enfocar. Antes incluso de que pudiera asimilar lo que acababa de ocurrir, sus ojos comenzaron a vislumbrar algo frente a él. Algo que no parecía humano. Algo distante y cercano a la vez.

Casey entrecerró los ojos. Tenía las pupilas dilatadas por la oscuridad, pero no veía nada. Empezó a desesperarse cuando lo que estaba frente a él comenzó a brillar con luz propia.

—¡Marchaos! —escuchó entonces que exclamaba una voz—. ¡Marchaos!

Era una voz femenina. Aguda. Casi demasiado aguda. El joven se obligó a enfocar, pero apenas podía creer lo que veía. Era una mujer. Los contornos distorsionados y los colores limpios.

Un fantasma.

Casey jamás había visto uno, aunque su abuela siempre había afirmado que existían. El joven retrocedió, intentando agrandar la distancia entre ambos.

—Marchaos antes de que sea tarde —dijo la mujer.

Casey contempló al fantasma. Era la mujer más hermosa que había visto jamás. Carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Antes de que sea tarde? —inquirió el muchacho.

El fantasma, flotando, se aproximó hacia Casey. El joven ya no podía alejarse más de ella.

—Estáis en peligro aquí. Marchaos —repitió la mujer—. Llegasteis en busca de refugio, pero si no os marcháis terminaréis uniéndoos a nosotros. Estáis en peligro.

—Fuera hay muchos más peligros —contraatacó Casey, señalando a su espalda con el dedo pulgar.

La mujer pareció inspirar profundamente, aunque él estaba seguro de que no le hacía falta.

—¿Quién eres? —preguntó entonces.

—Soy Ishbel Dunn y custodio este castillo. Hay demasiado que no sabéis y si no queréis disponer de toda la eternidad para descubrirlo con todos nosotros, entonces tenéis que marcharos.

—¿Dunn? —preguntó el chico.

Casey sentía los párpados pesados; amenazaban con volver a cerrarse. Apenas parecía tener control sobre ellos.

—Mi padre fue el propietario de este lugar y vuestra abuela es la clave —continuó la mujer—. Pero no queráis saber de más. Marchaos lejos, muy lejos, y olvidad todo lo que habéis vivido aquí.

En ese mismo momento, Casey fue incapaz de mantener sus ojos abiertos durante un segundo más. Ishbel se acercó un poco más a Casey, pero él no pudo verlo. Sin apenas darse cuenta, estaba siendo devorado por la oscuridad.

—Me temo que ya es demasiado tarde para vos... —fueron las últimas

palabras agudas que escuchó.

Casey no sabía dónde se encontraba... No, sí lo sabía. Sabía dónde estaba, pero no qué demonios estaba haciendo allí. Acompañaba a Ragnall y él le hablaba. El joven no podía entender lo que le comunicaba, como si hablara en otro idioma. Y Casey sabía que él mismo había contestado. En más de una ocasión. Aunque tampoco tenía idea de qué podría haber dicho.

¿Qué era ese estado? Se sentía vivo, pero tenía la sensación de que su cuerpo no le pertenecía. Como si estuviera controlado por otra persona.

Los ojos de Casey lograron enfocar algo que le ayudó a ubicarse. Durante un momento, su cuerpo volvió a pertenecerle. Estaba frente al cuadro de Roderick Dunn. Todo lo que hacía en ese lugar parecía tener que ver con el cuadro. Al segundo siguiente, sus ojos volvían a ser incapaces de ver con claridad y no sabía dónde se encontraba.

Durante varios minutos, que se le hicieron eternos, vagó entre lo que parecía un estado de consciencia e inconsciencia que le hizo sentir enfermo. Sentía vértigo y no podía controlar sus emociones. A veces captaba una imagen. El cuadro de Roderick Dunn moviéndose, una oscuridad que descendía, una puerta de hierro oxidada...

Casey comenzaba a sentirse ansioso. No estaba siendo capaz de respirar con normalidad, aunque no estaba seguro de ello. De repente, sintió frío. Un frío que se le colaba por todos los poros de la piel. Y el contacto de una mano en su brazo.

Ragnall exhaló un gemido de puro placer. Todos los esfuerzos de los últimos tres años serían recompensados en un único momento. Había actuado en el instante correcto y quizás hasta había tenido un poco de suerte.

Exhaló de nuevo y su respiración se condensó frente a él. La temperatura de la cripta no era normal ni humana. Apenas podía imaginarse cuándo fue la última vez que alguien estuvo ahí abajo y, sobre todo, cuántas almas condenadas se escondían allí adentro.

La cripta a la que accedieron tras bajar las escaleras durante metros y metros no mediría más de diez metros cuadrados. Las paredes, el suelo y el techo eran de piedra y rezumaban humedad a pesar del frío. En el centro de la estancia había una fuente en forma de semicírculo y en su interior, un cuchillo. Ragnall no tuvo que pensar demasiado para saber lo que la cripta pedía de forma silenciosa. Él era un nigromante y había escuchado mensajes mucho más turbios que aquel.

El hombre se acercó a la fuente, seguro de que Casey sería incapaz de abandonar su estado de hipnosis. Había conseguido controlarlo sin apenas gastar energía en ello. Un muchacho débil, estúpido e ingenuo. El hombre extrajo el cuchillo de la fuente. Era viejo y estaba medio oxidado. Cualquier herida realizada con él podría llevar a la muerte. Pero estaba seguro de que la ceremonia no conllevaría tanto tiempo.

—Al fin... al fin será mío —murmuró, contemplando el fondo de la fuente—. Al fin el corazón será mío.

Ragnall sonrió. Era incapaz de describir el placer que recorría sus venas. Acarició el cuchillo, concentrado en cada detalle del mango.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad, chico? —dijo sin girarse para mirar a Casey—. Has sido un estúpido entrando en mis tierras, pero algo bueno hemos podido sacar de ello.

Casey se encontraba en un estado de puro pánico. Se encogía en el interior como un parásito. Se sentía como un extraño en su propio cuerpo y había comenzado a escuchar voces que le susurraban al oído. Eran muchas. Cada una más distinta que la otra. Tenía la sensación de que estaba comenzando a volverse loco.

Ragnall hablaba con él, aunque no podía entender qué le estaba diciendo.

«Recupera lo que es tuyo».

«Protege el linaje».

«Acaba con las impurezas de tu raza».

Las voces se entremezclaban en su mente. Apenas podía entender algunas cuantas. Unas eran muy oscuras y roncadas, graves como si tuvieran más de un millón de años de antigüedad. Otras eran claras como el agua de un riachuelo. Otras eran misteriosas. Algunas, infantiles.

Casey intentaba escucharlas todas, prestarles atención. Pero le era imposible. Su cabeza comenzó a darle vueltas. Ragnall debía de haberlo drogado en la cena. No existía otra explicación para lo que le estaba ocurriendo. O quizás sí que estaba perdiendo la cabeza.

«¡Acaba con él!», chilló una aguda voz en su cabeza. «¡No nos dejes a su merced!».

Casey reconoció la voz. La imagen de la mujer que había aparecido frente a su cama se le pasó por la mente. Era ella. Ella quería que Casey la ayudara. Y Casey lo haría. Por ella y por sí mismo, porque sabía de alguna forma que dejaría de escuchar las voces si hacía lo que Ishbel le pedía.

Casey contempló hacia un lado y hacia otro, intentando adivinar qué era real

y qué no de todo lo que estaba pasando. Buscaba algo con lo que poder hacerle daño a Ragnall, detenerlo durante un momento. Las voces se intensificaron al mismo tiempo que Ragnall dejaba escapar una carcajada que taladró los oídos de Casey. El joven se revolvió, aunque podría haber jurado que no se había movido ni medio milímetro.

«¡Acaba con él!», escuchó de nuevo la voz de Ishbel. «¡Acaba con él para que pueda bañarme en su sangre miserable!».

Casey sintió un escalofrío, pero incluso antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, se vio a sí mismo aferrando un viejo y pesado candelabro. Era de hierro y poseía una forma muy tosca con aristas afiladas. En ese mismo instante, Casey quiso detenerse, pero ya era demasiado tarde. Se vio a sí mismo como si se tratara de otra persona. Alzó el brazo con el que sujetaba el viejo candelabro y avanzó un paso hacia adelante. Ragnall acababa de cortarse la muñeca con el cuchillo y dejaba caer su sangre en la fuente mientras exhalaba un nuevo gemido. El dolor que rodeaba la piel de su muñeca era casi imperceptible si lo comparaba con lo que estaba a punto de conseguir.

La fuente comenzó a resplandecer.

—¡Al fin! ¡Al fin será mío! —exclamó mientras su sangre se derramaba por las paredes de la fuente hasta el centro.

Casey dejó caer su brazo. El candelabro impactó contra la cabeza de Ragnall, que no pareció percatarse de lo que estaba ocurriendo. El hombre abrió mucho los ojos. Casey volvió a asestar un segundo golpe y luego un tercero. Pero él no sabía qué estaba haciendo. Apenas podía ver qué ocurría.

Cuando Casey regresó en sí minutos más tarde, Ragnall yacía en el suelo, ahogado en su propia sangre. Esta también salpicaba las paredes y el techo e incluso su propia ropa. Negra, caliente y espesa. El joven sintió una arcada cuando retrocedió. Las voces en su cabeza no habían cesado, aunque parecía tener pleno control de sus acciones.

A sus pies estaba el candelabro, manchado de sangre y abollado. Apenas podía contemplar la escena. Le resultaba macabra y desagradable. No podía creer que él mismo hubiera acabado con la vida de una persona.

«Asqueroso».

«Repugnante».

«Obtuvo lo que se merecía por haber intentado mancillar nuestro linaje».

—Nuestro linaje... —repitió Casey para sí mismo—. ¡Nuestro linaje!

¡Nuestro linaje!

Se llevó ambas manos a la cabeza. Las voces en su interior no callaban y no estaba seguro de cuánto tiempo más podría aguantarlas. Se giró en dirección a la salida. Sus pies estaban manchados con la sangre de Ragnall. Corrió escaleras arriba y atravesó el cuadro. No estaba seguro de a dónde se dirigía. Su cuerpo se movía por inercia propia.

—¡Dejadme en paz! —chilló, espantando las voces con las manos como si fueran moscas—. ¡Dejadme en paz! ¡Dejadme en paz!

Casey corrió a través de pasillos que desconocía. Desde el exterior se colaba la luz de la luna. Estaba desesperado. No sabía a dónde ir ni qué hacer, pero necesitaba hacer algo. Acababa de arrebatarse la vida a alguien.

Sus pies se movían con un destino seguro. Subieron escaleras sin descanso hasta que le faltó la respiración y aun así no se detuvo. Subió y subió preguntándose a dónde demonios se dirigía.

—¡No!! —escuchó que alguien chillaba.

Era de nuevo la voz de Ishbel. Pero, aunque Casey quería detenerse, fue incapaz. El joven sentía sus ojos llenos de lágrimas de impotencia. Estaba deseoso de volver a recuperar el completo control de su cuerpo. ¿Qué demonios era lo que le estaba pasando? Las lágrimas se le escaparon e empaparon sus mejillas.

—¡Deteneos! ¡Cathair, deteneos! —rugió Ishbel.

Casey era incapaz de decir si aquel grito provenía del interior de su mente o si Ishbel le estaba hablando de verdad.

Pero, antes de poder darle una respuesta a su pregunta, el joven se descubrió subido en el alféizar de una ventana. Tras el cristal podía ver la luz distorsionada de la luna. De alguna manera, se sintió atraído por esa ventana. Algo importante pasó allí hacía mucho tiempo. Casey recordó su extraño sueño. Los recuerdos de la otra persona. Escuchó que alguien gritaba. Pero esa vez no había sido Ishbel quien le ordenaba que se detuviese. Esa vez eran gritos que se transformaban en carcajadas y llantos.

Casey dirigió la vista al frente. Escuchó ruido de cadenas.

Cerró los ojos. Ya no podía más. Su cabeza iba a estallar. Deseó no haber visitado nunca el castillo. Deseó haber hecho todo en condiciones en su vida para no haber tenido que huir de aquellos comerciantes.

Pero ya era demasiado tarde.

Para todo.

Para él.

Casey dio un paso al frente bajo la presión de los gritos y las voces en su cabeza. Sollozó de forma aguda, deseando que todo tuviera un final. Recordó entonces la sangre de Ragnall, que le bañaba la ropa y los pies; la forma en la que el hombre había muerto tirado en el suelo. Como un vil despojo. Dio un paso más.

Entonces se dejó caer hacia adelante. Con todo su peso. El cristal se destrozó en mil pedazos y salió disparado en todas direcciones mientras escuchaba la voz desesperada de Ishbel y sus gritos por detenerlo. Pero para él ya no había vuelta atrás.

El joven se sintió caer al vacío. El frío de la noche destrozaba su piel, la rasguñaba y se clavaba en ella como si fuera un millón de agujas. Sabía que estaba siguiendo el mismo destino de la persona de sus sueños, pero era lo correcto. Era justo lo que tenía que hacer.

Casey se empapó de la luz de la luna una última vez.

—¡Wallace!

Y entonces lo supo. Él era descendiente de la familia Dunn. Su abuela también lo había sido y por eso guardaba el blasón en su hogar. A pesar de ello, Casey jamás podría haber soportado su vida en un lugar como aquel. Se había dejado destrozarse por un linaje maldito.

Antes de que todo terminara para él, Casey escuchó la voz de Ishbel, que gritaba su nombre y lo llamaba, mezclado con el ruido de las cadenas de su hermano Wallace, prisionero en las mazmorras. Pero ya era demasiado tarde.

Para él todo había terminado.

Con el paso de los años, nuestro castillo ha sido reclamado por la naturaleza. Nuestro castillo ha sido devorado por la Madre Tierra en un último intento por purificar el lugar. Pero la historia, una vez vivida, no puede ser alterada y está condenada a repetirse una y otra vez hasta el fin de los días.

*Nuestra familia hace mucho que desapareció. Nuestro linaje terminó el día en que Cathair Dunn se arrebató la vida de la misma forma en la que lo hizo mi hermano Wallace Malachy Dunn. E incluso de la misma forma en la que lo hice yo, Saoirse Ishbel Dunn, al descubrir el cruel destino al que había sido sometido.*

*Nuestras almas están condenadas por voluntad del castillo. Malditos a vivir aquí hasta que el mundo termine, ocultos por el bosque. Nuestra historia puede ser contada, pero con el paso de los años nadie recordará nuestros nombres. Y cada vez que alguien quiera adentrarse en este bosque,*



*será reclamado por las almas que viven aquí.*

*Somos demasiados y la eternidad puede ser muy aburrida. Recuérdanos. No nos olvides. No olvides el nombre de la familia con la comenzó esta leyenda. Los Dunn vivirán por siempre entre las tinieblas, custodiaremos el castillo hasta el fin de los días y reclamaremos a todo aquel que ose adentrarse en nuestras tierras.*

*No descansaremos hasta haber vengado nuestro nombre.*

*No nos olvides.*



PAULA, PERALTA  
**RAÍCES**

# RAÍCES

**H**ay tres cosas que debes saber sobre mí: detesto la impuntualidad, los platos llenos de colores me agobian y hay algo enterrado en mi jardín que no quiere quedarse ahí.

La puntualidad siempre ha sido una cosa de familia, una herencia enfermiza. Cuando yo era niña, y mi madre aún estaba obligada a llevarme al colegio, mis zapatos de charol eran los primeros en atravesar la valla del patio. Aquella presuntuosa escuela privada presumía de mis pasos pasando de largo las distintas y desniveladas clases de la primera planta; paladeando mis saltos por la escalera como si fueran el melocotón más jugoso.

Con las libretas colocadas meticulosamente sobre el escritorio, el estuche cerrado y un portaminas preparado para pasar a la acción, y sólo cuando todo estaba listo para empezar la clase, levantaba la mirada para verlo: en el centro de mi visión, por encima de la pizarra y a la altura del proyector, el reloj de la clase. Su circunferencia perfecta me observaba como un ojo sin párpados. Su pestaña descolgada, aquel segundero fino y largo, daba vueltas y vueltas, como si no pudiera quedarse quieto en mi presencia. Como si debiera enseñarme que el tiempo es, en sí, una carrera hacia ningún lugar. A última hora de la tarde, esos mismos pulcros zapatos de charol baratos eran los últimos en salir de aquella escuela, y en atravesar la valla, y en entrar en un coche y alejarse de aquel terreno; porque incluso entonces la puntualidad era una cosa de familia. Bajaba las escaleras lentamente, dándole tiempo a mi madre a llegar, aparcar, bajar del coche, acercarse a la puerta, coger mi mano.

Si bien llegar a tiempo siempre había sido una norma incuestionable en mi hogar, también es cierto que ninguno de nosotros ha sabido nunca cuándo se debe partir. La imagen de aquel reloj delante de mí permanece grabada en mi retina. Pero, por mucha inquietud que provocara, no parecía nunca tan urgente como la del reloj de cuco de mi salón.

Nací dos días antes de lo previsto, en medio de la noche, tan impertinente

como cualquier otra criatura. Conmigo vino una tormenta, dispuesta a encubrir los alaridos de mi madre, los tropezones en la escalera y el confuso toque de campanas del viejo reloj de cuco del salón; otra herencia familiar casi tan vieja como aquella innata puntualidad. Aquella madera de roble encantado tocaba la hora casi sorprendida de, por fin, descubrir a los dos herederos de aquella vieja mansión checa lanzarse a través de los pasillos en busca de las llaves del coche, el teléfono y un paraguas. Corrían como si por fin hubieran entendido que debían irse.

La lluvia fuera era torrencial. Inundaba las calles y embozaba las alcantarillas. Por alguna razón que aún nadie puede explicar, la puerta se quedó mal cerrada. Tuvimos que volver del hospital para cerrarla. Cuando los tres entramos, el agua ya había dejado marcas en el rellano de la entrada: las huellas de la tormenta encharcaron la puerta de nuestra casa y combaron la madera, que estuvo así durante mucho tiempo. Sin embargo, nadie había intentado entrar en ella. Todo seguía en su lugar como si no hubieras salido ni un solo segundo a respirar.

Mi padre nunca supo cuándo dejar de trabajar. Ni siquiera cuando tuvo que quedarse en cama supo cómo despedirse de su oficina y sus obligaciones. Durante mucho tiempo, continuó trabajando desde allí: visitas inesperadas, reuniones clandestinas, lámparas encendidas, pasillos llenos de murmullos, gruñidos guturales y toses camufladas. Pese a que aún era pequeña para recordar cómo empezó todo, sé que siempre que pudo trabajó de noche, como un animal nocturno. Y lo sé porque, aunque le busqué, nunca le vi despierto mientras el sol besaba el cielo. Por esa misma razón, jamás descubrí en qué trabajaba, o para quién. Porque, aunque nunca faltó la curiosidad, no quise romper una de las normas claves de mi madre: jamás salir de mi habitación por la noche.

Su despacho siempre fue para mí un rincón perdido y prohibido, pero también una especie de jaula; un bloque hecho de barro y piedra que se alejaba del resto de la casa cuando caía la noche, alargando el pasillo que nos separaba de él. Sabía con certeza que, por mucho que aquella fuera mi sensación, seguiría allí al amanecer. Pero, aun así, siempre me despertaba por las mañanas lo suficientemente temprano como para correr pasillo abajo y comprobar que su puerta no se había extraviado, que seguía allí: grande, gris y pesada.

Cerrada.

Jamás tuve más que unos quince minutos para comprobar si al otro lado de

su extraña cerradura, donde el ruido de las cortinas encerraba la luz lejos de su mazmorra, seguía estando mi padre. El criqueteo de las cortinas resonaba en el interior de mi nuca, bajando en espiral por mi garganta y vaciando mi estómago. Mi mano estaba siempre lo suficientemente cerca del pomo, y apretaba tanto los dientes que parecía que iba a morder el metal con ellos antes siquiera de poder tocarlo. Sin embargo, el frío hierro nunca rozaba mis dedos: mi nombre rebotaba por las paredes del pasillo y el reloj de cuco del salón gritaba para anunciar la hora del desayuno.

De repente, todo daba una vuelta de más y giraba sobre mí, acusatoriamente, hasta que encogía la mano contra el pecho.

—Es tarde.

Mi madre solía reclamar mi atención con un simple gesto, nunca necesitó mucho más. Su brazo siempre parecía una advertencia grave, estirado hacia mí desde el final del pasillo:

—Llegarás tarde al colegio, venga.

Su mano abierta, con ese meñique torcido, siempre era una orden. Me esperaba allí, bajo el marco, y en cuanto llegaba, sujetaba mi mano con una delicadeza aterradora. Juntas, bajábamos las escaleras y no había ningún resquicio de duda en ella de que, fuera la situación que fuera, yo siempre correría a su encuentro, le haría caso y sonreiría, preguntando por el desayuno.

Fue con el tiempo que descubrí que la advertencia y la urgencia no estaban en aquel hueso mal curado suyo, sino en su mirada precavida hacia la cerradura de aquella puerta cerrada.

Ciertamente, la primera que nunca supo cuándo debía partir fue ella.

—No te preocupes, descansa —dije una tarde de noviembre desde ese mismo pasillo—. Puedo hacerle yo la cena.

El pomo estaba frente a mí, pero mi mano estaba debidamente colocada en uno de los bolsillos de mi pijama. Ella estaba de pie, cobijada en el suyo. Tenía unas ojeras profundas y áridas, como un desierto violeta bajo los ojos pardos.

—No es necesario —sentenció mi madre—. No estoy tan enferma.

—Insisto.

Además de la puntualidad, mi madre también tenía el hábito de no insistir. Pero yo era distinta en ese sentido, y fue la insistencia precisamente la que me consiguió en pocas y contadas ocasiones poder abrir aquella puerta.

—Está bien —dijo, con un gesto altivo—, pero asegúrate de limpiarlo todo bien. No quiero que le sienta mal.

Sus pies descalzos besaron la madera del pasillo hacia su habitación, dejándonos a aquella puerta cerrada y a mí a solas en una de las escasas ocasiones en las que lo hizo.

—No tienes que preocuparte, de verdad —murmuré con una sonrisa pilla.

Una mañana, años atrás, fui lo suficientemente rápida como para llegar hasta aquella puerta gris y vieja antes de que el criqueteo de las persianas fuera necesario. Mi madre estaba en la cama, exhausta, y el sol aún brillaba en ausencias, escondido bajo la máscara de una tormentosa mañana de octubre. Descalza, por primera vez sin custodia en aquel pasillo prohibido, empujé la pesada puerta para asomarme al interior.

Aquel día, mi padre, o la criatura nocturna y trabajadora que había tenido que imaginar durante tanto tiempo, estaba allí. En su rostro, dos arcos lúgubres bajo los ojos y un par de mejillas hundidas. Quizá pude ver un hoyuelo descolgado en ellas; todo él tan retorcido como el meñique de mi madre, tan arrugado como seco. Recuerdo su espalda cubierta por un plumaje espeso, denso y sucio, su cuerpo agazapado sobre el escritorio y una prominente nariz llena de lamentos.

Desde su escondrijo, su encorvada figura se volvió hacia mí como si la luz le hubiera pillado por sorpresa o como si mi figura pareciera mucho más grande o amenazadora de lo que la figura de una niña de menos de siete años debe ser. También recuerdo las grietas de su boca, las estrías rosadas y las costras; que me miró a los ojos, si los encontró, con sus dos doloridas pupilas dilatadas y la boca tan abierta, que olvidé exactamente qué era lo que pretendía hacer cuando me asomé al interior.

Antes de que aquella maldición acabara con él, la última imagen que tengo es esa. Después, saltó sobre la puerta con tanta fuerza que un simple paso atrás nos sirvió a ambos para quedar separados por aquella membrana de madera, polvo y hierro. Imperturbables, retornaron el cuco, mi nombre, las espirales y el meñique torcido, que me levantó del suelo y se me llevó corriendo pasillo abajo, alejándome de allí. Aquella puerta se convirtió en una obsesión tan pronto como quedó cerrada, y nunca dejé de insistir en cruzarla.

Las únicas veces que vi al búho en el que mi padre se había transformado fueron cuando ella estaba lo suficientemente enferma como para refugiarse en su habitación y no salir de allí. No estoy del todo segura de que aquella fuera la misma cara que en algún momento definió a mi padre, porque no se parecía en nada a la de la única fotografía que queda de él. Su verdadero rostro sigue escondido entre los libros de la estantería del salón, en una impresión doblada

por la mitad, donde la dejó mi madre por primera vez. De todas formas, si es su rostro o no, ya no importa.

Porque ha desaparecido.

—Sab —me llamó mi madre desde el borde del pasillo, frente a la escalera —, ¿te acordarás de tomarte tus pastillas para dormir después de darle la cena?

—Sí, claro.

—Recuerda que debes entrar antes de que se ponga el sol.

—Lo sé.

—Y ten cuidado con los ratones, no quiero que te pase nada.

Suspiré, recordando exactamente cómo encontrarlos, cómo cazarlos y cómo sedarlos. Tenía muy claro cómo hacerlo todo y mi madre lo sabía. Sus palabras no eran recordatorios, eran advertencias. Parecían decir que, tan pronto como podía darme permiso para encargarme de mi padre, podría arrebatármelo.

Con los cordones bien atados, le dediqué una sonrisa:

—Descansa, mamá.

—Que duermas bien, mi vida.

Aunque nunca pretendí desobedecer ninguna de sus órdenes y siempre procuré seguir sus normas, algunas noches me detuve a mí misma frente a la puerta de mi habitación, con los pies helados, la nuca sudada y el corazón asfixiado en un puño, sin haberme tomado aquellas dichas pastillas. Empecé a hacerlo porque le expliqué que había noches en las que me era imposible dormir.

A veces parecía que mi cuerpo recordara que en aquella hora era precisamente cuando mis ojos se habían abierto por primera vez. En esas mismas noches, quise atravesar aquel pasillo y volver a enfrentarme al rey de la puerta gris, al preso de su oficina y al que era o había sido mi padre. Quise plantarme frente a sus grietas y preguntarle si sabía con exactitud en qué hora habría acabado, cuándo dejaría de ulular de dolor contra las paredes, y cuándo podríamos dejar de vivir enjuiciados por la salida y la caída del sol. Sin embargo, todas y cada una de esas noches encontré en el eco del ruido del reloj de cuco del salón una advertencia similar a la de mi madre, un recordatorio de sus normas: mi padre residía ingrávido durante la noche, alejándose, pero su peso regresaría con la mañana, como una lápida.

Decidí que no podía dejar que mi madre descubriera aquella curiosidad, o jamás me dejaría hacerme cargo de ella en mis propios términos.

—¿Mamá?

Estaba abrigada con su bata, con la cara pálida y la espalda torcida. Colocó delante de mí un bol de frutas de todos los colores existentes; piezas que llevaba minutos eligiendo y colocando por tonos y texturas. Cogí el pequeño tenedor y clavé la mirada en el plato, nerviosa.

—¿Cuándo dejará papá de ser un búho?

Nunca contestó.

El mismo tiempo que el reloj del salón devoraba ferozmente me enseñó que aquellas noches en vela solo podían tener un significado. Había algo que me preocupaba lo suficiente como para mantenerme despierta, a la espera, y creo que ese algo era lo mismo que había tenido despierta a mi madre durante más de diez años: los pequeños ratones del altillo, las trampas situadas en el jardín de mi infancia, los paquetes de insectos que los jardineros traían, extrañados, o el pescado fresco que limpiaba, cortaba y llevaba escaleras arriba.

Que mi padre era un búho y su condición era irreversible.

Observé en silencio, desde el sofá o desde la escalera, cómo una y otra vez mi madre preparaba la comida que más tarde escondería en algún rincón del despacho de la puerta gris al atardecer y a la espera de poder alimentar al que era su marido. Pero cuando mi madre se dobló sobre sí misma de cansancio, yo tomé el relevo: desollé los pequeños animalillos, los repartí en los distintos platos y los ordené con sumo cuidado. Bajo su supervisión, coloqué todas y cada una de las piezas de la comida en la bandeja, sin equivocarme una sola vez.

En algún momento nos miramos a los ojos por un instante largo. Pude ver que ella tampoco dormía como era debido, que estaba más delgada y que, aunque sus ojeras no le habían descolgado las mejillas, quizá lo harían pronto. Aunque nosotras no descansáramos, aquella criatura seguiría comiendo. El ceño fruncido de mi madre dio paso a un extraño alivio cuando reparó en la bandeja de comida preparada. Más que comida, estoy segura de que lo que vio le hizo comprender que aquella lápida, aquel peso y nuestra desequilibrada casa marcada podían restaurarse de la misma forma que habíamos restaurado la madera manchada del rellano de la entrada: juntas.

Sonrió, con orgullo, y me acarició la mejilla.

—Te ha quedado muy bien. ¿Te importaría llevarlo tú hoy, Sab? Creo queirme a dormir pronto me vendría bien.

—¡Claro!

—¿Segura? Si tienes deberes puedo encargarme yo —dijo, cariñosa.



—Mamá... Lo haré yo, y después estudiaré.

Un silencio, una rendición. Mi madre miró la bandeja, después me miró a mí y finalmente se apartó de la cocina.

—Gracias, cielo.

Fue así como desapareció escaleras arriba y, con sus pasos sobre la madera de aquella vieja mansión, las noches en vela.

De vez en cuando, pude volver a ver su figura en la oscura habitación del fondo del pasillo: sus pequeños criqueteos, el movimiento de su cabeza y las dos lucecillas de sus ojos abiertos. Quieto y sumiso en un rincón, abandonado en su altillo, desesperado, mi padre se escondía incluso en su escondite, a la espera de que la puerta volviera a cerrarse para poder aletear hasta los platos llenos de comida y derribarlos hasta comerse los trozos más pequeños. Aprendí a dejarla en los lugares en los que la prefería: debajo del escritorio o encima de la silla.

Aunque nunca pude verle con certeza ni escucharle, supe que estaba ahí, mucho más ligero de lo que nunca había creído que podría ser. Poco a poco, su peso empezó a desaparecer y nuestra casa dejó de parecer un castillo de arena al que el mar había empezado a lamer una parte.

Durante un tiempo, nuestra casa aprendió a mantenerse erguida y a mantener un extraño pero cómodo equilibrio.

—No se lo ha comido todo —dijo mi madre, soltando la bandeja sobre el mármol de la cocina con fastidio.

Entró en la habitación con la cara tan blanca como las perlas que en su día vendió, y clavó la mirada en los platos. Se cruzó de brazos, aguardando. Me levanté del sofá con rapidez para llegar hasta el otro lado de la isla del centro, junto a ella. Eché un vistazo a los platos, arrugando la nariz.

—Te dije que era demasiado colorido —comenté, divertida—. Es agobiante. ¿Qué ha dejado?

Me incliné para verlos retorcerse.

—Los gusanos de tierra.

—Qué raro, son sus favoritos. Son como las patatas fritas de los búhos. ¿Quizá quiere algo más sano?

La mujer huesuda en la que mi madre se había convertido me dedicó una mirada de reproche, como si la naturalidad de aquella conversación fuera de repente extrañamente violenta. Suspiré, echando un vistazo a su muñeca vendada y apreté los dientes. Aunque yo había seguido creciendo, ella solo había seguido perdiendo peso. Mi padre no era el único que no se acababa su

plato.

—¿Quieres que os prepare la comida? —me ofrecí.

Ella tiró los restos a la basura, con desprecio.

—Ya casi estás en época de exámenes, no deberías perder tiempo en esas cosas.

Rodeé la isla, en busca de la nevera.

—No pierdo tiempo.

Escuché el lavavajillas; el agua corriendo.

—Lo haré yo, Sab.

Cerré la nevera, sacando queso y algo de carne. Lo dejé con torpeza sobre el mármol, viendo como la puerta de la nevera estaba a punto de cerrarse.

—Pero no me cuesta nada, además...

—Sabrina. —La puerta se cerró. Con los ojos clavados en mi nuca y su brazo señalando la salida de la habitación, mi madre me acalló como quien gira la llave de un juguete hasta que se agota la cuerda—. Céntrate en tus estudios y yo me haré cargo de lo demás.

Mi madre tenía el hábito de no insistir, pero sus hábitos fueron cambiando con el tiempo. Dejó de despertarme por las mañanas o de preparar el desayuno. Dejó de llevarme en coche al colegio o de estirar su mano, esperando que corriera hacia ella. Aquel torcido dedo suyo se hizo invisible. En su lugar, las vendas empezaron a ser mucho más vistosas. Empezó a vendarse las manos y las muñecas, a veces los tobillos. Incluso las rodillas, de ser necesario. Decía que sus huesos pasaban frío, y que aquella era su manera de mantenerlos en el sitio. Pero, igualmente, yo estaba segura de que solo los escondía para que yo no pudiera verlos. Como se escondía sola detrás de la puerta de su habitación compartida.

Mi madre empezó a enfermar con más frecuencia, y las noches en vela regresaron. En aquel pasillo, el peso de mis padres era mucho más grande que el mío, y me costaba encontrar algo que me atara a la cama. De pie frente a mi puerta, me decía a mí misma que debía quedarme en ella. Debía ser coherente, dormir y despertar a la mañana a la hora oportuna para preparar el desayuno e ir a clase, volver por la tarde, hacer mis tareas y preparar sus cenas. Sin embargo, aunque aquel reloj de cuco seguía atascado en mi garganta, sentía la necesidad de recorrer el pasillo hasta ella cada vez que la escuchaba llorar.

—Deberíamos haberle matado —dijo una mañana, con la vista puesta en su té—. Todo lo que le hemos hecho ha sido incluso peor que si le hubiéramos matado.

No pude evitar mirarla con rabia y confusión, con el mismo ceño fruncido que el suyo, el pelo largo y una angustia adolescente enredada en mi estómago como alambre de espino.

—O no deberíamos haberte traído nunca —comentó, riendo. Me dedicó una sonrisa peligrosamente melancólica, con lágrimas en los ojos—. Pero eso nunca, mi amor. Sin ti nunca.

Volvió a mirar el té como si dentro hubiera algo que solo ella podía ver. Me senté a su lado, callada y honestamente asustada. Estiré la espalda y decidí no decir nada más. Sin embargo, nunca volví a quedarme en mi habitación después de aquello.

Como si aquellas palabras hubieran girado el pomo de mi cuarto, dejé que el peso de la casa me reclamara donde fuera que ella iba cada noche cuando acababa de llorar. Me arrastré pasillo abajo cada vez que la escuchaba levantarse a abrir las ventanas, sin importar si acabábamos perdiéndonos en los rincones extraños de nuestra casa de arcilla. La seguí en silencio y fui cerrando todo a su paso, ventana tras ventana, con el miedo en el cuerpo de que, por alguna casualidad, mi padre acabara escapando por una de ellas. Nunca pensé que quizá no era aquello lo que pretendía, sino escapar ella misma.

Una noche de tormenta, cuando la ventana de mi habitación decidió abrirse de par en par, la escuché avanzar por los pasillos como si tocara un violín. Delicadamente, sus pies la arrastraron escaleras abajo como si fuera una criatura movida por el agua, el viento y los relámpagos que iluminaban la casa en parpadeos. Desde el fondo del pasillo, la puerta cerrada de mi padre me observó con una reprimenda preparada y fue capaz de encerrarme en mi habitación. Cuando la puerta se cerró de una ventada, corrí hasta la ventana, dispuesta a cerrarla. Aunque había roto la norma de no salir de mi habitación otras veces, aquella noche había algo diferente. Con las manos en el cristal y un sentimiento clavado en mi nuca como los colmillos de una serpiente, intenté ver a través de las gotas de agua y el viento, pero tuve que dejar que la ventana volviera a abrirse para comprobar que era cierto: mi madre estaba en medio del jardín, bajo la lluvia, con la vista clavada en la ventana del despacho y una pena y una rabia casi instintivas escritas en la mirada.

Parpadeé, intentando enfocar la vista a través de las gotas de lluvia y la descubrí desnuda, huesuda y hedionda. La vi alzar las manos y hundir los pies en el suelo, dando vueltas sobre sí misma hasta levantar la tierra mojada. Se hundió en ella con un grito indescifrable. Cayó de rodillas y se golpeó el

rostro contra la tierra, abominable. Ahogué un grito y caí en el centro de la habitación cuando ella levantó la mirada para verme. Aunque ni siquiera llegué a ver sus ojos, aún no he olvidado aquella sensación ponzoñosa. Aun así, sin pensarlo dos veces, me lancé escaleras abajo, armada con toallas para volver a meterla dentro de casa y asegurarme de que volvía a la normalidad.

Recorrí los pasillos y salí al jardín, siguiendo las manchas de agua y tierra, las puertas abiertas. Sin embargo, de ella solo quedaba un socavón en la tierra y sus pasos en el suelo.

—¿Sabrina? —La puerta de su habitación estaba abierta—. ¿Eres tú?

Intenté respirar con normalidad, siguiendo las huellas con la mirada.

—Sí, mamá.

—Vuelve a la cama, cielo.

Seguí las marcas de sus pies hasta su habitación y me quedé al borde de la escalera, observando su interior. Podía escuchar su respiración. La oscuridad se atenuó entre un flash de luz y el siguiente el suficiente tiempo como para que pudiera ver sus brazos estirados y retorcidos.

—Buenas noches —dije, abrazando las toallas.

—No vuelvas a salir de tu habitación —escuché entonces.

Lo que sea que pasó aquella noche nos enterró a todos a la vez. Al igual que mi madre abría todas las ventanas y corría al exterior cada noche, pero nunca había vuelto a poner un pie fuera de sus límites, como si se le hubieran quedado atrapados allí, me quedé de pie frente a su puerta. Después asentí y corrí a encerrarme bajo la manta. Apuré el paso hacia mi habitación y la puerta gris del final del pasillo pareció suspirar de alivio. Quizá aquel era el problema: los tres estábamos atrapados en aquella casa, sin tener ni idea de cómo o cuándo podríamos salir.

La última noche que vi a mi madre fue la misma en la que abrí aquella puerta gris que llevaba acosándonos desde el inicio de los tiempos.

A mi espalda, el reloj de cuco gritaba alarmado, sin saber que cubría el ruido del pomo de hierro al girar. El miedo me recorría la espalda, pero no podía asfixiar la curiosidad: mi padre vivía tras aquella puerta, entonces más pesado que nunca, y yo pensaba entrar sin pensármelo dos veces. Me había convencido a mí misma de que debía entender el secreto mejor guardado de nuestra familia antes de poder juzgar si mi madre había perdido la cabeza de verdad. Necesitaba ver con mis propios ojos qué había tan horrendo en aquel búho con falta de apetito como para que nos hubiera condenado a los tres.

Durante un tiempo creí que la única solución posible hubiera sido irme

antes de que todo empezara: recoger todas mis cosas, que apenas llenarían una mochila pequeña, y salir a medianoche para no volver;irme de la misma forma que vine, inoportuna y antes de lo previsto. Pero no sabía cuándo exactamente habíamos empezado a hundirnos y la dolencia crónica de mi familia era no saber exactamente cuándo partir. Tampoco yo encontré la noche, ni el momento ni la hora exacta en la que mis piernas pudieran decir: »Estamos listas para irnos, no pares hasta que estés lo suficientemente lejos«. Fue eso lo que me llevó no solo a quedarme, sino a ahondar en nuestro hogar e intentar llegar al origen de aquella extraña tragedia nuestra.

A veces me pregunto si, de haberme marchado yo, la historia hubiera cambiado en lo más mínimo.

Era agosto y una tormenta había convertido en ríos las calles que rodeaban nuestra casa. La lluvia perseguía nuestro terreno como si intentara limpiarlo. El agua golpeaba las ventanas cerradas y mi madre dormía por primera vez en semanas sin haberse levantado desvaída y sin lanzarse escaleras abajo para enterrarse en el barro. Estuve sentada en la escalera un buen rato, escuchando su respiración de papel.

Después, con los truenos en el corazón, me acerqué a la puerta del final del pasillo; a esa gris y pesada puerta que en su día mi padre cerró con fuerza al saltar sobre mí. Apoyé la mano en ella con una idea envolviéndose en mi campanilla, una vieja y alojada en algún rincón inesperado: en aquel recuerdo, ¿su mirada había sido violenta? ¿Tenía hambre? Su salto seguía atrapado en mi memoria, con sus arañazos y sus estrías, las plumas sucias de su espalda encorvada y el dolor de sus desaparecidos dientes. Pero, aunque todo él parecía un amasijo de dolor y penurias, nada en sus dos faros amarillos y diabólicos parecía querer destruirme, devorarme o herirme en ningún sentido. Escuchando su aleteo dentro de la habitación y después de tanto tiempo, comprendí que no pretendía asustarme al lanzarse sobre mí. Suspiré, clavando la frente en la madera y apoyando la mano en el pomo: aquel vuelo no había sido sino una genuina forma de expresar su deseo de llegar hasta mí.

Giré el pomo a la vez que el cuco se escondió, amenazado.

Mi madre llevaba sin alimentarlo más de una semana y tampoco me había dejado hacerlo. Por eso, cuando abrí la puerta y avancé al interior, el animal no pudo volar muy lejos para esconderse de mí: todo en él parecía buscar alimento con desesperación, como no lo había hecho nunca antes. El aleteo de sus nuevas alas, entonces de huesos huecos, golpeteaba contra una de las velas del escritorio. Sus ojeras, sus arrugas; todo había desaparecido. De él

quedaba un animal raquítrico y enfermizo, cuyos alaridos alertaban tanto de su miedo como del mío.

No recuerdo por qué lo hice, pero sé que avancé hasta la ventana más cercana y la abrí. Con sumo cuidado, asomé el cuerpo y me mojé los brazos, la cara y el pelo. Solo cuando el ruido de la lluvia arrulló el pavor del búho, reuní la valentía para buscarle. Y esa vez, cuando se lanzó sobre mí, supe exactamente que mi brazo sabría acogerlo, como si ese siempre hubiese sido su lugar.

Clavé mi pupila en sus pupilas:

—Tienes que comerte los gusanos—dije, sacándolos del bolsillo de mi pijama y abriendo la mano para mostrárselos—. Aunque no te gusten. Tienes que comértelos.

El animal lanzó un grito antes de arañarme la palma de la mano para cogerlos. Acaricié su extraño plumaje sin temor a terminar heredándolo de la misma forma que en su momento vendé los pies de mi madre sin el temor a terminar suplicando que alguien vendara los míos. Noté su calor y el movimiento de sus huesos como si fuera algo natural bajo mis manos. Por primera vez juntos, mi padre y yo nos miramos a los ojos con una extraña paz. Tenía muchas preguntas, pero no tenía ni idea de cómo un búho iba a contestarlas. Seguí acariciando su plumaje con cariño y el pecho tan lleno de alegría y satisfacción como los bolsillos de barro y gusanos.

Cuando él volvió a volar y se lanzó pasillo abajo, las escaleras se hicieron eternas. Toda paz desapareció al escucharle gritar: las manchas de barro y las huellas de pies desnudos llevaban hasta el jardín, hasta la puerta abierta de par en par de la valla que lo limitaba. Un alarido en la tormenta y el búho agitó sus alas sobre el porche, molesto por el agua, y regresó junto a mí. Lo acurruqué contra mi pecho con el miedo de haber cometido un terrible error y me asomé al jardín con la certeza de que jamás volvería a verla.

El barro que llevaba en mis bolsillos se burló de mí, manchándome el costado.

—Disculpe. —La voz aparece a mi derecha—. ¿Va a querer algo más?

La mezcla de tonos del helado de pistacho, fresa y mango con virutas de colores que pringa la mesa me resbala entre los dedos. Aparto el helado especial del día y me limpio con un par de servilletas.

—Perdón. No, estoy bien. —Echo un vistazo a mi reloj de muñeca y sonrío—. Aunque debería irme ya. ¿Podría cobrarme?

Frente a mí, la muchacha que lleva el pelo recogido en una trenza se

extraña, pero me concede el espacio para levantarme.

—Por supuesto —dice, alejándose hacia la máquina registradora.

Busco el bolso, de repente apremiada, me pongo en pie y la alcanzo desde el otro lado de la barra.

—Perdona—digo una vez ya estoy frente al mostrador—, ¿sabes si la floristería que está aquí delante hace entregas?

La chica que me cobra sonrío, cogiendo el dinero y echando un vistazo a través de la pared de cristal. Me doy cuenta de cómo entorna la mirada para leer el letrero. Se encoge de hombros y me da el cambio:

—Yo creo que sí, eh. Pero no sé. ¿Tienes que encargarte flores para alguien?

Sonrío y asiento.

—Más o menos.

Recojo el dinero que me tiende y lo guardo en el bolso, con una sonrisa. Sin querer alargar más el momento, me separo del mostrador y me alejo.

—Oye —dice, antes de que salga por la puerta—, espera. Me sabe mal que no hayas probado bocado. ¿No te ha gustado el helado?

Me detengo en la puerta y parpadeo, sorprendida.

—Son los colores.

— ¿No te gustan los colores?

—Son demasiados.

—Vaya. —Sonríe—. Bueno, entonces déjame que te dé uno sin colores, ¿vale? Invito yo.

El helado blanco se deshace en la boca, con un dudoso sabor a coco y caramelo, mientras cruzo la calle y hago un pedido exclusivo. Me despido con la mano cuando veo que la camarera de la heladería se enciende un cigarrillo a la vez que yo salgo de la tienda y continúo caminando. El sabor a coco ha desaparecido cuando llego a la valla del jardín de mi casa; la acaricio con los dedos, con la cucharilla de plástico en la boca y las llaves colgando del bolso.

Una vez dentro, camino por los pasillos, divertida: todas nuestras puertas están cerradas a cal y canto. El reloj de cuco, sin embargo, se abre para dar la hora de la comida, quejica. Le saco la lengua, mostrándole la cucharita.

Mientras los repartidores dejan el abono en la puerta trasera del jardín y se despiden cordialmente, mis pies descalzos pisan la madera marcada de la entrada. Una tormenta, hará menos de un año, decidió que ese debía ser su aspecto y no me he atrevido a contradecirla. Cuando se van, corro hasta la cocina y preparo la comida como si fuera la primera vez: insectos, ratones, tierra y lombrices. Dispongo la mía junto a la suya en una gran y cargada

bandeja y la llevo al jardín.

Hay tres cosas que debes saber sobre mí: detesto la impuntualidad, los platos llenos de colores me agobian y hay algo enterrado en mi jardín que no quiere quedarse ahí. Cuando trastabillo al adentrarme en él, se lo recrimino. Con los pies descalzos, echo un vistazo al huesudo árbol, a sus ramas estiradas hacia mí y al precioso búho de ojos amarillos que se acurruca contra su tronco. Ninguno de nosotros está encantado de la presencia de los demás, pero seguimos ahí. Incluso cuando reparto la comida, hay algo vacío en la forma en la que las ramas del sauce me rozan la cara en agradecimiento. Mi padre se posa en mi brazo y muerde mis dedos hasta que arrugo la nariz.

Como explicaba, la puntualidad siempre ha sido una cosa de familia. Pero ninguno de nosotros aprendió a irse, así que seguimos aquí.



Parte de los beneficios recaudados con esta antología, irán destinados a la *Fundación Ana bella*, que lucha contra la violencia machista y ayuda a las mujeres maltratadas.

Podéis visitar la página web de la fundación. Encontraréis información y un número de cuenta por si queréis colaborar con ellas.

Gracias a todos :)

[www.fundacionanabella.org](http://www.fundacionanabella.org)

¿OS GUSTARÍA CONOCER A LOS AUTORES DE LA ANTOLOGÍA?

OS DEJAMOS POR AQUÍ SUS REDES SOCIALES, ESTARÁN ENCANTADOS DE SABER VUESTRA OPINIÓN SOBRE SUS RELATOS.

ALICIA GADI: @alicia\_gadi

ARANTXA COMES: @Arantxa\_Comes

ARIADNA SOLER: @Ariadna\_S\_M

BEATRIZ ESTEBAN: @BeatrizEsteban\_

CELIA AÑÓ: @BrujadelTeatro

DAMIÁN VALVERDE: @davalgaverde

MARY L. TORRES: @MissEmerty

PAULA PERALTA: @Paulapattata

## **OTROS TÍTULOS DE LA EDITORIAL**

# PELUMBRAS

DONDE DUERMEN LAS PESADILLAS



JAVIER GARCÍA  
ISRAEL QUEVEDO

JAVIER QUEVEDO  
JOSE SANCHIS

ONYX  
EDITORIAL